

CAPITULO III

LA VACA RELIGIOSA Y MÁGICA

La vaca del SADIÚ.—Los bunis sivaítas.—César Cantú y la Vaca de Gauthama, el Buddha.—Las Vacas del Sol.—El rey Artius y el Boyero celeste.—Supervivencias ancestrales respecto al fantástico animal.—La Vaca religiosa crea un abismo entre los pueblos.—Kabires y rishis.—La ternera de Parvati.—El sueño de Faraón.—El *Bos, bos* primitivo europeo.—Los misterios de Mythras.—La iniciación sacerdotal semítica.—La Ka-ba y los árabes.—La Vaca en el Corán.—La Vaca en el Manava-Dharma-Shastra o Código del Manú.—La Vaca y el Dios Ganesha.—Los brahmanes y la Vaca.—El buey del *Ataha-Deva*.—El buey Apis.—El Taurobollo emeritense.

Después de la piedra misteriosa que da paso a los subterráneos llenos de tesoros y de encantos, lo que más intriga seguramente a cualquiera es la constante aparición en ellos de aquella *vaca astral o etérea de cinco patas*, que físicamente cree ver el coronel Olcott, frente al maravilloso hipogeo de Karli; *vaca overa*, que ve también Santiago Gallo en los Andes, como avanzada extraña de aquellos tesoros que buscaban los mineros de su ranchería y que, tan sin quererlo, encontró para su daño aquel Aladino araucano del niño Bracamonte que el buen Lesclause nos refiere; vaca, en fin, que la veremos aparecer en todas las literaturas del mundo.

Con los solos datos consignados hasta aquí nuestro letal escepticismo de superhombres llenos de pasiones tiene muy fácil salida: Olcott vió visiones—las visiones que tuvo a bien sugerirle la festiva travesura de la señora Blavatsky—. El chicuelo andino vió visiones también, y a esto queda reducido todo el incidente maravilloso del fantástico animal que sólo pudo tener realidad en las enfermas mentes de aquellos dos sujetos que de él nos hablan con tanto candor.

Pero es el caso que la tal vaca, en una u otra forma de presentación, pero la misma siempre, recorre no sólo el campo de las leyendas, sino el

ámbito de todas las religiones, cual si la realidad de ella estuviese más o menos admitida en el *consensus* general de todas, aumentando así su verosimilitud con pasar también todo a lo largo del mito religioso.

Para empezar a demostrar esto último, hay que recurrir ante todo al relato, más o menos real y más o menos poético, que la propia Blavatsky, en su obra *Por las Cuevas y Selvas del Indostán*, nos hace del incidente de Karli antes referido con su británica seriedad por Olcott, aunque despojándole éste de todo el ropaje fantástico de que le reviste por el contrario, aquélla, pues, según sus mismas palabras, hay que tener presente que su intención al escribir dicho libro no fué la de hacer una obra científica (1).

Nosotros, que por una larga serie de estudios acerca de la relevante personalidad de la princesa escritora, estamos ya harto acostumbrados a sacar ciencia de sus fábulas, y fábulas muy valiosas de su ciencia incomprendida, tendíamos mucho que decir acerca de la linda novelita de viajes *Por las Cuevas y Selvas del Indostán*, y más de una vez nos hemos atrevido a recomendar semejante novelita, como la más preciosa obra de religiones asiáticas. En resumen, poético o científico, cosa que, después de todo, hay que dejar a la apreciación del lector, el pasaje de *la vaca* a que aludimos, dice así:

«Al aproximarnos a la entrada del hipogeo de Karli nos llamó la atención la presencia de un joven de una belleza ideal, que se hallaba apartado de la multitud. Era un individuo de la secta *sadhú*, un «candidato a la santidad», usando la expresión de alguien de nuestra comitiva (2). Los *sadhús* difieren mucho de toda otra rama religiosa. Nunca se presentan, en efecto, sin vestidos, ni se espolvorean la cabeza con ceniza húmeda, ni se pintan signos en sus caras ni frentes, ni menos adoran ídolo alguno. Pertenecen, pues, a la sección *adwaita* de la escuela *vedanta*, y creen solamente en *Parabrahm*, o El Gran Espíritu. El joven en cuestión, parecía,

(1) «Mis cartas al *Mensajero Ruso*, bajo el título general de *Por las Cuevas y Selvas del Indostán*—dice Blavatsky—, fueron escritas en ratos de ocio, más como entretenimiento, que con propósito serio. Generalmente hablando, los hechos e incidentes son verdad; pero he usado libremente del privilegio de autor para agruparlos, darles color y arte dramático, cuando lo he creído necesario para el efecto artístico.»

(2) ¿Tendrá este mismo origen la palabra *saduceo*, característica de la célebre secta Israelita, tantas veces citada en los Evangelios? No lo sabemos; pero es más que probable que estos modestos *sadhús* evangélicos, no fueran sino budhistas de las fraternidades del Líbano.

muy decente con su ligero vestido amarillo, especie de bata de noche, sin mangas; sus cabellos eran largos, y llevaba la cabeza descubierta. Su codo se apoyaba en el lomo de una vaca, animal capaz de chocar a cualquiera, pues, además de sus cuatro patas perfectamente formadas, tenía una quinta pata, que salía de su jiba. Esta sorprendente fantasía de la Naturaleza, usaba su quinta pata, como si fuera una mano o brazo, cazando, matando las atormentadoras moscas y rascándose la cabeza con ella. Al principio supusimos que se trataba de una extraña treta del Joven para llamar la atención, y hasta nos sentimos ofendidos, tanto con el animal, como con su hermoso dueño; pero, al aproximarnos, vimos que no se trataba de treta alguna, sino de una jugarreta real, una de tantas ironías de la traviesa Naturaleza. Por el joven mismo supimos pronto que la vaca le había sido regalada por el Maharajá Oikar, y que su leche había sido su único alimento desde hacía dos años.»

«Los sadhús—añade Blavatsky en aquella su hermosa lección de religiones comparadas en forma de novela—pertenecen generalmente a la escuela de la *Vedanta*, esto es, son discípulos de Iniciados, que han abandonado por completo la vida del mundo y que llevan una existencia de absoluta castidad monástica. Entre los sadhús y los bunis shivaitas existe una enemiga mortal que se manifiesta por un desprecio silencioso por parte de los sadhús, y por parte de los bunis, en las más constantes tentativas de barrer a sus rivales de la superficie de la tierra. Esta antipatía es tan marcada como la que haber pueda entre la luz y las tinieblas, y hace recordar el dualismo entre el Ormuzd o Ahura-Mazda y el Ahriman de los parsis o zoroastrianos.

No pocos consideran, en efecto, a los primeros como a Magos, hijos del Sol y del Principio Divino, al paso que los segundos son tenidos por hechiceros peligrosos (1). Como habíamos oído relatos maravillosos acer-

(1) Los *bunis* de la India son gentes educadas en una de las pocas pagodas shivaitas que los brahmanes guardan secretas en el país. Poseen el secreto, que no revelan, en verdad, a nadie, de encantar a las terribles cobras y demás serpientes venenosas; pero antes se desprenden de la vida que de aquél. Ningún hindu de la secta shivaita ha muerto jamás de mordedura de cobra. Para encantar a las serpientes se valen de una *vaguda*, o flauta de bambú, que las hace caer en sueño cataleptico así que oyen la monótona, baja y original melodía de la *vaguda*. Existe una *cobra-reina* muy poco común, caracterizada por cierta excrescencia, o *pedra*, ósea y circular que dicha cobra tiene entre el hueso de la quijada superior y la piel del paladar. Presentada dicha pieza ante toda otra cobra, sufre ésta una verdadera fascinación hipnótica, y

ca de los primeros, o sean los sadhús, ardíamos en deseos de ver algunos de los «milagros» o hechos estupendos, que se les atribufan aun por algunos Ingleses. Invitamos, pues, con insistencia al sadhú a que visitase nues-

se torna a la sazón inofensiva. Además, la pleza puede evitar en todo momento la acción del veneno de la cobra aplicándola a la herida, a la que se adhiere; pero, en manos de gentes europeas que no tienen la clave mágica sivalta, pronto pierde su virtud.

De esta *pedra* nos relatan curiosas escenas: Olcott, en su *Old Diary leaves* (Historia Auténtica de la Sociedad Teosófica), y Blavatsky, en sus *Cuevas y Selvas del Indostán*.

En cuanto a los Rajaputs, nos habla de ellos Blavatsky en estos términos:

«El Rajistán es una provincia Inda, cuyo nombre significa *el país de los reyes*. Los takures son, casi sin excepción, descendientes de Surya (el sol), y, por tanto, son llamados Surya-vansa. Son más orgullosos que ninguna otra nación del mundo y tienen el proverbio de que «el lodo de la tierra no puede pegarse a los rayos del sol». No desprecian a ninguna secta, excepto a los brahmanes —los jesuitas de la India, como los llama en otra parte de la misma novela Blavatsky—, y sólo honran a los bardos que cantan sus proezas legendarias. El Coronel James Tod, que pasó tantos años en la India y que se granjeó el cariño de las gentes, así como el de los brahmanes—rasgo el más extraordinario en la biografía de un angloindo—, ha escrito la única Historia verdadera de la India, y nos dice: «La magnificencia y lujo de las cortes de Rajput en los primeros tiempos de la Historia eran verdaderamente maravillosos, aun «tenida en cuenta la exageración poética de los bardos. Desde los tiempos primitivos, la India del Norte ha sido un país rico, y en ella estaba precisamente la satrapía más poderosa de Darlo.» En tal país, lleno de cosas sorprendentes, cada pequeño reino tiene sus Termópilas, y sus Leónidas cada ciudad, ocultos hoy por el velo de los siglos. Somnath pudo ser una rival de Delfos; los tesoros de Hind hubieran podido sobrepajar a las riquezas del rey de Lidia, al paso que los ejércitos de Jerjes, comparados con los de los hermanos Pandú, hubieran parecido un mero puñado de hombres, digno sólo de figurar en segunda línea. Inglaterra no desarmó a los Rajputs, como hizo con el resto de las naciones Indas.

Existen en muchos lugares de la India vastas bibliotecas capaces de esparcir nueva y brillante luz, no sólo sobre la historia de dicho país, sino también acerca de los más oscuros problemas de la Historia universal. Algunas de estas bibliotecas, llenas de los más preciosos manuscritos, están en poder de príncipes del país y de pagodas dependientes de su territorio, pero la mayor parte están en manos de los jainas (la más antigua de las religiones Indas) y de los Takures Rajputana cuyos antiguos castillos hereditarios se hallan esparcidos por todo el Rajistán, como otros tantos nidos de águilas en las altas rocas. La existencia de las célebres colecciones de Jassulmer y de Patana no es desconocida por el Gobierno, pero continúan por completo fuera del alcance de éste. Los manuscritos están redactados en un lenguaje antiguo hoy total-

tro vihara (refugio de caminantes) aquella tarde; pero el hermoso asceta rehusó severamente, a causa de que nos hallábamos dentro del templo de los adoradores del ídolo sivalta, cuyo solo ambiente le resultaba antagónico. Le ofrecimos dinero, pero no quiso tocarlo, y nos separamos.»

mente olvidado, inteligible sólo para los sacerdotes y para sus bibliotecarios iniciados. Un grueso infolio es tan sagrado e inviolable, que se halla pendiente de una pesada cadena de oro en el centro del templo de *Clim-la-mani*, en Jassulmer, y sólo se le baja para quitarle el polvo y volverlo a guardar al advenimiento de cada nuevo Pontífice. Es la obra de Somadditya Gurú Acharya, un gran sacerdote del tiempo premusulmán, bien conocido en la Historia. Su manto se conserva todavía en el templo y sirve de vestido de iniciación para cada nuevo alto sacerdote. Los Takurs de Rajputana que, según se dice, poseen algunas bibliotecas subterráneas, ocupan en la India una posición semejante a la de los barones feudales europeos de la Edad Media. Nominalmente dependen de alguno de los príncipes del país, o del Gobierno Inglés, pero de hecho son perfectamente independientes. Sus castillos están construidos en rocas elevadas, y además de la dificultad natural de penetrar en ellos, sus poseedores son doblemente inaccesibles por la circunstancia de que en cada uno de estos castillos existen largos pasajes secretos, solamente conocidos de su dueño actual y cuya clave es confiada por él a su sucesor al tiempo de morir. Hemos visitado, dice Blavatsky, dos de estos lugares subterráneos, uno de ellos bastante espacioso para contener toda una aldea. No hay tortura capaz de arrancar a sus dueños el secreto de la entrada, pero yogis y adeptos iniciados van y vienen libremente con la confianza absoluta de los Takurs.

En cuanto a los brahmanes, contrarios de los sadhus y los rajaputs, hablando del famoso swami sanskritista Dayanand, dice en otro lugar de la repetida novellita:

«Este Lutero de la India predica la Deidad Unica y con los Vedas en la mano prueba que en las antiguas escrituras no hay una sola palabra que pueda justificar el politeísmo. Lanza rayos y truenos contra la idolatría, las castas, el casamiento de los niños, las supersticiones y demás males incrustados en la India por algos de casuística y falsa interpretación de los Vedas, culpando de todo ello a los brahmanes, como únicos causantes de la humillación de un país grande, feliz antaño y hoy esclavizado. Y, sin embargo, la Gran Bretaña tiene en él, no un enemigo, sino un aliado. «Si expulsáis a los Ingleses, dice, todos cuantos nos levantamos contra el culto de los ídolos seremos degollados como corderos. Los musulmanes son más fuertes que los ídólatras, pero éstos, son más fuertes que nosotros.» En Benarés los brahmanes reclutaron asesinos para matarle, por haber tratado al fetichismo con extraordinario rigor. En una pequeña ciudad de Bengala un fanático arrojó sobre sus desnudos pies una enorme cobra. Conviene saber que hay dos serpientes delicadas por la mitología brahmánica: la que rodea el cuello de los ídolos de Shiva, *Vasuk* y *Ananta*, la que forma el lecho de Vishnú. El swami aplastó con el pie la cabeza del animal sin que éste le tocara.»

Congruente con cuanto nos enseña la sabia Blavatsky en las páginas anteriormente transcritas, nos hallamos los más extraños datos acerca de *La Vaca religiosa*, en esa enciclopedia no siempre veraz y muy a menudo falseada de intento, que se llama *Historia Universal*, de César Cantú. De ella entresacamos, consecuentes con nuestro propósito investigador, los pasajes siguientes, que no tienen desperdicio.

• Los sadhús y los rajaputs son llamados hindús, añade Blavatsky, y se dice que pertenecen a la raza aria; pero ellos se dan el nombre de Surya-vansa, esto es, de descendientes del Sol, como va dicho. Los brahmanes, en cambio, derivan su origen de Indu, la Luna, y son llamados Indu-vansas, porque Indu, Soma o Chandra significan todos el astro de la noche en sánscrito. Si, pues, los primeros arios que aparecieron en el prólogo de la historia universal, son Urahmanes, esto es, las gentes que, según Max-Müller, cruzaron el Himalaya y conquistaron el país de los cinco ríos, entonces los rajaputs no son arios, y si son tales arios, no son brahmanes, por cuanto todas sus genealogías y libros sagrados (*Puranas*) demuestran que son mucho más antiguos que los brahmanes mismos, y en este caso las tribus arias existieron realmente en otros países de nuestro globo, fuera de la tan renombrada región del Oxus, cuna de la raza germánica antecesora de los arios e Indús, según dicho autor imagina. El linaje de la Luna principia con Pururavas, como se ve también en el árbol genealógico sacado por el coronel Tod de los manuscritos de los *Puranas* en los archivos de Oodeypore, esto es, dos mil doscientos años antes de Cristo, y mucho más tarde que Ishvakú, el gran patriarca de Surya-vansa. El cuarto hijo de Pururavas, Rech, se halla a la cabeza de la línea de la raza de la luna, y sólo después de la generación décimaquinta después de él, aparece Harita, que fundó el Kanshikagotra, o sea la tribu brahmán. Los rajaputs odian a estos últimos y dicen que los hijos del Sol y de Rama no tienen nada común con los hijos de la Luna y de Krishna... Conviene, en fin, advertir que, como de costumbre, las tradiciones más puras se han perdido o se han negado y se ha desfigurado el significado pristino de los manuscritos antiguos... Tal aconteció con Luis Jacolliot, que pasó veinte años en la India y conocía realmente a maravilla el país y su lengua, sin embargo de lo cual fué pisoteado por Max-Müller, cuyo pie jamás holló el suelo indio... y que se ha permitido corregir a su antojo las cronologías y desconocer que Rama, el Mahabharata, Krishna y los cinco hermanos Pandu son, no una mera alegoría, sino seres, y cosas reales que fundamentan hechos históricos capaces de darnos una clave de la historia de la India en particular y del mundo en general, sobre todo si se alcanzasen a descifrar las inscripciones de las columnas de la Inda-Presta de Purag y Mevar, sobre las rocas de Junagur, en Bijoli, en Aravuli y en todos los templos jainas antiguos, esparcidos por toda la India, en donde se encuentran datos históricos consignados en una lengua por completo desconocida, en comparación de la cual parece mero juguete la de los jeroglíficos... Gran copia de datos acerca de ésta y de los enormes errores de Max-Müller, puede ver el lector en el Rigvedadi Bhashija Bhoomika, la obra del repetido swami Dayanand.

«Llegó el tiempo, dice hablando del buddhismo, en que Arda-Sidi (*el Buddha*) quiso renunciar a todo cuidado mundano y meditar especialmente sobre los dolores y la corrupción de los hombres, porque la idea de que los hombres sufrían por el dolor moral y físico, por la enfermedad, la vejez y la muerte (1) le llenaba de compasión... Pronto supo que se había retirado al reino de Udi-pa, a orillas del Navasara, donde vivía con invisibles discípulos, durmiendo sobre la hierba *guscha* (¿gaska?, ¿vasca?). *Allí cambió su nombre por el de Gautama o Gotama, que literalmente significa El Boyero o conductor de la Vaca*», ni más ni menos que el sadhú del relato de Blavatsky. «Así permaneció el santo asceta seis años en la soledad y la contemplación, hasta tal punto, *que se olvidaba de comer*»—ya vimos que tampoco el sadhú referido habla tomado otra cosa durante dos años que leche de su vaca de cinco patas—. «Finalmente, al séptimo año, consintió el asceta en mitigar sus rigores y *permió que se llevase a aque-*

(1) Este pasaje bellísimo es una de las más conmovedoras leyendas del *Tutha-Gutha*. Se cuenta, en efecto, que al nacer el príncipe Sidhartha o *el Buddha*, los astrólogos del reino dijeron a su padre que aquel niño tan extraordinario que acababa de nacer sería el asombro de las gentes, pero que al llegar a la juventud tendría una gran elección que hacer. Si en tal elección acertaba, sería un gran Redentor, un conductor de pueblos, pero si erraba en ella todavía alcanzaría a ser un gran rey. El padre, atento sólo a los intereses materiales contrarios a todo religioso ideal transcendente, trató que fuese esto último, para esplendor del reino. Así que desde aquel momento le puso al niño en el palacio de un inmenso y hermosísimo jardín—Paraiso Terrenal de otras religiones—rodeado de gentes jóvenes en los que jamás viese el triste espectáculo humano del dolor, la enfermedad y la muerte, con el fin de que no se pudiesen desarrollar en el tierno infante esos sentimientos de la divina compasión que el hombre siente hacia la desgracia ajena. Creció así Sidhartha, rodeado de aquella felicidad ficticia que le alegraba el cuerpo, pero le adormecía el espíritu, pero llegó, al fin, un momento en que el ya joven príncipe sintió que se ahogaba en aquel paraiso y quiso ver por sí propio lo que acontecía en el mundo, fuera de aquel encantado recinto. Fugóse, pues, y no bien hubo andado un corto trecho por un camino, tropezó sucesivamente con un herido por traidora mano, un ciego, un viejo y un muerto. Aterrado ante aquel espectáculo jamás visto hasta entonces por sus ojos, y despertado en su pecho el más divino elemento de compasión hacia una humanidad infeliz que llora, derrama sangre, sufre achaques de vejez y enfermedades, hasta que, por fin, muere como un animal cualquiera, el joven se sintió uno con todas las desdichas de la triste Humanidad y desde aquel momento quiso buscar las causas de todos estos males para remediarlas. Renunciando a su felicidad principesca, fué así un Buddha de la Compasión, un Redentor de las gentes, un Maestro...

llos contornos un rebaño de 500 vacas para que suministrasen alimento para él y sus compañeros (1). La leche le restableció de tal modo que parecía un áureo y limpiísimo yunque. Kako-Manú (Hanu-man, el Manú de los monos, como ya hemos visto) le presentó luego un panal de miel silvestre y pan de higos (yo habría dicho más bien *pan y uvas*). El santo lo roció todo con agua pura y comió. Es decir, que el asceta sublime, después de haber gustado de *la leche de la Vaca*, ambrosía o néctar de los dioses, que dirían los griegos, quedó transfigurado como Jesús cuando subió al Tabor, o como todos los extáticos en sus divinos arrobamientos o, en fin, como aquel pueblo de los *astomos* de que nos habla Plutarco, el cual ni comía ni bebía cosa alguna, pues le bastaba el respirar la *ambrosía*, *mandá* o *néctar*, natural alimento de los dioses, según Pherecides (2).

(1) Quinientos se puede escribir simbólicamente con un 5 dentro de dos circunferencias concéntricas o sea como *la Rosa* (el 5 o el pensamiento) en el doble círculo de la Eternidad o del Infinito que en Oriente, como hoy en Matemáticas, se escribe también así ∞ . ¡Enorme grandiosidad es, pues, la de tal símbolo, ya que simboliza *al Pensamiento Infinito*; la inmersión en la Mente Divina lograda, gracias a la Vaca, por el Buddha y sus invisibles discípulos.

(2) César Cantú, *Historia Universal*: Aclaración al libro 2, núm. XX, letra C. Sus pasajes están copiados de las *Memorias astólicas* de Klaproth, donde se publicó una *Vida del Buddha según los mogotes*.

Hanu-man, es el dios mono más celebrado en la historia de la India. Se dice que el drama sánscrito mejor y más antiguo es el *Hanuman-Natak*, atribuido a él. Otro drama célebre de hadas y de catorce actos, es el *Sita-Rama*, tomado de la gran epopeya de *El Rama-yana*, de Valmiki. Aun en los grandes teatros europeos es difícil dar una representación acertada de tamaña obra dramática. El prólogo de ella se desarrolla en la época que precedió a la creación de este universo, ni más ni menos que en el Anillo del Nibelungo, de Wagner, que no parece sino una copia fiel de sus primeras escenas. Todas las escuelas de la India están de acuerdo en que el Cosmos ha existido siempre a través de sus pralayas y manvántaras. La santa presencia del *Invisible* y *Sin Límites*, sólo se muestra en el origen como una periódica pulsación del Caos, representada por una oscura masa de agua que llena todo el escenario. Estas aguas no han sido aún separadas de la tierra seca, pero pronto se iluminan bajo los rayos que un huevo de oro emite desde el fondo a través del caótico fluido. El resto del conjunto aquel del *Sita-Rama* es idéntico al de dicha obra wagneriana y una melodía uniforme no acompañada por orquesta alguna, esparce la más dulce sencillez poética por aquellos ámbitos fecundos... La hora de la revivificación general ha sonado: todo vuelve gozoso a la vida, y *Varana, Yama, Kavera* y *Agni*, los espíritus de los cuatro puntos cardinales representando a los cuatro elementos de tierra, agua, aire y fuego esparcen los átomos, de los que surge *Ananta*, la serpiente de la eternidad. El monstruo nada sobre

El paganismo nos ha hablado también muy por extenso de las «Vacas del Sol», rebaño celeste robado por Mercurio (Hermes, la Sabiduría o el Conocimiento-Amor del hombre verdaderamente puro y fuerte). Semejante rebaño celeste era tan familiar entre los aborígenes italianos, que aún no es raro ver hacia las montañas del Apenino vacas blancas salvajes que en su tiempo fueron objeto del más profundo culto romano primitivo y cuyos mágicos misterios han dado lugar en los Alpes suizos y franceses a ese aria primitiva denominada *Le ranz des Vaches*, cuyas nostalgias determinaron tantos suicidios que hubo necesidad de prohibirla entre los soldados franceses. En el cielo pusieron también los mediterráneos a *Bootes*, el *Boyero Celeste*, cuyo carro se enlaza con la *Osa Mayor* y cuya estrella principal, de primera magnitud y de brillo inmediatamente inferior al de Sirio, es llamada *Artús* o *Arturo* (1), en secreta concordancia con aquel mítico bretón y real fundador de la Tabla Redonda y base de toda la Literatura Caballeresca que tanto tiene, como es sabido, de ocultista y de orientalista. Dentro también del principio histórico infalible de que «los dioses de nuestros padres son nuestros demonios» —de los que nos burlamos, por tanto, con infantiles pujos de una rebeldía imposible—, el famoso *Boeuf-gras* de la *Mi-carême* francesa, pudo muy bien ser en los remotos orígenes drúidicos del pueblo galo, la base de sus cultos *bovinos* (de βόων, «tierra montañosa»), cultos émulos del de *Mithra* en Persia; el de *Aps* y *Serapis* en Egipto; el de *Minotauro* o *Toro de Minos* en Creta; el de la *Vacada de Gerión*, robada por *Hércules*, y la *Vacada celeste*, robada por Mercurio; el del *Tauro-bolio emeritense* prerromano, estudiado por nuestros arqueólogos Rada Delgado y Mérida; el de los *Toros de Guisando*, y el que ha dado nombre

las oías y, doblando su cuello de cisne, forma un lecho en el cual se reclina Vishnú, el Logos Creador, que tiene a sus pies a su esposa Lakshmi, la diosa de la Belleza. ¡Swathal ¡Swathal ¡Swathal exclama el coro celeste, recordando con estas palabras *universales* al ¡Swiatt!, tres veces repetido de la Iglesia rusa y que significa ¡Santol o al ¡Hua-thal o ¡Tha-hual de los pueblos incalcos.

El pasaje relativo al Arco-Iris o *Puente de los dioses*, está también contenido en el drama de *Hanu-man*, cuando el ejército de monos *lunares* que auxiliaron a Rama contra los gigantes de Lanka, o sean los *Ráksharás*, recibieron en recompensa y como esposas a las hijas de éstos y con sus colas hicieron un puente para pasarlas a Europa y ser así nuestros progenitores. La leyenda atlante late en el fondo de todo esto.

(1) *Artús* o *Arthur*, leído de derecha a izquierda, al modo semita, es *Sutra* o *Suthra*, el *Hilo de Oro*, el *Augoeldes divino* que enlaza al *Manú* o Pensador con la *Divinidad* misma de la que procede, como el rayo de sol del astro del que emanase.

a tantos lugares del planeta, tales como el de *Monte Taurò*, en Asia Menor, el Quersoneso Táurico, el pueblo *Taurisco* celta y subalpino, la ciudad de *Taurum*, en la Pannonia; la de *Tauromenium* o Taormina, en Sicilia; la de *Tauris*, en Dalmacia; la *Taurasia* y el *Taurini* de los ligures; el promontorio italiano de *Taurianum*; la *Tauriana* macedónica; el *Tauri* sármatas, y el *Toro*, *Becerrá*, *Becerril*, *Toral*, *Toril*, etc., etc., de nuestra patria, hasta componer el centenar de toponimias de la raza solar de Asturias, que diésemos en el capítulo IV, parte primera, tomo I de esta BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, tomo consagrado a la tierra de Don Pelayo y a sus *Vaqueiros de Alzada*, como pueblo genuinamente budhista.

Y no se nos diga que estos nombres asignados a mil pueblos, ciudades, montes y promontorios por todo el mundo, tienen el mero origen vulgar que ellos suponen. Esto podría ser verdad en nuestros tiempos profundamente escépticos, no en aquellos otros, más sensatos sin duda, en que la Religión lo era todo, y con ella, y no con otra cosa, se contaba en los más ínfimos menesteres de la vida, y más en este punto tan fundamental de los nombres propios.

Para convencernos de ello, sigamos nuestra exégesis religiosa acerca de la *Vaca blavatsquiana*.

Como la aparición de tal *Vaca astral* y aun de su ternerrillo parece ser, en efecto, algo así como el aviso previo o el símbolo de la aparición a su vez de algo superliminal o fuera de lo corriente en los relatos transcriptos y en los que aún transcribiremos, nada tiene de extraño el que su presentación en otras épocas de los pueblos diese lugar a leyendas hermosas que los pueblos sucesores han hecho luego objeto de burla y escarnio, con arreglo al citado principio de psicología colectiva, consistente en despreciar lo que antes fuera objeto de la veneración más profunda. Tales ideas religiosas son así tergiversadas por completo.

Vemos, por ejemplo, el juego del *Buey-Vaca* de los chicos en Extremadura u otras regiones peninsulares, especie de juego de escondite y de engaño, en que las palabras «buey», «vaca» son el respectivo grito de aviso de los bandos que se forman, y se persiguen con todo género de inocentes emboscadas. Vemos también el juego de la *Vaca-Cuerva* en el Carnaval, juego en el que un hombre, disfrazado de vaca, se lanza en persecución de las demás máscaras, y finge acometer a los transeúntes con quienes tropieza. Vemos, finalmente, en pueblos, como Cartagena, sobrevivir aún una costumbre análoga (símbolo de la mistificación que a todo pueblo de origen semita caracteriza, en punto a cosas de ocultismo, como en todo cuanto a la consabida vaca se refiere). Por eso en dicha ciudad,

el día de los Inocentes (1) se suelen dibujar en unos papelitos vacas y terneras simbólicas, que se dan como prueba de mistificación y engaño a cuantos han caído en la *Inocentada* de tomar en serio ora peticiones hechas en ese día de objetos que no se devuelven, ora los *noticiones* falsos dados en dicho día e incautamente creídos por los inexpertos. Además, el *terror astral* que en ocasiones puede producir la consabida presentación de *la vaca*, acaso esté expresado en la propia lengua inglesa, pues si el sustantivo *cow* es *vaca*, el verbo *to-cow* es acobardar, intimidar y aterrorizar, y si *Herda* es la diosa germana equivalente a *Ceres*, *la Tierra* o *la Vaca*, *cowherd* se denomina en inglés al vaquero.

Porque hay que decirlo de una vez, si existe una bandera diferencial entre arios puros y semitas puros, esta bandera no es sino *La Vaca*. Ya Blavatsky nos ha apuntado algo de semejante diferencia, símbolo de las razas *solar* y *lunar*, siempre en pugna en el mundo desde los días prehistóricos del Mahabharata. Los *rajaputs*, los *sadhús* y demás gentes solares, son en sus días de discipulado en la gran Religión-Sabiduría, para el mundo hoy perdida, verdaderos *Gautamas*, es decir, *conductores de la sagrada Vaca*, ni más ni menos que el joven del relato de Blavatsky, vaca de la que extraen su *único alimento*. Los brahmanes, los semitas que se dicen descendientes de Abraham, y en general todos los perversos que hacen de las ideas religiosas un patrimonio egoísta y un objeto de explotación, tienen todos por característica esencial el *odio a la Vaca sagrada*, odio manifestado en una u otra forma sacerdotal, y su símbolo religioso, por consiguiente, se basa sólo en su *inmolación* o *sacrificio*.

Veamos, pues, el anverso y el reverso de la cuestión, o sea la *Vaca religiosa*, en el arianismo y en el semitismo.

A cuanto va dicho respecto de los *sadhús* y de Gautama el Buddha, hay que agregar no poco todavía.

Uno de los mitos védicos más antiguos y venerados es el que representa a los Santos Siete Rishis o *Cabires* (¿Vaqueros o vaqueros?), ordenando a la ubérrima Vaca-Tierra, vaca cuya ternerilla es *Soma* o La Luna, al modo del *sadhú* que Blavatsky y Olcott vieron en Karli. Semejante símbolo tiene, a más del significado meramente astrológico, otro cosmológico

(1) Estos Santos Inocentes celebrados por la Iglesia en recuerdo de los niños degollados por el rey Herodes, no son tales niños, al tenor literal del Evangelio, sino verdaderos adeptos y *sadhús de la vaca*, perseguidos y degollados por lo que pudiéramos llamar el brahmanismo semita, o sea el sacerdocio, enemigo jurado en todas partes de los redentores y profetas. Aplíquese, pues, a esto lo que declinamos en los párrafos siguientes.

muy profundo, que no se refiere sólo a nuestra Tierra ni a su satélite. En la gran alegoría puránica la Tierra, perseguida por Prithu, ella huye transformándose en Vaca y refugiándose en Brahmâ. Pero este Brahmâ es la primera persona a su vez, como nadie ignora, de una Trinidad en la que *Vach*—la *Vaca*—es la segunda, y *Virah*, el Varón divino, el ternero, o sea el *Kabir*, el Logos, es la tercera persona. Semejante ternero a su vez recibe en los Puranas varios nombres, tales como el de *Hima-vat* o *Djin-Vach*—el *Jina*, el sadhú, el Gautama o conductor de la Vaca—, nombre que luego es aplicado tanto al Manú-Swa-yambhuva, a Indra, como a Swan, Choan, Dhijan Juan o Swan-ritter—el Caballero del Cisne wagneriano—, cuanto a los montes Himalaya, quienes cubiertos de perpetuas nieves, son a su vez la *Vaca Blanca*, luego llevada por los primitivos árabes arios, no semitas, hasta las regiones celestes, dando su nombre al *Buey blanco* o *Vaca Blanca* y al *Ternero*, es decir, a las dos nebulosas, llamadas después por los portugueses *Nubes de Magallanes*, que ya empiezan a ser visibles en el Alto Egipto y en la Arabia Meridional, y que hoy son para los astrónomos dos colosales matrices de mundos y hermanas gemelas de nuestra nebulosa galáctica, que contiene, como es sabido, unos cien millones de soles.

Famosa es también en los fastos legendarios védicos y puránicos la *Tenera de Parvadl*, en la roca de Maha-bali-pur o de las Siete Pagodas, citada por Cantú en su *Historia Universal*, y cuyo hipogeo del Maha-bali-pur es semejante en un todo al de Karli, donde la viesen nuestros dos amigos y maestros. No menos famosas fueron las cajas mortuorias o féretros en forma de vaca, en los que se encerraban las momias de los hombres principales egipcios, cubiertas que acaso hayan dado el nombre, a través de los tiempos, a las vacas o *vacas* protectoras de los equipajes en lo alto de los carruajes, más bien que por el material mismo de que tales cubiertas están hechas.

No hay que olvidar tampoco a aquel buey o vaca sivalítico que se dice se mostraba con frecuencia sobre el lugar donde yacían los huesos de *Krishna*, porque *Krishna*, como jefe y gloria de la raza lunar, evocaba con sus huesos mismos el espectro de la *Vaca Solar*, inmolada implamente por su pueblo decaldo. De igual clase fué, sin duda, aquella otra vaca misteriosa que encontrase Cadmo o *Ad-an-el kad-mon*, cabalista antes de inventar la escritura greco-fenicia, y asimismo aquellas siete vacas gordas y siete flacas que, paseándose astralmente por las orillas del Nilo, llenasen de mortales terrores al rey Faraón, y cuyo respectivo significado de abundancia y miseria y de mucho más que no se dice por la Biblia, sólo pudo ser interpretado por un verdadero Gautama, por aquel casto y puro sadhú

que se llamó José, hijo de Jacob o *Iao*, y perseguido de muerte por sus hermanos semitas (1).

La repetida Vaca, que aparece en la propia cuna de la religión cristiana junto al pesebre mismo en que se dice nacer Jesús, juega en el budhismo un papel principalísimo que aún no han sabido esclarecernos nuestros mitólogos. Si al Buddha le hemos visto, en efecto, transformarse en el desierto en *Conductor de la Vaca*, cual el famoso de Karli, otras leyendas, muy corrientes en Asia, le hacen recibir asimismo en el desierto, cuando apenas tenía diez años, las doctrinas del adepto *Bab-ur-ain-bacchi* (literalmente *el Señor del fuego jaino de la Vaca*). Dicho adepto hubo de ense-

(1) El célebre sueño de Faraón no deja de ser frecuente con más o menos variantes en multitud de personas nerviosas, quienes siempre que sueñan con vacas o toros como el monarca egipcio, ven que llueve inevitablemente antes de los tres días. He tenido ocasión de comprobar tamaña superstición en diferentes casos y personas, y sin duda que ello está relacionado con los momentos de las bajas presiones atmosféricas que preceden a los días de lluvia; pero aún no he encontrado psicólogo, fisiólogo ni falco que me explique el por qué de tamaña relación, ni el modo y manera cómo las bajas presiones actúan sobre ciertos centros nerviosos o bien sobre todo el sistema, y el cómo semejante depresión determina inevitablemente el que se sueñe con vacas. Mucho menos nos podrían explicar los sabios el por qué de cien otros sueños tan extraños relativos a tesoros e hipogeos, sueños que «al se repiten tres días *arreo*», como dicen en Extremadura, o sean tres días consecutivos, son indicación inevitable y precisa de la existencia de un tesoro o *ayalga*, que dicen los asturianos, el cual puede ser desenterrado por el afortunado soñador si sigue al pie de la letra las indicaciones del sueño, como aconteció con cierto vecino de Alburquerque, que parece conoció mi amigo y paisano el escultor Cabrera, quien hubo de soñar *tres veces arreo* que «en mitad de la Puerta del Sol estaba su fortuna». Contra el parecer de su mujer y de toda su casta, el tenaz extremeño vendió una fanega de tierra y se vino a Madrid, *plantificándose*, como dice el modismo regional, en la propia Puerta del Sol, en tranquila espera del prodigio. El prodigio no tardó en venir en forma de un gallardo caballero montado en brioso caballo. Al llegar frente al paleta el caballo resbaló y el jinete fué por tierra. Como era muy temprano y casi no había nadie en la clásica plaza, el paleta fué el único en socorrer al caballero, con quien pronto trabó conversación, y como éste le interrogase el por qué de su estancia en Madrid y el paleta le contase su sueño, el caballero soltó la carcajada diciendo que los sueños eran mentira, porque él mismo habla soñado tres veces seguidas con un tesoro en cierto sitio de la Sierra de la Esperanza, junto a Alburquerque. No necesitó más el heroico paleta. Se despidió del caballero y, con la alforja al hombro, retornó a su pueblo, y haciendo las necesarias excavaciones tropezó con un tesoro cuantioso.

fiarle entonces todas las ciencias, empezando por la Matemática, haciéndole así tan sabio, que cuando más tarde se presentase el joven Buddha, como Jesús, ante los doctores, para sufrir examen, pudo, con sus conocimientos iniciáticos de la Vaca, dar lugar a la bellísima escena que Luis Jacolliot nos narra en *La Luz de Asia*. Ese mismo autor afirma que los elefantes cuidan de no pisar los insectos llamados *vaquitas* o *bêtes du bon Dieu*.

Después de tan excelsa sabiduría bien pudo el Buddha gloriarse de su nombre de Gautama, con aquel olímpico desdén con que el gran Krüger, el último caudillo de la independencia boer en nuestros tiempos, contestó a una aparatosa Embajada de Lord Kitchener, diciendo que si el general inglés era el representante de toda la majestad del Imperio británico, él, caudillo de los rebeldes boers «había guardado vacas», frase que, lo mismo pudo ser una jactancia legítima de la humildad de su origen (sémillante, por otra parte, a la de aquel gran Pío V, que también guardase cerdos en su infancia), que encubierto simbolismo alusivo acaso a su cualidad de semi-iniciado, pues ya sabemos cuán grandes eran las características intelectuales, morales y energéticas de aquel incomparable místico holandés, que apenas pudo sobrevivir en su destierro europeo a la ruina de su patria.

A ningún etimologista le puede tampoco parecer violento el que *Bos phori* o el Bósforo Tracio, pueda derivarse también de *bos*, buey o *vaca*, y *phoros*, conducir, con lo que tenemos otro detalle típico relativo al consabido «conductor de la Vacá». Recuerdo europeo concordante, sin duda, con la transformación de Júpiter en *toro*, para seducir a la *Vaca-Europa* o *Io*, es la leyenda de *Asterios* o *Aster-idos* el heleno, quien se dice envió contra los fenicios piratas a uno de sus capitanes, el cual, enamorado también de Europa, la hija del rey, huyó con ella en una nave, cuya carena tenía forma de vaca, trasladándola así al continente que de ella tomó entonces el nombre de Europa. De la unión de Europa y *Asterios* nació el sabio legislador Minos, según unos, y el terrible *Mino-tauro* cretense, según otros.

Si hojeamos asimismo nuestra historia primitiva y nos sumergimos en nuestro rico *folk-lore*, la misteriosa Vaca religiosa ariana surge por doquier, pues no en vano hasta la forma de nuestra Península es la de una piel de vaca extendida y en ella existe con raigambre demasiado poderosa para no tener un remotísimo origen ocultista a través de los *Taurobolos* y *fiestas Mithraicas* parsis, la llamada *fiesta nacional* o de las corridas de toros, vacas y vaquillas. La toponimia religioso-vaqueril española es tan enorme, en efecto, que no podemos ni pretender esbozarla siquiera aquí

con los Becerril, Becerrá, Bercero, Toril, Toral, Cabeza de Vaca, Cabeza del Buey, Arévacos, (*zare-vacas* o *are-vascos*, adoradores de la Ternera y de la Yaca?), *Ara-vaca*, *Cara-vaca*, *Alcara-vaca*, laguna de Bacares o de la *Res-Vaca*, leido al modo bustrófodo, Vaceos, etc., etc., en cuyos oscuros orígenes filológicos apenas si ha penetrado la investigación demopédica.

Díganlo si no la frase con que los niños, tan destructores ellos, dejan en libertad a cierto insecto dorado y redondo, llamado *vaca de Dios*. «—Vaquita de Dios, cuéntame los dedos y vete con dios;»— las llamadas verdades, no del barquero, sino del vaquero, del descarado *vaqueiro astur*, que dice una fresca al Sol, verdades con las que quizá tenga remota relación la *Vaca de Luanco*; el «correr vaquillas» a viudos que se casan; la fábula del *buey morito* que oyera en mi infancia, y aquella otra, también de mi pueblo (Logrosán, Cáceres), relativo a la *Vaca* o *toro de oro*, que se dice sepultado junto a La Fuente del Moro, en el cerro de San Cristóbal (Cristo-Baal), con el cantar que otra vez hemos copiado y que dice:

«Adiós Logrosán, hermoso,
no te volveré ya a ver;
mas, entre dos alcornocues,
un toro de oro dejé.»

Vaca o toro, en fin, radical de la palabra francesa *baccarme*, encanto, magia, como de infinitas palabras españolas, que aparece siempre como un verdadero culto al Serapis egipcio, del que pronto nos ocuparemos y que, como tal, se ha exhumado en las ruinas de Mérida y en ex votos como aquel que reza: *Deae sanctae turibrigensi Adaeginae*, etc., con extrañas prolongaciones terminales, o como la que aparece publicada en el tomo III de *Las Religiones de Lusitania*, del portugués Leite de Vasconcellos, etc., etc. A semejante investigación habrá que agregar algún día—cuando ella se haga completa y sin prejuicios sectarios de judaísmo, mahometismo ni cristianismo, religiones semitas enemigas, como los brahmanes de la repetida Vaca religiosa—el nebuloso origen ario de frases, como las de «Correr la vaquilla»; «Ciertos son los toros»; «Ver los toros desde la barrera»; «Echar una vaca en el juego», o sea correr juntos los azares *astrales*, que todo juego supone; «Echar un *baque* o *vague*»; «Hacer el buey»; «Vacar, *vaguar*, *vaguear* y estar de *vacaciones*»; «Jugar a *buey-vaca*»; «Si te dan la *vaquilla*, corre con la *soguilla*», y cien otras sobre las que se podría escribir un libro. Por descontado a los escépticos acerca del origen *mitico-bovino* de tales y otras frases análogas, les roga-

mos que nos saquen otras tantas relativas a los demás animales domésticos y nos determinen la posibilidad siquiera de que pueda ser mítico su origen, cual el de aquéllas. Capítulos de excepcional interés científico habrían de ser los consagrados a tratar acerca de la demopedia del *Cuerno de la Abundancia*; la *Vaca de Luanco* (Asturias) y de tantas otras comarcas; de los dobles y triples *cuernos luminosos*, con los que se contornean u orlan en religiones y símbolos pictóricos las imágenes de los iniciados, tales como Moisés y Jesús, en remedo quizá del *halo* o *aura ódica* amarillo-rojiza y azul de los superhombres, según las videncias de hipnotizados y espiritistas modernos, y, en fin, de la misma derivación festiva y cruelmente picaresca de tales grandezas, al exornar también con semejantes símbolos vacunos—sin duda por la ley de reversión religiosa, desde el respeto religioso hasta el escarnio satírico que antes apuntáramos—a los maridos engañados por sus esposas, *pseudo-iniciados* que, creyéndose muy seguros de su felicidad y de su ciencia, no saben nada, sin embargo, de lo que tristemente acontece en su casa y familia..

Hay que repetirlo una vez más: la contraposición entre la idea religiosa de los primitivos arios que se dicen de raza solar y los arios degenerados, brahmanes y semitas, tanto asiáticos como europeos, que son tenidos por de raza lunar inferior y aun de despreciable raza terrestre—*mlechas* o «esclavos de sus pasiones»—, estriba precisamente en todo lo relativo a la sagrada Vaca. Fuente extraña de no menos extraña vida ascética sin destruir seres vivos ni formas organizadas animales o vegetales, para los primeros, y blanco de todo odio, de todo escarnio y de todo sacrificio cruento de la misma *Vaca*, para los segundos.

Ved, si no, la saña, la animadversión imponderable de los semitas contra dicha Vaca-símbolo, odio estampado en la propia Biblia, al hacer de su inmólación cruel y cruenta en el adyto del Templo de Israel condición primaria, esencialísima, nada menos que para la ordenación de los sacerdotes o *levitas*, cual si se quisiese simbolizar en ello que la base sacerdotal religiosa del culto a Jehovah—que, como la Mitología comparada demuestra, es un rencoroso y misérrimo dios lunar—, estribaba en el odio juramentado del sacerdote y de sus descendientes hasta la última generación, hacia la *Vaca*, o sea hacia la religión pre-ariana que la *Vaca* simbolizase, porque conviene no olvidar que, si bien los hebreos, como los árabes primitivos, tuvieron adoración hacia la *Vaca* en sus remotos orígenes, después la religión cambió, quizá a raíz de la cautividad en Babilonia—cuando se dió al Pentateúco la forma que hoy tiene y que no es probablemente la que le diera Moisés—. Desde entonces, desde Esdras más bien

que desde Moisés, las principales ceremonias del culto, y sobre todo la esencialísima de la ordenación levítica, fueron encaminadas a execrar del culto anterior o ario primitivo. Con ello no hay que añadir que el terrible culto atlante, basado en el devoramiento de sangre, sustituyó al incruento de la Naturaleza y del Supremo Espíritu, el Dios sin Nombre y Desconocido.

En el Exodo (capítulo XXIX) se describen así, en efecto, las ceremonias para la ordenación sacerdotal:

1. Y esto también harás para los que me sean consagrados en el sacerdocio. Tomarás de la vacada un becerro y dos carneros sin mancha.
2. Y panes ácimos y una torta sin levadura, que esté amasada con aceite, *lasañas* (fruta de sartén), también ácimas, untadas con aceite. De la flor de la harina de trigo lo harás todo.
3. Y puesto en un canastillo lo ofrecerás, y el becerro y los carneros (1).
4. Y a Aarón y a sus hijos los acercarás a la entrada del tabernáculo del testimonio. Y después de haber lavado con agua lustral al padre y a sus hijos.
5. Vestirás a Aarón con sus vestiduras, esto es, con la de lino y con la túnica y el ephod, y el racional, que ajustarás con el cinturón.
6. Y pondrás la tiara en su cabeza y la lámina santa sobre la tiara.
7. Y derramarás sobre su cabeza el óleo de la unción, y con esta ceremonia será consagrado.
8. Acercarás también a sus hijos, y los vestirás con las túnicas de lino y los ceñirás con el cinturón.
9. Esto es a Aarón y a sus hijos, y les pondrás las mitras y serán sacer-

(1) El simbolismo antiarcano continúa, como se ve, no sólo en la Vaca, sino con los dos corderos o carneros: *Ra* o *Aries*, porque el cordero blanco, según nadie ignora, era el símbolo de Rama de los *Kurus* o *Caurios* y de la religión solar primitiva, contra las gentes lunares, brahmánicas o semíticas, representadas por *ofitas* o adoradores de la Serpiente Siva (*Ophis*) que se dicen descender de los *Pandús*, a cuya cabeza figuran *Krishna* y *Arjuna*. La religión cristiana, en su primitiva pureza, hoy por desgracia casi perdida, era también, como la budhista, un pálido reflejo de aquella religión primitiva indoeuropea que también resplandece en los Eddas de Escandinavia maravillosamente interpretados por Wagner en los argumentos de sus Dramas Liricos. Por eso figura el cordero como símbolo del divino Jesús, y aun de Juan, su precursor, y el *pallium* budhista del Gran Lama tibetano figura entre los más preciosos ornamentos del Pontífice... *Ecce agnus Dei qui tollit peccata mundi...* Juan o *Ioannes* no quiere decir, además, en latín otra cosa que el cordero, el *ternerillo* de la Vaca lo, como veremos en un próximo capítulo.

doles para mí en culto perpetuo. Después que hubieres consagrado sus manos.

10. Acercarás también el becerro delante del tabernáculo del testimonio. Y a Aarón y sus hijos pondrás las manos sobre la cabeza de él.

11. Y lo degollarás en la presencia del Señor, cerca de la puerta del tabernáculo del testimonio.

12. Y tomando de la sangre del becerro, la pondrás con tu dedo sobre las puntas del altar y derramarás el resto de la sangre junto a la basa de él.

13. Tomarás también el sebo que cubre los intestinos y la telilla del hígado y los dos riñones y el sebo que está sobre ellos y los ofrecerás quemándolo sobre el altar.

14. Mas las carnes del becerro y la piel y el estiércol quemarás afuera del campamento, porque es por el pecado.

15. Tomarás también un carnero, sobre cuya cabeza pondrán Aarón y sus hijos las manos.

16. Y después de haberle degollado, tomarás de su sangre y la derramarás alrededor del altar.

17. Pero cortarás en pedazos al mismo carnero: y lavados sus intestinos y pies los pondrás sobre las carnes despedazadas y sobre la cabeza de él.

18. Y ofrecerás todo el carnero quemándolo sobre el altar; es una ofrenda al Señor, olor suavisimo de la víctima del Señor.

19. Tomarás también el otro carnero, sobre cuya cabeza Aarón y sus hijos pondrán las manos.

20. Al cual, después que le hubieres degollado tomarás de su sangre y la pondrás sobre la extremidad de la oreja derecha de Aarón y de sus hijos y sobre los pulgares de su mano y del pie derecho y derramarás su sangre sobre el altar alrededor.

21. Y habiendo tomado de la sangre que está sobre el altar y del óleo de la unción, rociarás a Aarón y sus vestidos; a sus hijos y sus vestiduras. Y consagrados ellos y los vestidos,

22. Tomarás la grasa del carnero y la cola y el sebo que cubre las entrañas y la telilla del hígado y los dos riñones, y el sebo que está sobre ellos y la espaldilla derecha, porque es carnero de la consagración.

23. Y una torta de pan, una pasta delgada amasada con aceite, y una lasaña del canastillo de los ácidos que está puesto delante del Señor.

24. Y lo pondrás todo sobre las manos de Aarón y de sus hijos, y los santificarás, alzándolas delante del Señor.

25. Y lo recibirás todo de las manos de ellos; y los quemarás sobre el.

altar del holocausto, olor suavísimo delante del Señor, porque ofrenda suya es...»

Esta es, como se ve, la ceremonia universal del sacrificio de la Vaca y del Cordero arios primitivos, en los pueblos paganos o semitas que hemos conocido en los umbrales ya de la época historia, no en aquellos otros muy anteriores en los que aquellos simbolismos Incruentos y augustos constituían la más pura de las religiones, es decir, el culto a la ubérrima Naturaleza, que fué pasando por sucesivas degradaciones hasta caer en la antropofagia sagrada que los españoles encontraron luengos siglos antes establecida en el gran Imperio de los aztecas.

El sacrificio de la *Vaca roja atlante*, o de la Vaca bermeja dorada está descrito en el capítulo XIX del libro *Mosaico de los números*, en estos términos, inequívocos en cuanto a su rencorosa significación:

1. Y habló el Señor a Moisés, diciendo:
2. Esta es la religión de la víctima que ha establecido el Señor. Manda a los hijos de Israel que te traigan una vaca bermeja, de edad perfecta, en la que no haya mancha alguna, y que no haya traído yugo.
3. Y la entregarás a Eleazar sacerdote. El cual, sacándola fuera del campamento, la degollará a la vista de todos.
4. Y mojado el dedo en su sangre, rociará siete veces hacia la puerta del Tabernáculo.
5. Y la quemará viéndolo todos, entregando a las llamas tanto la piel y las carnes como la sangre y el estiércol.
6. El sacerdote echará asimismo en la llama que devora a la vaca, palo de cedro e hisopo y lana teñida dos veces en grana.
7. Y entonces finalmente lavados los vestidos y su cuerpo, entrará en el campamento y quedará inmundo hasta la tarde.
8. Y aquel que la hubiere quemado, lavará sus vestidos y cuerpo y será inmundo hasta la tarde.
9. Y un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca y las echará fuera del campamento en un lugar muy limpio, para que las guarde la multitud de los hijos de Israel y sean para el agua de aspersion: por cuanto la vaca fué quemada por el pecado.
10. Y luego que hubiere lavado sus vestidos el que llevó las cenizas de la vaca, quedará inmundo hasta la tarde. Los hijos de Israel y los extranjeros que moran entre ellos, tendrán esto por santo, por estatuto perdurable.
11. El que tocare el cadáver de un hombre, y por esto fuere inmundo siete días.

12. Será rociado con este agua el día tercero y el séptimo, y así será purificado...

20. Si alguno no fuere purificado con este rito, perecerá su alma de en medio de la Iglesia, por cuanto mancilló el Santuario del Señor y no ha sido rociado con el agua de la expiación...

Los árabes históricos no se quedaron atrás de los semitas en punto al sacrificio de una vaca, que juega no poco en toda su historia. *Ba-ka* o *ka-ba* es vaca, leído al modo semita; y con esta mera transposición silábica, perfectamente lógica en filología, tropezamos con otro filón mítico casi inagotable como ya en otra parte dijimos y repetimos aquí.

Por de pronto, tenemos a la célebre mujer, más legendaria y simbólica que histórica y efectiva, dicho sea con permiso de nuestros pretendidos sabios, que acarrese, por su belleza, la perdición del Imperio visigótico español: *Flor-Isea*, *Flor-Inda la Cava*, o *la Vaca*, nombre perfectamente alusivo a ese pristino símbolo indostánico; *flor* de la Religión incruenta de la India, como llevamos visto; nombre que, lejos de ser el propio de ninguna amante del godo Don Rodrigo, expresa veladamente el hecho fatal de que por haberse inclinado demasiado aquel monarca a las doctrinas orientales, gnósticas y arrianas, representadas por su símbolo predilecto, *la flor inda de la vaca*, se acarrió el odio de los hijos de Wilitza, igualmente que el de judíos y musulmanes. Recuerden, a propósito de los hijos del Profeta, todos cuantos, ante la precedente aserción, se sientan inclinados a repetir la consabida frases de *si non e vero...*, que el nombre de la *Kaba* o *Vaca* es precisamente también el del antiquísimo templo de Arabia, donde, como en todos aquellos templos, dólmenes, hipogeos o subterráneos, por donde *anda* la *Vaca*, existía la consiguiente *pedra cúbica* (negra o blanca) de que en el capítulo anterior nos ocupásemos, piedra y templo, que estaban bajo la protección inmemorial de la tribu de los korei-quitus, a la que perteneciese el Maestro Mahoma. Y cuenta con que aun en ella nos mostramos excesivamente positivistas, porque, en realidad, lo que hubo en la Meca en tiempos prehistóricos, no fué piedra negra alguna, como el meteorito que hoy se muestra en la Meca a los embobados peregrinos, sino una *Petera*, o Piedra simbólica, es decir, una Fraternidad Iniciática, que fué la que instruyese a Mahoma para hacerle caudillo religioso y político de su pueblo tal Fraternidad; además, hay vehementes sospechas de que ella fuese aria primitiva, pues los etiopes occidentales de la prehistoria fueron verdaderos indos, y ella pudo recibir el nombre de Fraternidad de la *Cava*, o vaca, por contracción de la tan venerada palabra hebrea de la *Mer-caba*, o sea de aquella parte exotérica y sacratísima de la ley mosaica,

que jamás era comunicada a los profanos; es decir, del complemento de la *Ká-ba-la* o *la-Va-ca*; o lo que es igual, de la mera tradición oral dada de padres a hijos, y que fuera la pura fuente de su religión ordinaria al tiempo de la dispersión de los pueblos. Tal religión originaria fué sin duda la misma de otros pueblos mediterráneos, como el romano primitivo y el etrusco con su *Vocuna*, o diosa astral de la victoria sobre lo físico, les hiciese a sus sucesores dar luego el nombre de *Civita-vecchia* a la gran ciudad mediterránea, y aun les llevase a santas orgías pitagóricas que luego decayeran en terribles *bacanales*, y a los licenciosos excesos del *Uro cantante de Falaris*, que hacía honor a la propia fábula obscena de la «Parsifae guebra», a la que aluden los autores al hablar de la prostitución religiosa, a la que, dentro de cierta vaca de bronce u oro, se entregara con frecuencia la más célebre de las reinas asirias.

Además, entre las tribus arias más primitivas de Arabia, el pueblo de *el Ariba*, se cuentan las tribus de *las-man* y *Djald*, de tan fácil etimología ocultista, y su templo de la *Ka-va* se hacía pasar por construido por el mismo patriarca *A-braham*, es decir, el ario puro, el ario-solar, o *no brahmdn*; y en cuanto a la enseñanza ulterior, y ya semítica o brahamánica, de Mahoma, resulta una de tantas mal llamadas *coincidencias* en nuestro ignorante lenguaje de topos, pues que la *sura*, o capítulo segundo del Corán, o por mejor decir, el capítulo primero antecedido por las invocaciones consagradas, se titula de *La Vaca*, y consta de 286 versículos del más rabioso color semita contra el inocente símbolo bovino. Los que llevan los números 63 al 70, dicen así:

«63. *Acordaos del día* en que Moisés dijo a su pueblo: —Dios os ordena inmolar una vaca. —Los israelitas exclamaron: ¿Acaso te burlas de nosotros? —Presérveme Dios de ser del número de los insensatos—dijo: —Suplica entonces a tu Dios que nos explique claramente qué vaca ha de ser esa—replicaron los israelitas. —Dios quiere que no sea una vaca vieja, ni una ternera—dijo—, sino que sea de una edad intermedia entre las dos. Haced, pues, lo que se os ordena.

64. *Los israelitas añadieron*: —Ruega a tu Señor que nos explique claramente cuál debe ser su color—. Dios quiere—les dijo Moisés—que sea de un brillante amarillo de oro, capaz de alegrar la vista de todo el que la vea.

65. Suplica a tu Señor que nos explique claramente cuál debe ser esa vaca, pues nosotros vemos muchas vacas semejantes, y no podemos ser bien orientados en nuestra elección sin expresa indicación de Dios.

66. Dios os dice—repuso Moisés—que no sea una vaca cansada por la

labranza ni el riego de los campos, sino una vaca a la que no se haya acercado el toro, y carezca, además, de toda tacha. —Ahora—dijo el pueblo— es cuando tú nos has dicho la verdad—. Entonces inmolaron la vaca, y, sin embargo, les faltó muy poco para arrepentirse.

67. Acordaos de aquel asesinato que fué cometido en un hombre de los vuestros (1). Este asesinato era objeto de vuestras disputas. Dios hizo ver a la luz del día lo que vosotros ocultabais.

68. Ordenamos que se golpee al muerto con uno de los miembros de la vaca—¿acaso con su *quina* pata?—, y, al resucitar aquél, dijimos: Así es como Dios resucita a los muertos y hace brillar a vuestros ojos sus milagros. Tal vez alcanzaréis a comprender el misterio.

69. Vuestros corazones se han endurecido después. Son más duros que rocas, pues aún de las rocas hendidas salen torrentes de agua.

70. Ahora bien, ¡oh musulmanes!, ¿deseáis que los israelitas de entonces acepten vuestras creencias por sólo complaceros? Algunos de entre ellos obedecían la palabra de Dios; pero, después de haberla comprendido perfectamente la alteraron a sabiendas, la echaron un Velo...»

Con la clave que ya poseemos, este Velo del divino Mahoma, resulta más que transparente. Por los suras transcritos se ve bien claro que se habla de la Vaca inmolada por los israelitas, no de un modo cualquiera, sino encareciendo el asunto como un inefable misterio, que Dios le va revelando poco a poco, es decir, sura tras sura a su pueblo, pues en el 63 les menciona la vaca; en el 64 les añade que *es de oro*, o que camina no lejos de donde el oro yace, como vamos viendo en las más múltiples y lejanas leyendas; en el 65 y 66 les preconiza las condiciones de libertad, de belleza y de pureza que el supuesto animal ha de reunir, terminándolos en este comentario que no tiene desperdicio, pues que en él se pinta cuán grande debió ser la resistencia de los israelitas: «Inmolaron la vaca, y, sin embargo, les faltó muy poco para arrepentirse» (2). En la sura 67, se alude

(1) Los traductores del Corán, cual D. Joaquín García Bravo, suelen poner al llegar a estos pasajes una inocente nota, admirándose de la ninguna conexión que a sus ojos puede guardar el sacrificio de la vaca con el esclarecimiento de un crimen. Los lectores de cuanto antecede no se extrañarán ya, pues pueden colegir que el crimen es la muerte de la Vaca misma y de su *Conductor*.

(2) El *Génesis* relata cómo y de qué manera los israelitas, pese a la autoridad de Moisés, empezaron a adorar al *Becerro* o *Vaca de oro*, tan luego como este patriarca volvió la cabeza, es decir, subió al Sinal, para traerles las Tablas de la Nueva Ley que rompió contra el *Becerro*.

ya veladamente, y como sin ilación con lo que antecede, al asesinato de un hombre que no es sino el del *conductor de la Vaca*, el del puro *Gautama*, o sea de su ley incruenta, asesinato que no obstante las eternas disputas a que diera lugar, al fin fué esclarecido por Dios mismo... pues, como dice la sura 68, *se habla de los miembros de la vaca*, como de algo sobrenatural o extraordinario, capaces de resucitar hasta a los muertos, o sea a los hombres *lunares* contrarios a su culto, para conducirlos triunfalmente a la más viva y refulgente luz de la religión *solar* primitiva, de la que la sura habla, como de un inefable misterio, que no puede ser esclarecido a las mentes de los muertos de corazón (1); esos que, según las suras 69 y 70, después de haber comprendido perfectamente el misterio, le

(1) Esta alusión a los *muertos de corazón*, que es tan frecuente en los libros religiosos nos trae a la memoria uno de los pasajes más curiosos de *Las Mil y Una Noches*: el relativo al *Jorobadillo*, los siete *barberos* y otros personajes semejantes y hasta aquí inexplicados en el simbolismo profundamente religioso de tan sublime libro. Es un grupo de fábulas que compendian los males todos de la Humanidad.

Estos otros personajes eran: *un sastre*, o *sasthra*, un *parisi* acaso, el representante de la religión *basca* de *Gasgar* o *Oascar* en las extremidades de la Gran Tartaria, un *médico judío*, un *provedor musulmán*, comerciante en *grasas* y *aceites*, y un *comerciante cristiano*; es decir, los representantes típicos de las cuatro religiones occidentales de los *ario-semitas*, profanadoras las cuatro de la pura doctrina *aria* primitiva, mientras que ésta está representada a su vez por un alegre *Jorobadillo bufón* del Sultán. La lectura atenta de las escenas acaecidas con este *Jorobado—Giba; bija* o *Ajib*, es decir, *Sol*, religión solar—nos demuestra, en efecto, la honda realidad de tamaño simbolismo, pues por ella podemos ver que el *Jorobadillo* es invitado a comer por el *sastre* y su mujer, pero se le atraviesa en la garganta una espina de pescado y se le tiene por muerto. Para ocultar el cadáver no se les ocurre sino *soltar el muerto* a su vecino el *médico judío*. Este, al bajar a abrir *sin luz*, tropieza en la escalera con el tal cadáver; cree, a su vez, que él le ha matado, y para eludir responsabilidades, le descuelga por su terrado a la casa de su vecino el *musulmán*. El *musulmán*, al encontrarle *a oscuras*, cree se trata de un ladrón; le apalea y, al verle inmóvil, se altera, creyendo que le ha muerto. Entonces el *musulmán* lleva el cadáver a la puerta de la tienda del *cristiano*, quien, al regresar, al amanecer, un poco borracho ¿alusión quizá al *vino* de la consagración?—, se puso a hacer cierta necesidad junto a la pared. El muerto cae entonces sobre su espalda; el *cristiano* le cree un ladrón, lo emprende con él, y es sorprendido por la policía, quien, al ver que ha muerto a un *musulmán*, le lleva a la horca. Ya iba a ser ajusticiado el pobre *cristiano*, cuando el *musulmán* confiesa lo sucedido, y es cogido para ser ahorcado a su vez; pero hete aquí que, lleno de remordimientos el *médico judío*, se confiesa él el único autor de la muerte, y al ir a sufrir el castigo, en fin, aparece el *sastre* y revela

alteraron a sabiendas con echar un Velo sobre él: el Velo de Isis, el doble Velo de la pretendida *re-velación* o doble ocultación religiosa para fines de Negra Magia y despótica dominación sobre la desdichada Humanidad!

.....
¿Comprendéis ahora, queridos lectores, el por qué de los *becerros de oro* de las leyendas medioevales cristianas, dejados por los mahometanos

toda la verdad de lo sucedido. Asombrada la autoridad por el hecho, y por tratarse de un bulón del monarca, los lleva a todos a la presencia de éste.

Los cuatro acusados cuentan entonces al Sultán una historia cada uno, para hallar gracia a sus ojos, historia que podríamos llamar de los *cuatro Estados* porque son las aventuras de otros tantos jóvenes que por imprudencias cometidas, añadimos nosotros, en el terrible mundo del Ocultismo, se han visto así lesionados o *señalados* por un karma cruel. En efecto, el cristiano contó las aventuras acaecidas en Egipto—país de la magia—a un gallardo joven manco de la diestra, aventura relativa a que tropezó allí con una mujer de excepcional hermosura que *venía a su tienda buscando un velo de tela de plata con fondo de oro—Isis y su Velo—* y de la que perdidamente se enamoró. Como recompensa hacia los favores que al fin consiguió de la bella, todos los viernes que la visitaba en la calle de la Devoción la dejaba bajo la almohada *cincuenta* ceques de oro—el número, muy frecuente en estos cuentos, del pensamiento en el círculo, como ya vimos también en la historia del Buddha—. Así empobreció el joven, y no sabiendo cómo salir del conflicto, cayó en la tentación de robar una bolsa con oro—es decir, buscar por malos medios el Oro del Conocimiento—, pero descubierto fué castigado a perder la mano derecha. Al retornar junto a la dama, como ésta descubriese la desgracia, se sintió morir, y antes de abandonar a su amante, le entregó todo el oro que ésta le había dejado, hermoso símbolo de la espiritualidad que resulta alimentarse en la vida a costa de la inteligencia y que acaba por devolver íntegramente a ésta todos los vigores que la práctica del bien parecía haberle usurpado.

El proveedor musulmán contó otra historia parecida en su fondo esotérico. Cierta comensal suyo se negó absolutamente en un banquete a comer de un plato condimentado con *ajo*, merced al triste suceso que le aconteciese con cierta *dama* ideal y maravillosa idéntica a la del cuento anterior, es decir Isis, su Velo y su culto *bovino*—dama que en la noche de bodas le rechazó indignada solamente porque había comido ajo y no se había lavado después con *kall* y otras substancias depuradoras—. Tamaña aventura hubo de costarle al desdichado el perder los cuatro pulgares de sus manos y pies. El cuento, así relatado, parece una mentecatez antiestética—hasta el punto que él y el de los siete barberos que viene después son de los menos gratos y artísticos de *Las Mil y Una Noches*—pero este juicio tan ligero se debe a que suelen tomarse todos ellos en su mero sentido literal o pedestre—«la letra mata y el espíritu vivifica», que dice el Evangelio—sin comprender su profundísimo sentido oculto, porque así como los *sastres* que figuran en diversas partes de aquellas son *shastras*,—Manava-Dharma-Shastra—y los jorobados son Gibas, hijas o

al retirarse de nuestro suelo?—Algo de ello lo volveremos a encontrar en capítulos sucesivos.

Aún no hemos concluido con la morisca *Vaca*, ni a bien decir concluiríamos nunca. El Sr. García Bravo, traductor español del Corán, al ocuparse de estos pasajes nos da esta interesante nota:

•Moisés había establecido el sacrificio de la vaca y el empleo de sus

Ajib y Scherazada, Dinarzada, etc., etc., son nombres más o menos adulterados por la temura y el bustréfodo el famoso *Ajo* del relato no es sino el *Aham* sánscrito; el pronombre *ego* o *yo* clave de todo su argumento, porque *Isis*, el Ideal, la divina espiritualidad del Hombre conquistada por el esfuerzo heroico del pensador—Dama y Caballero respectivamente en el simbolismo de la literatura caballerescas—es una diosa que no tolera rivales y que no permite se la acerque nadie si va inficionado por *ajo*, *aham*, *el yo* o sea el *egolsmo*. Así, quien peque por egoísmo—y la Humanidad entera pecó al abandonar la sencilla Religión primitiva—no podrá tornar a la visión y trato de tan excelsa *Dama* si antes no se ha lavado con las negras aguas del dolor, de *kali*, en la triste edad de hierro y de calda de quien dicen los ario-Indos ¿quién podrá oponerse al triste *kali-yuga* y sus horrores?... Convenzámonos de una vez, lectores, que con los libros y cosas de Oriente, tan por encima de nuestra grosería de *mechas* o sea de «esclavos de la carne» y de *la letra*, nos pasa lo que al ignorante Sancho al traducir en su lenguaje de bestia la sublime carta de Don Quijote a Dulcinea: «Alta y sobajada señora»... con lo que no hay que decir que la carta, o séase *Las Mil y Una Noches* nos parecen frívolos cuentos de niños en lugar de extraordinario libro de Ocultismo inapreciable, capaz de levantar una punta del Velo de la diosa. ¡Tal ha sido siempre el destino de las grandes verdades en el mundo; sufrir la caricatura y el escarnio de quienes no la comprenderán... Y sin embargo, nada, ni el mal, es inútil en el mundo, pues a no ser por estas pésimas entendederas no se hubieran escapado de la destrucción implacable decretada contra otros libros de Ocultismo en tantas épocas. La fábula, el mito, han sido la pérua protectora de tamañas verdades a través del *invierno* de la ignorancia para poder así brotar exuberantes en la *primavera del conocer* que ya se avecina en nuestros días.

La historia de este mutilado de sus cuatro *quintos dedos* de sus manos y pies—otro simbolismo de tantos matemáticos como surgen doquiera en el curso de la obra—tiene gran paralelismo ocultista con la anterior, y su resumen es que el novel caballero aventurero, cuya hazaña relata el proveedor musulmán, se ve sorprendido infraganti con la *Isis* de sus levantados pensamientos y tiene que ser encerrado y transportado en un arca a lugar más seguro, en claro simbolismo del siglo o *arca cerrada* iniciática, que no puede ser abierta sin la *clave* oportuna, y también al sarcófago o féretro de todos los lugares iniciáticos—incluso aun hoy en la Masonería—donde ha de tenderse y ocultarse el candidato a la iniciación.

Sigue la historia narrada a su turno por el médico judío igual derrotero que las anteriores. En ella otro mancebo pierde su diestra, es decir, el poder de

cenizas como medio de expiación y purificación de un hombre que hubiese tocado un cadáver. Al beber, sin embargo, el Corán en fuentes para nosotros desconocidas, rehace a su modo la historia de esta disposición de Moisés. Según los comentadores del Corán, he aquí el relato que sirve de base a los anteriores versículos:

»Un hombre muy piadoso entre los israelitas tenía una ternera y un

obrar a derecha y no siniestramente, porque, sin pensarlo, ha sido cómplice en ocultar el cadáver de una joven muerta por celos por su propia hermana. Gracias empero a cierto collar con diez perlas—el misterio del 10, de la numeración, de π , del sexo, etc.—que dejase la interfecta, el atribulado joven alcanza a conocer al padre de la muerta y de la matadora, quien le desposa al fin con su hija menor cuyas virtudes hacían gran contraste con la perversidad de la fratricida. Para no abusar, omitiremos comentarlos acerca de este sencillo símbolo que de lejos recuerda las envidias de las hermanas de Psiquis; la muerte de *Hirán* o sea la ocultación del culto iniciático, etc., etc.

El cuarto cuento, narrado, en fin, por el sastre a su vez da entrada a otros siete cuentos: los de los siete barberos, que tal es el sistema *arbóreo* de todas las cosas orientales, a diferencia del *raquítico* y *lineal* que seguimos nosotros, es decir, sacar de un cuento integral (el del Jorobadillo) *cuatro cuentos* (el del cristiano, el musulmán, el judío y el sastre) y de uno de estos *cuatro cuentos* otros *siete* de los barberos, a la manera de los troncos numerales donde cada centena, por ejemplo, tiene *diez* decenas y cada decena *diez* ramas o unidades.

Sigue a través de estos cuentos el relato de los males que sufre al buscar el ideal la infeliz Humanidad. Así, si en el cuento del cristiano y en el del judío el héroe pierde la mano derecha, y en el del musulmán, cuatro dedos, en el del sastre, por culpa de un barbero terriblemente locuaz, que a sí propio se llamaba, sin embargo, *el callado*, queda cojo el héroe respectivo. El tal *Figaro*, *sábelo-todo*, narra su vida y la de sus otros seis hermanos, barberos como él, vidas que son otros tantos fracasos y lástimas. El primero camina entre ladrones, sin saberlo—los ladrones de las parábolas de Hillel, de Jesús y de tantas otras—, y se salva, por verdadero milagro de silencio y de prudencia, de las asechanzas del mundo de los *elementales* que avasallan a los otros seis, obligando al uno a realizar los papeles más ridículos y deshonrosos; el segundo, a tirar de uña noria como un jumento; el tercero, a vivir eternamente ciego y engañado por esos seres perversos dotados de *doble vista* que nos dejan siempre en mal lugar a guisa de verdaderos *ciegos* de la mente; el cuarto, a quedar, si no ciego, tuerto y a vender, por causa de la magia perversa—según así hemos visto en la historia de Imperios como el de México—, carne humana en vez de carne de animales; el quinto, a emplear mal su imaginación soñando quiméricos placeres egoístas que le acarrearón su ruina, en un verdadero anticipo de nuestro «cuento de la lechera», mientras que el sexto, más astuto y sabio que los otros, acertó a tropezar con un ilustre Baramecida, un verdadero Mago blanco, ante quien demostró cumplidamente que sabía hacer buen uso de aquella poderosísima facultad mágica de la imaginación creadora, por

hijo varón. Condujo la ternera al desierto y la abandonó a la mera salvaguardia de Dios hasta que su hijo fuese mayor de edad. Poco tiempo después, por desgracia, murió aquel hombre piadoso, dejando al hijo bajo la custodia de su madre. Hallándose algunos años después ésta en situación precaria, le envió a que buscase la vaca, único bien que les quedaba ya. El animal, montaraz hasta entonces, después de tantos años de libertad y sin dejarse coger de nadie, siguió sin resistencia alguna, cual un cordero, al joven. Éste, conformándose con los deseos de su madre, condujo la vaca al mercado para venderla y sacar de ella algún dinero. Un desconocido, que era nada menos que el ángel de Dios, ofreció primero seis y luego doce dineros al joven, a condición de que no tornase a consultar con la madre acerca del precio de la venta. Sin embargo, el joven vino a

cuanto se prestó gozoso a realizar, en unión del Baramecida, una comida fantástica en la que nada real se comía ni se bebía. Este último detalle es todo un símbolo de lo que a cuantos nos ocupamos de cosas como la del presente libro nos suele acontecer, pues, al decir del mundo que sabe, vivimos de ilusiones, de vanos conceptos, de estériles filosofías, cual Don Quijote, apartándonos de lo real y tangible de la vida, o sea del oro, el poder y los placeres —mundo, demonio y carne, que la religión diría—. Ningún ocultista sincero ha dejado de experimentar, en efecto, tentación semejante en los comienzos de su prueba, a la manera de Jesús en el desierto, antes de comenzar su predicación, cuando fué tentado con hambre, con poderes y con las riquezas enteras del mundo para que abandonase su misión de Redentor y su mundo de ilusiones. El mismo Newton, próximo ya a su ocaso, dejó estampado este temor diciendo: «¿Fué ilusión quizá la de correr tras el ensueño y la quimera...?». El barbero de nuestro cuento, como todos los verdaderos sensatos a quienes trata de locos el mundo, hizo su banquete puramente imaginativo en unión del Baramecida; se alimentó de sus ilusiones; le siguió en su aparente extravagancia, alcanzando después de él el galardón de una buena y archirreal comida: el verdadero pan del Cielo, la posesión de la verdad tradicional, oculta a los profanos groseros...

Queda, pues, para completar este cuento de cuentos del Jorobadillo, la parte quizá más simbólica; es a saber: que después de tantos diánes y directes acerca de su muerte a manos del cristiano, del musulmán, del judío o del sastra, el buen barbero callado se llegó a él y, dándole cierto unto en la garganta, le sacó la espina y le resucitó con asombro de todos; pues que, la verdadera Religión-Sabiduría Iniciática, representada aquí por el Jorobado, allá por el hombre muerto del Corán, acullá por la Viuda de la Masonería, más allá por la Iglesia paciente o Purgatorio de los Cristianos, Hades de los paganos, etcétera, no está muerta, aunque tal lo parece, a manos de aquellas y de otras religiones exotéricas, sino simplemente dormida, porque si todo lo que nace muere, todo lo que muere ha de renacer, según el gran axioma ocultista...

14 BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS

contarle todo lo acaecido a ésta, la cual, creyendo ver en la insistencia del desconocido una intervención celeste, recomendó a su hijo que volviese al mercado y consultase al desconocido, quien no dejaría de presentarse otra vez, para hacer el mejor empleo posible de la vaca. Entonces el ángel reveló al mancebo que debía conservar su vaca, porque no tardaría mucho tiempo en acaecer entre los judíos un acontecimiento que le daría ocasión de venderla por una cantidad de oro tal como lo que podía contener su piel. En efecto, algún tiempo después, un israelita rico llamado Hamiel fué muerto por uno de sus parientes que codiciaba su mujer o sus riquezas. El autor del crimen era desconocido, y hombres inocentes eran inquietados por acusaciones injustas. Para resolver la duda y sacar a los judíos de la incertidumbre en que se hallaban, Dios ordenó a Moisés que buscara una vaca que tuviese todos los signos indicados por la revelación; que la degollase y que golpease el cadáver de Hamiel con uno de sus miembros. El cadáver, al ser golpeado, se levantó, reveló el nombre del matador y volvió a morir. Para obtener la vaca en cuestión, los judíos tuvieron que dar al joven la suma que pedía.

En los suras transcritos se transparenta con toda claridad la existencia entre los árabes del famoso misterio de la Vaca religiosa. Por un lado se habla de su inmolación *more semítica*, como si en ello el mahometismo no fuese sino una rama del tronco judaico, pero ya en los últimos suras el Profeta quiere volar más alto y nos da un verdadero misterio islámico, como el que vamos a tratar en el capítulo siguiente. Nada tiene que extrañar esto, porque idéntico fenómeno de inversión de idea religiosa acaeciese en el pueblo judaico, donde los primeros patriarcas, *A-braham, Ia-sac, Ia-cub, Io-seph*, es decir, el *No-brahmán* y los sucesivos fueron adoradores de la vaca europea *Io* o de la egipcia *Is-Is*; mientras que ya *Moisés*, después de la cautividad en Egipto (si es que ello no es obra del reformador Esdras), exige el sacrificio de la vaca y la ternera y que su sangre caiga sobre la cabeza de todos, especialmente de los sacerdotes y de sus hijos. Pero andando los tiempos y merced al trato íntimo de Salomón con los pueblos vecinos que conservaran por línea de Lot el primitivo culto bovino, nos narra muy por extenso la Biblia el cómo Jeroboán provocó el cisma de Israel y se alzó con diez de sus doce tribus, porque «se apartó de las aguas de *Silod* (Lais) para beber las de *Ra-sin*», y consagró el culto del *becerro*, que veremos pronto, y el de *Moloch* o *Morold* (1), de los pueblos

(1) Para este importante tema del Moloch o Morole nórdico, véase el capítulo consagrado a *Tristán e Iseo* en nuestra obra *Wagner, Mitólogo y Ocultista*.

occidentales, culto que tras mil alternativas, hijas del implacable odio de *Judá* hacia la *Vaca*, continuó con Nabad (Nebo, sabiduría) y con otros odiados monarcas, hasta Jehú y el *impro Acab* (ba-ca). La fábula de este *Ba-ca*, de su mujer Jetzabel o *Isabel*, la violenta apropiación de la *viña de Naboth* (Wotan), después de haber eliminado violentamente a éste no menos que con Wolan lo hiciese Sigfredo el *welsingo*, son de un interés excepcional para la mitología comparada, aunque sobre ello hoy no podamos delenarnos.

Pero no podemos terminar este capítulo sin consignar otros simbolismos brahmánicos relativos a la *Vaca*, corroboradores del *semitismo religioso* de estas gentes de sangre tan aria, aunque *lunar*.

Chin-chor o *Chin-clud* es célebre en todo el Decán indostánico por su templo de *Gunpati* o de *Ganesha*. Se cuenta que a un matrimonio pobre, pero nobilísimo, le prometió, en sueños, el dios de la sabiduría (Ganesha, Nebo) encarnar en su hijo primogénito: *Maroba*, verdadero Gautama o Conductor de la *Vaca*, que se hizo famoso por su ascetismo en el rincón más obscuro de una selva impenetrable. Maroha, ya viejo, ordenó a su pueblo que le enterrase vivo, sentado y con un libro en la mano; y que no volviesen a abrir su sepultura so pena de su maldición. Después del entierro de *Maroba Gumpati*, el dios que en él moraba encarnó en su primogénito, el cual, a su vez, tuvo un hijo: *Nara-yana*, tan célebre por sus prodigios, que noticioso de ellos el propio emperador Alamagir, quiso probar la extensión de tal *deificación* de un mero mortal. Al efecto, degolló una vaca y envió al yogi un pedazo de su cola envuelta en riquísimas telas y cubiertas.

Conviene saber que el tocar la cola de una vaca muerta es la mayor de las degradaciones para un verdadero *hindú* (1). Al recibirla *Narayana*, con su conocimiento de iniciado, comprendió la mistificación, y sin desenvolver el paquete, le roció con agua, y cuando lo desarrollaron después, encontraron, en lugar de la impla cola, un ramillete de bellísimas *syringas* o crisantemos blancos. Esta transformación satisfizo tanto al emperador, que regaló ocho aldeas al dios Ganesa, encarnado en *Nara-yana* (2).

Esta *cola de vaca* del emperador *Narayana* está más o menos relacio-

(1) Recuérdese la cola de vaca en que el ventero de Don Quijote colgaba los peines y que sirvió para hacer una longuísima barba al barbero Maese Nicolás.

(2) Recuerda este pasaje el del león desquijarado por Sansón, el Hércules hebreo, y en cuya boca luego elaboraron las abejas un rico panal de miel.

nada en simbolismo religioso con *la cola de Hanuman* o *Hanul-man*, el *hombre de la Luna*, o sease el famoso dios-mono, que auxilió a su hermano Rama, en la guerra del Mahabharata, contra Ravana. Este malvado rey de Lanka, después de haber untado la cola del heroico dios-mono con una materia combustible, le prendió fuego, y al sentir el dolor de la quemadura dió un salto en el aire y llegó a *Nassik* (*nassica*, nariz, en sánscrito como en latín), su ciudad natal, hacia las fuentes del Ganges. Cada sacratísimo átomo de aquellas cenizas fué el germen de un templo, y desde entonces las dos sectas brahmánicas del país, la tradicional de los *vaisnavas* (de Vishnú) y la perversa de los *sivaitas* (de Shiva), mantienen guerra civil entre sí y se disputan las negras piedras basálticas para sus respectivos templos, símbolo de su magia para los unos y de la negra ceniza de Hanumán para los otros, derramándose más tinta en tales querellas teológicas, dice Blavatsky, que en la famosa del ganso de Mirgorod entre Ivan Ivanitch e Ivan-Nikiphoritch, en Rusia.

En el templo de Nassik, según Blavatsky, existe una inscripción alusiva a la excavación en la roca viva de tan célebre edificio, la cual puede datar de 453, como de 1734 ó de 2640 años antes de J. C., según sus datos astronómicos. En ella se habla del rey *Ksha-parota*, *kshatriya* o guerrero que en aquel «sitio» de la sujeción de las pasiones brahmánicas sacrificó cien mil vacas de las que pastaban en las sagradas orillas del Banasa (Ganges). Aquí, pues, está el origen de las famosas *hecatombes* griegas o sacrificio de las cien vacas, en culto verdaderamente lunar, brahmánico y semita, frente al culto solar genuinamente ario.

En otro pasaje de «Desde las Cuevas y Selvas del Indostán», al escandalizarse Blavatsky de las mistificaciones brahmánicas, de sus falsificaciones verdaderamente criminales cometidas en el texto de los Vedas y de las Leyes del Manú, para justificar la horrible costumbre de que las viudas se queman en la pira que consume el cadáver de su marido y, en fin, de los ridículos matrimonios, no ya entre niños de corta edad, sino de niños que aún no han nacido, nos da como detalle curioso de una de las mil ceremonias matrimoniales la de cubrir con excremento de vaca el suelo todo del salón, donde el día de la boda se sacrifica un macho cabrío o un ternero en honor de los lares y penates de la familia, para regar con su sangre a la diosa doméstica. En la cabalgata nupcial, dos guerreros armados espantan las moscas al novio con colas de vaca, y es tan importante, en fin, aquel sacrificio de la cabra o ternera, que desde el momento en que se realiza, aunque los contrayentes sean de corta edad y aun niños de pecho, el matrimonio es indisoluble.

La vaca religiosa aparece en cien lugares de la sapientísima legislación del *Manava-Dharma-Sastra* o *Código del Manú*, según le ha estudiado el notable jurisconsulto y filósofo argentino A. Capdevilla, en su merilísimo *Darma: Influencia del Oriente en el Derecho de Roma*. En este libro vemos, en efecto, que así como el brahman al deponer ante los tribunales ha de jurar por la Verdad, el *Chatryia* por sus armas y el sudra por sus pecados, el verdadero *vasya* o comerciante ha de hacerlo *por la vaca*. En otro lugar del mismo, nos habla el autor de las formas de matrimonio, a saber: 1.ª, *la de los Pradjapatis* o *Antecesores, la del divino Brahmá*, que es cuando el padre, sin más ceremonias, entrega su hija a su yerno sabio y virtuoso, diciendo: «cumplid ambos con vuestro deber»; 2.ª, *la de los gandharvas* o músicos celestes del *Devakan*, nupcias celebradas por puro amor y en virtud del mero y mutuo consentimiento; 3.ª, *la de los dioses*, cuando se emplea una ceremonia religiosa y el celebrante se desposa con la hija; 4.ª, *la de los rishis*, cuando el padre entrega a su hija conforme a la ley, *después de haber recibido del novio un toro y una vaca*, donación que no envuelve la idea de compra como la *coemptio romana*, pues ambos animales han de sacrificarse en la fiesta nupcial religiosa; 5.ª, *la de los asuras*, cuando previamente ha hecho el novio regalos a la doncella y a sus padres, cosa que envuelve ya una idea de compra de la esposa; 6.ª, *la de los raksasas*, genios malévolos o demonios, en el caso de mediar estupro, rapto y otras violencias a mano armada; 7.ª, *la de los pisachas* o vampiros astrales, cuando el novio posee a la mujer en plena irresponsabilidad, estando aquella dormida, ebria o delirante.

El brahmanismo moderno, verdadera industria religiosa aun más atemoradora de la de ciertas instituciones pseudo-religiosas occidentales, tiene otra clase de *hecatombes* o sacrificio de las cien vacas, es, a saber, el regalo de ciento o muchas más vacas que hacen algunos sudras ricos a los brahmanes, para poder convertirse en algo así como brahmanes de la mano izquierda. Este acto se llama *pasar a través de la vaca de oro*, porque los brahmanes verdaderos pueden, si quieren, otorgar este derecho a los kshatriyas, y aun a los sudras por algunos cientos y aun miles de vacas. Una vez hecho el regalo, se construye un modelo de vaca hecha de oro puro, modelo que luego es consagrado mediante algunas ceremonias místicas. El candidato tiene entonces que pasar tres veces arrastrándose por en medio del cuerpo hueco de la vaca, saliendo por su vulva, y queda así consagrado como un verdadero brahmán, *dwipa* o dos veces nacido, una de su madre y otra de la vaca.

En cambio, el brahmán que es echado fuera de la casta, o séase exco-

mulgado, «tiene que sufrir una humillación más terrible también relacionada con la vaca». El individuo excomulgado es peor que un leproso, pues la solidaridad de las castas es fenomenal en este punto. Lo único que puede tener alguna comparación con ella es la solidaridad de los discípulos de Loyola. El pobre diablo debe, literalmente, morir para todo el mundo. Su padre, su esposa, sus hijos, todos están obligados a volverle la espalda bajo pena de ser excomulgados también, y no hay esperanza de matrimonio para sus hijos e hijas, por inocentes que sean del pecado de su padre... Esta es una fuerza pasiva formidable, contra la que no ha podido nada la influencia inglesa. Sólo existe una línea de conducta para el excomulgado: la de dar muestras de arrepentimiento y someterse a toda clase de humillaciones, y a veces hasta a la pérdida total de su propiedad. Personalmente conozco, dice Blavatsky, jóvenes brahmanes que, habiendo pasado brillantemente por los exámenes universitarios de Inglaterra, han tenido que someterse a las condiciones más repugnantes de purificación al volver a su casa. Estas purificaciones consisten, principalmente, en afeitarse la mitad del bigote y cejas, arrastrarse por el polvo alrededor de las pagodas, *permanecer agarrado durante largas horas a la cola de una vaca sagrada, y, finalmente, tragar los excrementos de la misma vaca*. Esta última ceremonia es llamada *Pancha-Gavya*, literalmente la toma de los cinco productos de la vaca: leche, nata, manteca, etc., etc. El viaje sobre *Kalapani* (el agua negra, esto es, el mar) está considerado como el peor de los pecados. El hombre que lo comele, se considera que está manchado sin remisión desde el instante en que pone sus pies a bordo del *bellati* o barco extranjero.

Como se ve en todos estos simbolismos brahmánicos, el concepto relativo a la vaca es semejante al de los hebreos y los mahometanos, por un lado exterior sus ceremonias expresan su inveterado odio al mito; mas en el fondo recuerdan, sin duda, muchas de sus ceremonias a la religión primitiva de la Vaca, que en la suya parecían despreciar.

Así no hay brahmán que se estime en algo que, al realizar sus complicadas ceremonias matulinas, olvide al terminarlas pasar el rosario o la mala de ciento ochocientas cuentas, ocultando sus manos durante la ceremonia en un saco llamado *gomuhka*, que significa *la boca de la vaca*, y cuando después pasa al establo a ordeñar las vacas que ayudan a su sustento, se sientan al lado de ellas, las lavan las patas, primero con la leche de ellas y luego con agua; después suelen darles azúcar y arroz, cubren sus testuzcos con polvos de sándalo, y adornan sus cuernos y patas delanteras con guirnaldas de flores, que suplan la ausencia de la quinta pata astral de la vaca-

símbolo. Indos hay que no se dan por cumplidos de sus deberes, si no da en torno de la vaca principal ciento ocho vueltas con el rosario en las manos, y sí, llenando una copa de agua y poniéndola por un momento en la cola de la vaca, no se la bebe como el más sagrado y delicioso de los néctares...

Los *bhils* (del sánscrito *bhid*, separad) son extraños e inquietos habitantes de la región del alto Indostán, regada por los ríos Vagrey y Girma, cerca de los célebres hipogeos de Bagh. Se dicen descender de uno de los hijos de Maha-Deva o Shiva y de una hermosa mujer «que tenía los ojos azules y el rostro blanco», a la que el dios encontró en una selva del otro lado del *Kalapani* (aguas negras u Océano), esto es, de Europa. Esta pareja tuvo muchos hijos, uno de los cuales, tan bello como depravado, maló al buey favorito de su abuelo Maha-Deva, siendo desterrado por su padre al desierto de *Iod-pur*. Alejado en el más remoto rincón del Sur, se casó, tardando poco sus descendientes en matar a todos los habitantes de la comarca, pues todos ellos, al heredar la belleza de su antepasado, su hermosa tez y sus ojos azules, heredaron también su carácter turbulento y su predisposición al mal. Rodeando, en fin, esta tribu a los misteriosos hipogeos de Bagh (o del Señor, *el Bab*), son a la manera de los compañeros de aquel Paolo, hijo de un Cardenal, que con sus atrociosos y fechorías formara un antemural infranqueable en torno del castillo del Iniciado *Mejnur* en el *Zanont* de Bulwer-Litton, porque, en efecto, el propio Maha-Deva, al maldecir a su nieto, le habla dicho: «¡Véte, miserable asesino del buey Nardi (de *Di-nar*, moneda de oro, o séase el *becerro de oro*), el buey que era tu hermano y mi hijo; véte y vjve la vida del desterrado y del bandolero; para que sirvas a tus hermanos de escarmiento eterno...!»

¿No es extraño (añade Blawatsky al escribir este pasaje) que Apis, el buey sagrado de Egipto, sea venerado tanto por los sectarios de Zoroastro como por los indos? El buey Nardi, emblema de la vida en la Naturaleza, es hijo del Padre creador, o, por mejor decir, es su propio Hábito, productor de la vida.

Amilano Marcelino dice en una de sus obras que existe un libro en el que se encuentra *la edad exacta* de Apis, o sea el hilo del misterio de la creación y los cálculos de los ciclos del mundo.

Los brahmanes explican también la alegoría del buey Nardi por la continua renovación de la vida en la Naturaleza. En cuanto a dichos *bhils* aborígenes, ellos se llaman a sí mismos *Buma-putra* y *Vana-putra* o hijos de la tierra y de la selva, en contraposición, tanto a los brahmanes que

son *Indu-putras*, esto es, hijos de la Luna, y de los *siks* o *sadhís*, que son hijos del Sol o *Surya-vansas*, cosa importantísima, porque, como dice el Dr. Clark en sus *Viajes por Escandinavia*, «los ascendiente primitivos de cada tribu se hallan mucho más fácilmente atendiendo a sus supersticiones, que son permanentes, que a sus lenguas, sujetas siempre a toda clase de cambios».

.....
¿A qué de meditaciones no se presta, pues, el misterio de la *Vaca* a través de las edades?

Nos faltan medios de expresión y más aún de demostración, pero tenemos por indudable que, tras semejante problema místico, está la clave de ultratumba y el misterio de la Historia entera de las religiones del planeta. «Hay, pues, que renacer de y por la *Vaca*», que un pícaro brahmán diría.

CAPITULO IV

EL BECERRO DE ORO Y LA ALQUIMIA

El signo vernal del Toro y la precesión de los equinoccios.—Panoramas astronómico-religiosos.—La Heracleida de Panyaris.—Las Pléyades, centro del Universo.—El becerro de Aurón.—El velo de *Las Mil y Una Noches*.—El Vello de Oro y la Piedra Filosofal.—El Templo de Oro del Penjab.—El Dorado.—Los tesoros del desierto del Gobi.—El *Oedipus aegyptiacus*.—La Magna obra.

Tras el estudio de la Vaca religiosa viene, lógicamente, el de su becerro o ternerillo, asunto profusamente tratado en la antigüedad, tanto de Oriente como de Occidente.

Por algo el divino *becerro* figuró desde muy antiguo entre las constelaciones. Ternera, becerro o toro, pues esto de la edad y del sexo de la progenie de IO es un punto tan relativo como obscuro; siguió en el zodíaco astronómico a la constelación de Aries o el Cordero; mejor dicho, la precedió, por cuanto, con arreglo al ciclo de precesión equinocial que hace pasar el llamado *punto vernal* o de entrada de la primavera sucesivamente por todos los signos del zodíaco en veinticinco mil novecientos veinte años, el comienzo de la fecunda y bellísima Primavera coincidió hace unos cinco mil años, en números redondos, con la entrada del Sol en el signo del *Toro* o Becerro, como hace poco más de dos mil años coincidía con la entrada del astro en el signo de Aries (símbolo de Ra, Rama o el Cordero), y hoy coincide con la llegada del mismo a la constelación de los Peces (Piscis, el *pescado*, símbolo del naciente Cristianismo y del oficio de los primeros discípulos de Jesús).

Diversos historiadores testimonian que, en el siglo V antes de Cristo, un pariente de Herodoto, llamado *Pan-yaris* o *Pan-isis*, escribió la *Heracleida*, poema consagrado a cantar las hazañas de Hércules o *Heracles*. Aunque dicho poema hubo de perderse, como todo cuanto podría hoy conducirnos sin clave al esclarecimiento de las grandes verdades iniciáti-

cas, conocemos algunos trozos de él, gracias a los escritores griegos. Ya Dupuis hizo, por otra parte, una tabla comparativa entre los respectivos cantos del poema *De los doce trabajos de Hércules* y los aspectos del cielo durante los doce meses de la revolución anual que, con el nombre de Hércules, realiza el Sol. Al llegar el poema a cantar el noveno mes, nos dice:

«En este noveno mes del calendario, entra el Sol en la casa del Becerro, signo consagrado a Marte, o sea El Becerro del Toisón de Oro. Este paso está marcado por la salida del navío Argos, de Andrómeda, la mujer celeste; la Ballena y Medusa, cuanto por el ocaso de la reina Casiopea.» (1). Correlativamente canta el noveno trabajo de Hércules, diciendo: «El divino Hércules se embarca en el navío Argos para conquistar el Becerro del Toisón de Oro (el hijo de la Vaca bermeja sacrificada por los israelitas, como ya vimos) y combate con las Amazonas, hijas de Marte, a quienes arrebató su famoso cinto. También liberta a una joven que iba a ser devorada por un monstruo marino, como aquel a que estuvo expuesta Andrómeda, la hija de Casiopea.» (2).

Hay que convenir en que, dentro de la exasperante arbitrariedad de nombre y la forma de nuestras constelaciones, la región que rodea al Toro es todo un *panorama* de las escenas relatadas por el citado poeta. En el Toro, en efecto, se incluyen las bellísimas Pléyades, Cabrillas o *Vacas celestes*, que si bien son sólo siete a ojos profanos, son más de dos mil ante ese ojo mágico de la fotografía celeste, con sus nebulosas *Mayas*, su estrella principal *Alcyone* y sus compañeras *Atlas*, *Talgele*, etc., etc., inmortalizadas por la musa de la antigüedad (3). En torno del rojizo *ojo del Toro* o

(1) Aquí hay cierta inexactitud astronómica. Efectivamente, Casiopea no se oculta, sino que comienza a declinar a poco de salir el Toro en nuestras latitudes. Otro tanto acaece también con Medusa. La Ballena es constelación vecina al Toro y que sale antes que él. En cuanto a que Argos salga antes que el Toro sólo ocurre ello en latitudes muy australes, porque en la nuestra, al contrario, sale muchas horas después y permanece visible sólo en parte y por pocas horas.

(2) Este Marte, verdadero Wotan escandinavo, padre de las *Amazonas*, *Hurles*, o *Walkyrias*, está considerado como el *dios Plana* en el poema *dionisiaco*, de Monnus, escrito 410 años antes de J. C. En el artículo *Marte*, publicado en la revista *Sophia*, de Madrid (1895), por D. Viriato Díaz Pérez, pueden verse otros detalles muy curiosos relacionados con este dios.

(3) Este grupo celeste, tan brillante y diminuto para nosotros, es de los más importantes del cielo. Su forma es una miniatura del de Casiopea, las dos Osas, y el Pegaso; y sus estrellas, que pasan de dos mil para la fotografía,

Aldebarán, el único que con *Antarés*, corazón del Escorpión, puede copelir en coloración con Marte, se agrupan por cientos y miles las telespicas Hyadas: otra *Vacada celeste*. Tras del Toro viene el gigantesco *Orion* o *Gerión*, en cuyo cinto de vívidos joyeles, que el vulgo llama los Tres Reyes Mayos, un buen mitólogo no puede ver sino el consabido cinto de las Amazonas o Walkyrias, *hurles* bien amadas por *Orion-Wotan* (el *Ma-mitológico*). Por encima y hacia el norte de la constelación del Toro, aparece ese grupo simbólico del rey *Cefeo*, *Céfiro* o *Zéfiro*; de la reina *Ciopea*; del libertador Perseo, con su *Cabeza de Medusa* en las manos, de *Andrómeda* la libertada; mientras que delante ha salido la Ballena, y deada de Piscis y de Acuario, los signos acuáticos por excelencia, y detienen los dos terribles *cancerberos* a quienes Perseo adormeciera con sus poríferas tortas, y Apolo con el son de su lira; el *Can Menor*, con su estrella Procyon, y el *Can Mayor*, con su brillante Sirio, el astro que precede a la salida del *Navío Argos* y a su dulce estrella blanca: *Cánope*, egipcia.

Después de lo dicho, se comprende que el pueblo hebreo, hijo bastardo del nobilísimo pueblo astrónomo caldeo, conservase, en su gran angustia, el recuerdo de aquellos patriarcales tiempos suyos en los que el signo zodiacal del *Becerro* fuese el heraldo de la Primavera, como hoy es el de *los Peces*. Las escenas cantadas por los poetas que hemos citado y por mil otros, exaltaban, en efecto, la grandeza del *Mitralco Toro*, *Mediador Celeste*, que en épocas ya de ulterior degeneración moral e intelectual, les llevase hasta adorarle en forma de *Becerro de Oro*. De aquella tendencia ancestral de los hebreos, hacia este culto idolátrico ulterior, en el que caían con sencillez perfecta, tan luego como perdían de vis-

forman un verdadero grupo natural celeste tan sumamente lejano, que carece de paralaje y aún de movimiento propio en el cielo. Los *botocudos*, pueblo del alto Brasil, tienen la superstición de que, por encima del Espíritu del Sol, hay que adorar al de las Pléyades, como más excelso. Vista la aparente superioridad del Astro-Rey sobre tan íntimo grupo de estrellas de la tercera y últimas magnitudes, el mitólogo no sabría decirnos el por qué de semejante creencia; pero he aquí que en los tiempos modernos, astrónomos tan eminentes como Madler, Meyer y otros, empezaron a sospechar que el grupo estelar de las Pléyades es precisamente el centro de toda la nebulosa de Via-Láctea. Nos encontramos, pues, frente a un hecho aplastante: los primeros astrónomos de la Atlántida, discípulos de Narada y Asuramaya supieron también este hecho, esta verdad científica de que las Pléyades son el centro prominente del Universo, y como tal, un pueblo, hoy salvaje, ha podido conservar, sin darse cuenta, la *supervivencia ancestral* de un hecho tan profundo.

a Moisés, su caudillo reformador, introductor del nuevo culto que habla él aprendido en Egipto.

Recordemos el capítulo XXXII del Éxodo, cuando dice:

«1. Mas viendo el pueblo que se tardaba Moisés en bajar del Monte, congregado contra Aarón, dijo: Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque no sabemos qué haya acontecido a Moisés, a ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto.

2. Y díjoles Aarón: Tomad los zarcillos de oro de las orejas de vuestras mujeres e hijos (1) e hijas, y traédme los.

3. Y el pueblo hizo lo que Aarón le había mandado, llevándole los zarcillos.

4. Los que habiendo tomado, vaciólos en un molde e hizo de ellos un becerro fundido; y dijeron: Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de Egipto.

5. Lo cual habiendo visto Aarón edificó un altar delante de él y gritó a voz de pregonero diciendo: Mañana es solemnidad del Señor.

6. Y levantándose de mañana ofrecieron holocaustos y hostias pacíficas, y sentóse el pueblo a comer y beber y a jugar...

19. Y habiéndose acercado Moisés al campo, vió el becerro y las danzas; y airado en extremo, arrojó de su mano las tablas y las quebró al pie del monte.

20. Y arrebatando al becerro que habían hecho, lo quemó y quebrantó hasta reducirlo a polvo, que esparció en agua, y dió a beber de él a los hijos de Israel...

26. Y estando a la puerta del campamento, dijo: Si alguno es del Señor, júntese a mí. Y se juntaron a él todos los hijos de Leví.

27. A quienes les dijo: Esto dice el Señor Dios de Israel. Ponga el hombre la espada sobre su muslo; id y volved de puerta en puerta por medio del campamento, y cada uno maté a su hermano y amigo cercano.

28. E hicieron los hijos de Leví conforme a la palabra de Moisés y perecieron en aquel día como veintitres mil hombres.»

Convengamos en que el buen caudillo israelita (al decir de Esdras el compilador, único Pentateuco que nos es conocido en lugar del primitivo

(1) Por este detalle se ve que, a la usanza de los Indios de América y de otros sitios, también los varones llevaban zarcillos en las orejas. Un estudio comparativo haría, en efecto, muy análogas las costumbres proto-hebreas de las europeas y americanas primitivas, dentro del común abolengo atlante de unas y otras.

de Moisés) rivalizó con sus homólogos los brahmanes, en punto a refinado odio teológico contra aquella secular Vaca de IO y su ternerrilla o *Be-cerro del Toisón de Ora* vuelto a adorar, en ausencia del reformador, por aquellos ignorantes y sencillos israelitas.

Este mismo odio teológico entre la religión solar de la Vaca y su ternero y la religión lunar, a cuyo tronco pertenecía la israelita de Jehovah, como tal dios inferior y cruel, aparece velado en la introducción misma de *Las Mil y Una Noches*, en un pasaje que conviene recordar, pero no sin antes decir que era natural que el consabido símbolo de la Vaca y el Ternero, o sea de Isis y su mensajero Mercurio, apareciese al frente de un libro cuyo verdadero título escrito en números sería este: *IOOI (1001) Noches*, es decir, *Velo de Isis*, por cuanto, como veremos pronto, el jeroglífico de Isis es el de IO repetido, y *Noche, Velo, Misterio* son palabras simbólicamente idénticas (1).

Por eso, la primera fábula que encontramos a la cabeza de tan iniciático como maravilloso libro, es la de *El Asno, el Buey y el Labrador*, en la que aparece un hombre dotado, como Sigfredo después de matar al monstruo Fafner, del don de entender el lenguaje de las bestias, lenguaje en el que el asno estimula al pacífico buey a la rebeldía para que el labrador no le siga avasallando como hasta aquí por su mansedumbre, hija sólo de su bondad, sino, antes bien, le tenga que respetar y que temer por su fuerza, como así lo verifica el asno, con gran espanto de su dueño.

Por eso también el primer cuento que relata Scheherazada al sultán para salvar de la muerte y del oprobio a las demás mujeres al comenzar el relato de *Las Mil y Una Noches*, es el de *El Comerciante y el Qento*, cuento dotado de tal intención oculta, que no podemos menos de referirle en compendio.

Cierto comerciante (el hombre) emprende un viaje (el viaje de la vida). En un momento de gran fatiga detiénese en un oasis deleitoso y se pone a comer galletas y dátiles, arrojando a diestra y siniestra los huesos de esta fruta. Súbito, se aparece un genio maléfico, un verdadero afrite, quien le culpa nada menos que de haber matado a su hijo por el mero y trivial hecho de haber arrojado los huesos de los dátiles hiriendo en un ojo con uno de ellos al tal hijo, según decía. Por tamaño delito el genio va a de-

(1) Para la mejor comprensión de esto conviene anticipar la idea de que IO, o OI, es el jeroglífico  del signo lingual védico, que, partido en dos, nos da  I, que es el nombre de IO escrito en mogol y en arlo, o sea de arriba abajo y de izquierda a derecha.

gollar al infeliz comerciante; pero, cediendo a sus súplicas, le permite vivir un año más para que pueda dejar arreglados todos sus negocios, a condición de que se le presente, de allí a un año, para ser inmolado en pena de su delito. Así lo hace el pundonoroso comerciante, y cuando el genio va a descargar sobre él el golpe fatal, he aquí que se presentan sucesivamente tres hombres ancianos harto singulares, ancianos de los cuales el primero conducía una corza y el segundo dos perros negros. El de la corza, lleno de compasión, promete al genio contarle sus aventuras si accede a perdonarle *la tercera parte del delito* al infeliz. Accede el genio a ello, y el de la corza cuenta que dicho animal era al par su mujer y su prima, quien, viéndose estéril (como la Sahara bíblica o como Santa Isabel, del Evangelio) concibió un profundo odio hacia cierta concubina de su esposo, porque esta verdadera Agar madre de Ismael, había dado a aquel Abraham de *Las Mil y Una Noches* un hermoso hijo. Para saciar su despecho y sus celos, en ausencia del marido, dióse la mujer a la necromancia y logró así transformar a la esclava en vaca y a su hijo en ternero. Al regresar el marido, la perversa finge que la esclava ha muerto y que su hijo ha desaparecido. Resígnase en su dolor el padre, y tratando más tarde de celebrar la Pascua, pide le traigan una hermosa vaca con las condiciones legales para el sacrificio. Entonces la necromante le trae a su transformada rival, que es inmolada como inmolada fuese la Atlántida a quien la Vaca representa en muchos de estos mitos. Con gran sorpresa del buen hombre, el animal resultó ser un verdadero armazón de meros huesos y pellejo, por lo que se trajo para el sacrificio a su ternerillo. El sacrificador, nuevo Abraham, alza el brazo para degollar, sin saberlo, a su hijo el ternerillo, mientras que la víctima propiciatoria da a entender por sus extraños mugidos que no se trata de un animal, sino de su verdadero hijo, sometido al más maléfico encantamiento. Busca entonces el padre atribulado a una maga buena, y con su auxilio restituye al joven a su estado prístino y castiga a la infame mujer transformándola a su vez en la corza aquella, que así a todas partes le seguía... Con el relato de la historia consigue el de la corza que el genio condoné al comerciante la tercera parte de la pena (1).

(1) Esta corza nos recuerda a la tan famosa de la leyenda de Sertorio, aquel émulo y sucesor de Mario, en la defensa de la democracia romana. También nos trae a la memoria aquel Acteón que fuera transformado en ciervo por haber mirado a la casta Diana en el baño, es decir, por haber querido adquirir por medios ilícitos los secretos iniciáticos, cosa no poco semejante a la pretendida muerte del hijo del genio por el mero hecho de arrojar el comerciante al suelo los huesos de los dátils, y a lo que acaeció en la mitología gre-

Las otras dos terceras partes del supuesto delito del comerciante, son condonadas, en fin, gracias a la intervención análoga de los otros dos ancianos, porque el de los dos perros negros, refiere a su vez al genio el cómo aquellos perros son sus dos hermanos, que cien veces le habían engañado de muerte, después de haberles él colmado de beneficios, y a quienes un hada justiciera que había logrado enamorarle, había transformado en perros con esa misteriosa metempsicosis tan común en Oriente y de la que vemos un oscuro reflejo en la propia filosofía pitagórica. En cuanto a lo que el tercer anciano relató para conseguir del ogro el resto del perdón del comerciante, ni Scheherazada lo dijo, ni nosotros podemos decirlo tampoco. Ello debió ser, sin embargo, tan terriblemente augusto que, sin titubear, el ogro renunció a su presa. Quien sepa leer entre líneas este libro podrá colegir acaso lo que nosotros pensamos que el gran anciano dijo, pues que, muy probablemente, se relaciona ello con el misterio de los *jinas* de que vamos a ocuparnos y de su posible retorno en días mejores del futuro a su trato salvador y tutelar con los hombres.

Todo lo relativo al Becerro de Oro no era, pues, sino un simbolismo en parte astronómico, como hemos visto y relacionado con la entrada de Sol en el signo Taurus hace más de cuatro mil años, al comenzar la primavera. La precesión equinoccial hizo sustituir dos mil años más tarde ya en plena época de los primitivos griegos, el *Becerro de Oro por Ra, e Cordero Misterioso*, cuando estos buenos *selenos* salieron, gracias a los pelagos occidentales y a las influencias egipcias, caldeas y parsis, de su

córtomana al joven Ciparis, quien murió de sentimiento por haber matado inadvertidamente un ciervo que el dios Apolo miraba con predilección. El dios lo transformó entonces en ciprés, árbol funerario por excelencia.

Tal vez, además, esto de la corza o cervatillo provenga del mismo origen que la palabra latina *hinulus*, corzo de un año y *hin*, mestizo de caballo y asna aludiendo a esos hombres que por su origen *paterno* son verdaderos *jina* y por su lado materno *hombres*, aquello mismo que diferenciaba Krishna, cuando habla al *Arjuna* valiente, llamándola *hijo de Pritha*, y al *Arjuna* cobarde, diciéndole *hijo de Kuntl*, o también la distinción entre «la progenie de los hijos de Dios y la de las hijas de los hombres», gentes cainitas estas últimas de que no habla la Biblia como castigadas por el diluvio.

Des de aquellos personajes protectores del pobre comerciante de *Las Mil y Una Noches* se encuentran refundidos en el dios Siva, adorado por los brahmanes, en contraposición al primitivo culto solar de Vishnú, de Ra y de la *Vaca*: es el Siva, ora cabalgando sobre el *toro blanco de Naudl* o de *Dina* (Tuhata de Danand o de la Cruz Jalna Tuha-ta o Ta-hua, de *Dinan*), ora llevando en su mano uná gacela blanca.

triste barbarie postatlante, aun conservada en las hechicerías terribles de la Tesalia, hechicerías de las que tan lamentable recuerdo conserva, como veremos al tratar de la diosa Isis, el precioso *Asno de Oro de Apuleyo* el mausdelense. Vino entonces la leyenda del *Vellocino* o *Toisón de Oro*, que si en su parte astronómica es lo que hemos dicho, en su parte química nos resulta una forma de la alquimia egipcia, tanto en su aspecto inferior de *hacer efectivamente oro*, como en su aspecto excelso de *transformar en oro, en oro de virtudes transcendentales y de conocimiento* (Atma-Buddhi-Manas, que dirían los indos), *la escoria de nuestra triste condición de caldos*.

Veamos, pues, algunas de estas cosas.

•Es rigurosamente cierto — dice el gran Ragón en su *Orthodoxie Maçonnique* — que la *transmutación de los metales*, así como la *medicina universal*, según Orfeo, Homero, y otros, era el objeto de las operaciones secretas de la antigua iniciación, sobre todo en Egipto y en otras escuelas, como la de Thales y la de Pitágoras. Para asegurar la perpetuidad de sus operaciones, las ocultaron bajo el velo de relatos alegóricos, cuyo conjunto forma esa colección de fábulas, inteligibles sólo para los iniciados, y que graves autores han tomado *por historia*; fábulas cuyo sentido, dadas sus oscuras explicaciones, seguía siendo insoluble. Tales eran la historia de *Osiris, Isis, Horus y Typhon*; la del buey *Apis*; la conquista del *Toisón* o *Vellocino de Oro*; la vuelta de los *Argonautas*; las *Manzanas de Oro del Jardín de las Hespérides*; la historia de *Atalante*; la *Edad de Oro*; las *Lluvias de oro*, etc., que no pueden explicarse más que por el hermetismo o por la astronomía, como la fábula de la guerra de Troya; el robo de la bella *Helena* (o Selena, nombre de la *Luna*), por el joven y hermoso *Pâris* (*sol* de primavera), al viejo *Menelao* (*sol* de invierno). La intervención de las divinidades del Olimpo por los poetas, aun antes de Homero, ha dado a esta última ficción una importancia tal, que revela un fondo inevitablemente verdadero.

Los filósofos herméticos miran *la gran obra alquímica* como una cosa natural en su esencia y en sus operaciones, mas sorprendente en sus frutos. A quienes ha desorientado esa Ciencia, ha sido a los numerosos alquimistas bastardos, que, bajo los nombres de *insufladores, quemadores de carbón, buscadores de la piedra filosofal*, reducen todo a la nada y hacen caer de plano sobre su falsa ciencia el rigor del proverbio, cierto sólo para ellos, de que *Alchymia est ars cujus initium est laborare, medium mentire, finis mendicare*.

El jesuita *Kircher*, en su célebre *Aedipus aegyptiacus* (t. II, p. 2, «De Alchymia», c. 1), se expresa así, respecto de *Hermes*.

«Es tan universal la tradición de que estos primeros hombres poseían *el arte de hacer oro*, sea sacándole de toda clase de substancias, sea transmutando los metales, que aquel que lo dudase o pretendiera negarlo, se mostraría como el más perfecto ignorante de la Historia. Los sacerdotes, los reyes y los jefes de tribus, eran los únicos poseedores del secreto... y guardaban el mayor de los sigilos por temor de que, siendo descubiertos por los ignorantes sus laboratorios y santuarios, los más ocultos de la Naturaleza, hiciesen de tales conocimientos arma para la ruina de la República. El ingenioso y prudente Hermes, previó este peligro que amenazaba al Estado, y por ello ocultó *el arte de hacer oro*, bajo los mismos velos y obscuridades jeroglíficas de las que se sirven para ocultar al pueblo indocto la parte de la filosofía que concierne a Dios, a los ángeles y al universo.»

«Ha sido precisa toda la abrumadora evidencia de la verdad—continúa Ragón—para arrancar tales manifestaciones a un sabio fraile, como él, que en tantas otras circunstancias ha combatido el hecho de la piedra filosofal.

Todo lector imparcial pensará de igual modo, no sólo si estudia la Historia, sino también cuando trate de darse clara cuenta del cómo los monumentos prodigiosos, los suntuosos palacios, los templos magníficos, los trabajos de ingeniería pasmosos que cubrieron el suelo de Egipto, han podido ser concebidos, emprendidos y ejecutados. Todo el oro del mundo en esta época no habría bastado para ello.

Pero este oro, acumulado con aquellos fines, salía de los laboratorios sagrados. Los sacerdotes, los iniciados y los reyes, estaban de acuerdo; ellos concebían (lo que entre ellos equivalía a *querer y poder*), y los trabajos más gigantescos, los edificios más grandiosos, se elevaban sin ruido, con gran placer de aquellos habitantes admirados y para gloria de la ciencia que los alzaba y de las ciudades que así llegaban a ser opulentas.

Plinio dijo que los reyes de Egipto, en su magnificencia, no alzaron semejantes maravillas sino *para emplear sus riquezas inmensas*. ¿De dónde, sino del arte hermético, podrían prevenir ellas?

Semiramis hizo erigir en Babilonia un templo en honor de Júpiter, en cuya cúpula colocó tres estatuas de oro de 40 pies de altura, representando a *Júpiter, Juno y Ops*, cuyo respectivo peso era de 1.000 talentos babilónicos (1). ...Había también dos *leones* y dos *serpientes* de plata... y una

(1) A un templo análogo se refiere Blavatsky, cuando dice en su obra *Por las Cuevas y Selvas del Indostán*: «Los Samnyasis y los Swamis son comúnmente Sikhs del Punjab. En su monoteísmo primitivo pre-védico deprecian a los brah-

mesa de oro de 40 por 12 pies... La estatua de Opis (la riqueza) tenía en la diestra una cabeza de serpiente y en la siniestra un cetro de piedra... porque el oro de los filósofos es llamado *pedra* y su mercurio *serpiente*... (Ragón, *Orthodoxie Maçonnique*, p. 525.)

Los tesoros exhumados por el Dr. Schliemann en Micenas—dice Blavastky—, han despertado la codicia popular, y la mirada de los especuladores aventureros se dirige hacia las localidades en que se supone están enterradas las riquezas de antiguos pueblos, en criptas o cuevas, debajo de la arena o de depósitos de aluvión. No existe localidad alguna, ni siquiera en el Perú, del cual se refieran tantas tradiciones como del desierto de Gobbi. En la Tartaria independiente, esta desolada región de arena movediza, estaba en otro tiempo asentado, si no miente la tradición, uno de los más ricos imperios que han existido en el mundo. Cuéntase que bajo su superficie existen tales riquezas en oro, joyas, estatuas, armas, utensilios y todo cuanto indica civilización, lujo y bellas artes, como ninguna capital de la cristiandad puede presentar hoy día. Las arenas del Gobbi se mueven regularmente de Este a Oeste, impelidas por terribles huracanes que reinan continuamente. De vez en cuando quedan al descubierto algunos

manes y demás ídólatras. Su más célebre santuario está en Amritsar (de *Amrita* el Soma, el elixir de la inmortalidad): es el *Templo de Oro* regido por un Maha-Gurú o Instructor que no sale jamás del recinto del Santuario, consagrado siempre al estudio del *Adi-grantha*, base de la literatura sagrada de tan belicosa y extraña secta sadhucea, viéndose tan respetado como el propio Dalai-Lama, por ser un discípulo o más bien una reencarnación de *Nana* o *Nanak*, profeta del Dios Uno. Todos sus adeptos son Akalis, o sea rivales eternos de la terrible Kall, la diosa del Deseo y de la Muerte que extiende casi sin excepción su nefasta influencia por el mundo durante el presente Kall-yuga. La desinencia de *Ram* con que se adornan sus respectivos nombres, dicen a las claras su carácter *solar* de adoradores de *Rama*, frente al culto degradado de los brahmanes. El pueblo sikh es el más valiente y pundonoroso de todo el Penjab y aun de la India. La palabra *sikh*, significa discípulo. Sus dogmas; si los tienen, son casi desconocidos, por mantenerse en un secreto iniciático; son apasionados monoteístas; no admiten restricciones en su alimentación, ni leyes de castas, y entierran a sus muertos, lo cual, excepto los musulmanes, es una rareza en la India. Algunas de estas gentes han degenerado desde los días heroicos de Rungil-Sing, pero un fuerte núcleo se conserva puro y, reorganizado por Balaka Rama en el siglo XIX, es una fuerza considerable en la India constituida en sociedad secreta como algunas africanas. La ciudad de Amrita-Saras es el paisaje más encantador de todo el Penjab, en que la zona tropical se abraza con la montañosa. La reflexión del *Templo de Oro* en las aguas diáfanas del lago sagrado es del más fantástico y maravilloso efecto.

tesoros ocultos, pero ni uno sólo de los naturales se atreve a localarlos, porque toda aquella región se halla bajo la influencia de un poderoso hechizo. El castigo sería la muerte. Los Bahiti—espantoso, pero fieles gnomos—guardan los tesoros ocultos de este pueblo prehistórico, esperando el día en que la revolución de los periodos cíclicos permita que su historia sea conocida para instrucción de la Humanidad.

Según la tradición local, existe todavía la tumba de Ohengis-Khan—Jain-gis-kan?—cerca del lago Tabasun Nor. Dentro de ella está el Alejandro mogol como dormido. Pasados tres siglos más, despertará y conducirá a su pueblo a nuevas victorias. Cualquiera que sea el concepto que pueda merecer esta profética tradición, lo que podemos asegurar es que la existencia de la tumba no es ninguna ficción, y que tampoco hay exageración alguna en cuanto a sus maravillosas riquezas.

La región del desierto de Gobbi y, de hecho, toda el área de la Tartaria independiente y del Tibet, está celosamente guardada contra toda intrusión extraña. Todos aquellos a quienes se les permite atravesar dicho territorio, lo hacen bajo la dirección y el cuidado particular de ciertos agentes de la autoridad suprema, y están obligados a no decir nada en lo que se refiere a lugares y personas fuera de aquella región. Si no fuese por esta restricción, podríamos ciertamente aumentar estas páginas relatando exploraciones, aventuras y descubrimientos que serían leídos con verdadero interés (1). Día vendrá, más pronto o más tarde, en que las temibles arenas del desierto revelen sus secretos, por tanto tiempo sepultados, y entonces nuestra vanidad sufrirá mortificaciones imprevistas.

No menos habrá de sufrir la humana vanidad actual de nuestros sabios—añadimos nosotros—, esotro día en que se descubran muchas de las más profundas verdades de la Alquimia, que se creen perdidas. Por de pronto, después de haber consagrado muy necios párrafos nuestras obras de química del siglo pasado a los delirios de los alquimistas que soñaran con la trasmutación de los metales, la admiten ya, por haberse descubierto experimentalmente las transformaciones del radio en helio, del cobre en

(1) Es curiosa la posición de antípoda que este territorio guarda con el del Perú, como si la tierra, a más de sus dos polos de rotación, tuviese otros dos polos de irradiación humana: el Tibet y las alturas de Bolivia. Sobre ello creemos ya haber dicho bastante en otros lugares de este tomo para no tener que insistir en ello. Blavatsky en su obra *Por las Cuevas y Selvas del Indostán* diserta extensamente acerca de la Ida de Arjuna, el discípulo predilecto de Krislna, a estas regiones americanas de los Patála o antípodas. (Capítulo III: En el hipogeo de Karl.)

lito, etc., etc., y haberse establecido en firme la astroquímica y ocultista teoría de los iones y electrones, que, cual profetizase Blavatsky, ha asesado rudo golpe al positivismo del siglo XIX y a sus hipótesis acerca de la indestructibilidad de la materia.

Y ya que de Alquimia tratamos, séanos permitido hablar acerca de una interesante obra ocultista, española, que, como tantas otras de nuestros archivos y bibliotecas, aguardan a los estudiantes de ocultismo para que las desentrañen, obra a la que ya hemos hecho alusión en otros lugares.

En la riquísima colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, bajo el número 26 del índice y la signatura «N. M., N.º 3125» aparecen ciertos curiosos documentos ocultistas catalogados en esta forma: «Alderete y Soto (Luis)—Explicación de las profecías de San Malaquías, de acuerdo con las de San Vicente Ferrer, sobre la sucesión de los reyes de España (basadas en las famosas conjunciones de Saturno y Júpiter)—Filosofía Cristiana y Medicina Universal, con las objeciones y respuestas del *Agua de la Vida*—Defensa de la Astrología y Conjeturas de la secta mahometana»—sumando, entre impresos y manuscritos, unos 327 folios, de muy buena caligrafía estos últimos. Alderete fué alguacil mayor de la Santa Inquisición de Granada en las postrimerías del siglo XVII y tuvo, por tanto, excelentes ocasiones para informarse por sí propio de más de un famoso detalle de hechicería y de magia con motivo de los procesos allí seguidos contra buenos, malos y medianos ocultistas. Algo parecido a lo que le ocurrió poco más de un siglo antes al sabio inquisidor de Llerena, mi paisano Juan de Rieros Sorapán, autor de la curiosísima «Medicina en proverbios vulgares de nuestra lengua».

Alderete, con una ingenuidad verdaderamente seráfica, a pesar de que aseguraba haber obtenido una «Medicina Universal» o «Elixir de Vida», deja traslucir al final de su libro su completo fracaso en cuanto a la «Piedra Filosofal», que sólo puede obtenerse en la *Retorta interior* de nuestro *Ego*, al calor del «último fuego», del «Amor de los amores» o sea la pasión mística, cuando, como dice la incomparable obra «Luz en el Sendero» se cumple aquello de que «antes que los ojos puedan ver, deben ser incapaces de llorar; antes de que el oído pueda oír tiene que haber perdido su sensibilidad; antes de que la voz pueda hablar en presencia de los Maestros debe haber perdido la posibilidad de herir... antes, en fin, de que el alma pueda erguirse en presencia de Ellos es indispensable que los pies se hayan lavado en la sangre del corazón.»

La «Filosofía Cristiana y Medicina Universal, con las objeciones y respuestas del *Agua de la Vida*», de Alderete, es pura y simplemente un ver-

dadero tratado de lo que podríamos llamar Biología Ocultista, y por cierto mucho menos alejada de la ciencia moderna de lo que pudiera presumirse dado el siglo y las circunstancias de esclavitud en el pensar, propias de la época en que se escribiera. Es el tal libro, sin duda, una falsa cosmogonía cristiana bajo el velo expositivo de los primeros versículos del Génesis, sin el cual de seguro habría caído bajo la inquisitorial censura.

Las ideas del primer capítulo de Alderete, en el que «el Espíritu del Señor se cernía sobre las Aguas genésicas» tienen parentesco muy inmediato con las brillantes páginas de la Doctrina Secreta de Blavatsky, consagradas al Akasha indo. Semejantes Aguas, en efecto, no son para Alderete, como tampoco para cualquier ocultista, sino la Materia primordial indiferenciada y absolutamente tenue y continua o *Mūlaprakriti*, la Raíz de todo lo existente, el «Pater Omnipotens Aeter» del que el éter de los físicos constituye el grado más inferior o grosero. El Espíritu del Señor que la cobija (Parabrahman neutro) no es sino el Primitivo Sulphur que da la Esencia, la Vida, el Hálito Eterno a todo cuanto existe.

Separadas las Aguas superiores de las inferiores, se hizo la Luz, es decir, surgió a la vida el Verbo animador del Cosmos, el Logos o el Hijo, y esta vida tomó por elemento transmisor al Sol, quien, según Alderete, se halla en el centro de nuestro sistema planetario, como se halla el corazón en el interior de nuestro cuerpo, derramando sus influencias bienhechoras por todo el ámbito de sus dominios. Sus vibraciones fecundas, que son vivo Fuego Elemental, se condensan hacia el centro de cada planeta, constituyendo algo así, también, como el respectivo corazón del astro, y cuyas vibraciones de Luz y de Vida son asimiladas y encerradas en el interior del mismo, constituyendo a su vez el corazón de ese organismo vivo que se llama Tierra.

Si no fuera anticipar lo que ha de ser materia de otros tomos de esta Biblioteca, transcribiéramos, para solaz del lector, las notables frases que consagra Alderete a este momento cosmogónico. La idea fundamental de este precursor de Laplace y de Laparent es en substancia la expuesta, sin que pueda repugnar a los biólogos modernos ni a los ocultistas de todos los tiempos. Acaso ellas fueron inspiradas en los trabajos de otro ocultista anterior a quien reverentemente toma por maestro, o sea al poco conocido alquimista de Sendivoxio, en su «Diálogo entre Sulphur (el Espíritu o el Verbo) y el Alquimista», fuente parecida sin duda a la de aquella obra de Geronimus Cardanus «De utilitate ex adversus capienda et de longa potestate» que existe también en la Biblioteca Nacional de Madrid. Por este lado, pues, se revela cierto parentesco entre «Sulphur» y aquel

inspirador de la más clásica y menos conocida obra ocultista que es monumento de las edades, a saber, la traducida al inglés por Chwolsohn bajo el título de «Nabathean Agriculture» o sean «las revelaciones del Espíritu de Cronos (el Tiempo o Saturno) al Espíritu lunar o Soma (los hombres mortales) y transmitidas luego en forma de platónico diálogo, o, sea, revelación oral, al discípulo Qulamy de Babilonia hacia el siglo XIII antes de J. C.» (1). Las enseñanzas de esta obra fundamental, traducida al árabe hacia el siglo VII y aportada a España por rabinos cabalistas y filósofos sufis, pudieron muy bien ser las tomadas por Sendivoxio, y antes que él por la brillante pléyade de alquimistas medioevales, llámense ellos Alberto Magno, Tomás de Aquino, Flámel, Paracelso, Agripa, Marqués de Villena o Caballeros Templarios.

En términos de ciencia moderna, el fenómeno citado por Alderete de la formación del *sulphur* vital en el corazón siempre activo de nuestra Tierra,

(1) En nuestros artículos en colaboración con H. C., publicados en *La Verdad* bajo el título de «Pitagorismo» (número de Agosto de 1911), declinamos: «Dado el rigor de la ley cíclica o período de unos seiscientos veinticinco años que parece presidir a los retornos de los Grandes Instructores o periódica renovación de la Religión Universal a través de las diversas religiones, debe haber algún personaje, alguna obra ocultista relacionada con las enseñanzas secretas dadas también por el pitagorismo: Una obra curiosa, dice H. P. Blavatsky, fué traducida en 1860, o cosa así, por el orientalista Chwolsohn y presentada a la frívola y siempre incrédula Europa bajo el modesto título de «Nabathean Agriculture». En opinión del traductor, este libro arcaico es una iniciación completa en los misterios de las naciones atlantes y lemures bajo la autoridad de documentos innegablemente auténticos. Es un compendio inapreciable de las doctrinas, artes y ciencias, no sólo de los caldeos, sino de los asirios y cananeos, o pueblos mediterráneos de las edades prehistóricas. Estos nabateos, como creyeron algunos críticos, eran sencillamente los sabeos o caldeos, adoradores de las estrellas. La obra es una segunda traducción del árabe, a cuya lengua fué primeramente traducida del caldeo... Sus doctrinas son idénticas a las Enseñanzas Secretas. Quatremière indicó que este libro podía ser sencillamente una copia hecha en tiempos de Nabucodonosor II de algunos tratados hamíticos «infinitamente más antiguos», mientras que el autor sostiene, con pruebas externas e internas, que el original caldeo fué escrito con notas tomadas de los discursos y enseñanzas orales de un rico propretario de Babilonia llamado Qu-tamy, quien habla empleado para estas conferencias materiales muchos más antiguos... Esta obra era tan conocida en la antigüedad como en la Edad Media. El historiador árabe Masoudi y el rabino Maimónides hablan de ella... Abarbanel la elogia sin medida y Spencer la menciona como «la obra oriental más excelente». Es, en fin, la doctrina nabatea o del Dios Nebo, de la Sabiduría Secreta u Ocultismo.

bajando del Sol y sepultándose bajo la ya condensada corteza terrestre, no es sino el tránsito primitivo de la Tierra al pasar de luminoso sol que se condensa a expensas de su anillo nebuloso, a planeta obscurecido, cuando se determinó por irradiación o enfriamiento la primera película sólida de nuestro globo mediante el fenómeno químico de disipación o entropía de la energía que constituye los estados groseros de la materia a los que denominamos sólidos y líquidos. Es sabido, en efecto, que en la naturaleza la materia manifestada y la oculta energía simbolizada en el calor, la luz, la electricidad, las fuerzas químicas y otras superiores que nos son desconocidas, se hallan siempre en razón inversa, y la aparición de la una presupone siempre la entropía o desaparición de la otra, ni más ni menos que los misteriosos hermanos Cástor y Pólux, simbolismo de tal fenómeno entre los griegos. Ellos vivían y morían alternativamente como alternativamente nacen y mueren, aparecen y desaparecen, doquiera la materia y la energía (1).

La ciencia de Alderete, guiada sin duda por la antorcha del Ocultismo, vuela mucho más alto, sin embargo, porque trata de darse cuenta del fenómeno entrevisto hoy apenas por los biólogos de que la vida se alimenta de la vida, es decir, que nuestro planeta, como astro, recibe el *sulphur, prana* o vida del Sol, no sólo como sustentáculo de las innumerables vidas minerales, vegetales, animales y humanas que él conduce en su eterno viaje por el éter planetario, sino también como individuo del sistema, o sea como organismo vivo de un Espíritu planetario, «la Madre Bhumi» o la Tierra, Espíritu al que alude también Annie Besant en sus Conferencias acerca de la Genealogía del Hombre (2).

Consecuente con tal principio de biología trascendente, de la que nuestra Astronomía no constituye sino una elemental y previa Anatomía, establece Alderete la necesidad de fenómenos de cambios vitales entre el planeta Tierra y el medio sidéreo que le circunda, cambios más o menos análogos a los que experimentan los demás seres vivos, tales como los de nutrición, respiración y secreción, bajo la acción vital de la Luz solar en todos los órdenes del Prana, es decir, visible e invisible por infra o por ultraluminosa, Luz cuyo rayo liga eternamente a la Tierra con el Sol al modo

(1) El concepto oriental y arcaico de energía es el mismo que el de nuestra ciencia contemporánea, pero con la cualidad, además, de ser inteligente. Véase el tomo II de nuestras «Conferencias teosóficas en América del Sur».

(2) Los comentarios a dicha obra, y por cierto plagados de terribles erratas, aparecieron también en *La Verdad*, de Buenos Aires, años de 1908 y 1909.

de como el cordón umbilical liga al feto con la entraña materna. Un equivalente del fenómeno de respiración de la Tierra, renovando, por decirlo así, a los efluvios vitales que bajan del espacio exterior hasta la entraña terrestre y son despedidos luego por esta entraña hacia fuera, es el fenómeno de las mareas, por el que las aguas de los mares «tratan de elevarse hacia la Luna y el Sol, sus primitivos orígenes, de unas doce en doce horas en cada región.»

Esa oleada vital, alternativamente ascendente y descendente, verdadera sístole y diástole, o bien inspiración y expiración surgida del más profundo seno de la Tierra, explica el por qué mares como el Mediterráneo, que son verdaderos lagos de montaña, más o menos bajos pero semejantes en último término a los alpinos y a los que casi invariablemente se encuentran en todas las cordilleras de importancia (1) no presentan el fenómeno de las mareas, porque su lecho pétreo más endurecido no conduce o transmite con facilidad aquellos movimientos emanados de lo más hondo de nuestro globo.

Esa misma oleada de entrada del *sulphur* o fecundo hálito vital del sol en el cuerpo físico planetario que llamamos Tierra, y la oleada recíproca de salida del *sulphur* solar, ya transformada en *sulphur* terrestre, a nada es comparable como a la entrada del oxígeno puro en el pulmón del ser vivo y a la salida de este mismo oxígeno, transformado en anhídrido carbónico y vapor acuoso. La vida entera de la masa planetaria no es sino una especie de hematosis o combustión interorgánica, por virtud de la cual las oxidadas y reductasas que llamamos hoy, constituidas por cada ser vivo de sus profundidades o de su superficie, transforman de múltiples maneras el *prana*, *sulphur* o vida que baja del Sol a la Tierra, o que es devuelto por la Tierra al espacio sidéreo.

Esta doble corriente, dicho sea de paso, explica, según Alderete, el cómo surgen a veces abundantes manantiales de agua en alturas sobre cuyo nivel no hay terreno bastante para suministrarla por filtración, según se ve añadimos nosotros, en la propia isla de Chipre, y en algunos lugares de España, tales como el Monasterio de Piedra y la fuente de Vaclazurrones cerca de Logrosán (Cáceres), de la que hace una curiosa mención *La Medicina en Proverbios*, de Rieros Sorapán. El vapor de agua que sube de las

(1) Las dos cuencas del Mediterráneo Oriental y del Occidental son dos verdaderos cráteres a la manera de tantos como ofrece nuestro satélite. Los lagos de montaña son algo de índole muy oculta en la economía de la Tierra, pues no se conocen apenas montañas de importancia que carezcan de ellos.

profundidades con aquella oleada vital desde el corazón de la Tierra, va condensándose de abajo a arriba por los capilares terrestres y aparece ya líquido en la cumbre. No se ha dado, hasta el presente, que sepamos, una explicación más cabal del rocío y la escarcha por los físicos modernos, así como acerca de sus propiedades radioactivas acabadas de descubrir por nuestros investigadores modernos, y siglos ha descubiertas, sin embargo, en todos los países como España de vieja raingambre ocultista (1). No menos consideración por parte de la ciencia merecería, también, lo que expresa Alderete acerca de cómo la calcinación de ciertos terrenos estériles puede transformarlos en magníficos veneros acuosos, gracias a las propiedades higroscópicas o delicuescentes y esflorescentes de ciertos nitratos y cloruros. Una obrita de nuestro amigo el químico D. Conrado Granell es toda una revelación en este sentido. Se titula la obra *La Química y la Agricultura*, y en ella estudia las prodigiosas reacciones de estos y otros elementos que dan a la Tierra su fecundidad prodigiosa.

Ciertas veladas alusiones de Alderete respecto al *prana* o vida que los seres vegetales y animales extraen de las sustancias del suelo, parecen aludir a la materia orgánica en estado de magma o masa amorfa denominado *humus* o mantillo, y cuya fertilidad le hace tan preciosa, para la agricultura. Esta sustancia es tan antigua como el mundo, pues que hasta los propios terrenos graníticos o primitivos, que son rocas hidrotermales y protogénicas, contienen gran abundancia de materias orgánicas depositadas al estado de *humus* o mantillo en el seno protoplásmico de sus cristales feldespáticos, según puede apreciarse con el microscopio (2). Dichos restos orgánicos, verdaderos protofitos y aun protozoarios (principalmente de las familias de los líquenes, algas y hongos, o bien de otros seres unicelulares tales como *vorticellas*, *diatomeas* y otras esporulaciones), son los que dan a la sal común su color más o menos rosado o grisáceo y a los nitratos de Chile su color pardo-amarillento.

Estos *humus* de aspecto grasiento, se presentan en ocasiones bajo muy

(1) El Sr. López Morán ha reunido en excelente ramillete las supervivencias druídicas del antiguo reino de León bajo el título de *Derecho consuetudinario y Economía popular de la provincia de León*, obra premiada por la Real Academia Española de Ciencias Morales y Políticas. En ella se halla, entre mil maravillas del antiguo Saber Perdido, el empleo del rocío matutino (por su *prana* sin duda) para la curación de las enfermedades cutáneas.

(2) El primer granito que se estudió respecto de este particular fué el de Orangeberg en Suecia, una de las formaciones más primitivas del globo, con cargo al continente segundo o hiperbóreo de la Doctrina Secreta.

curiosas formas allí donde un lapso grande de tiempo ha podido consumir su lenta obra.

Tal sucede, por ejemplo, en los enterramientos romanos y prehistóricos que cien veces hemos excavado en Extremadura. En el fondo de dichos enterramientos, al lado de fragmentos esqueléticos que el simple contacto con el aire exterior reduce instantáneamente a polvo, y de las consabidas monedas que se dice fueran introducidas en la boca del muerto para pagar la barca del viejo Carón en el Aqueronte, aparecen siempre unas vasijitas de barro cocido, llenas de una substancia negruzca, crasa y jabonosa, substancia que se ha formado por ósmosis archiseccular en el interior de la vasija, donde primitivamente debió ponerse aceite u otro líquido semejante, que, año tras año, fué trasudando al exterior por los poros del barro cocido, al par que penetraban por endósmosis los elementos alcalinos y térreos de fuera, saponificando a la grasa.

Un detalle muy curioso acerca de tales grasas formadas por el tiempo, le encontramos en la Biblia, en el cap. 1.º del libro 2.º de los Macabeos, según cita también Alderete (folio 23 vuelto). Al final del Antiguo Testamento, se lee, en efecto, el notable pasaje siguiente, que copiamos a la letra:

•18. Debiendo celebrar los judíos de Jerusalén la ceremonia de la purificación del Templo—después de la celada tendida en él a las gentes de Antiocho, en la que todas ellas fueron asesinadas—en el día veinticinco del mes de Casleu, hemos juzgado necesario hacéroslo saber—dicen aquellos a sus hermanos de Egipto—para que también vosotros celebréis el día de la Scenopegia y el día del fuego que fué dado, cuando Nehemías, reedificado el Templo, ofreció sacrificios en el altar. •

•19. Porque cuando nuestros padres fueron llevados a la Persia, los sacerdotes que a la sazón eran temerosos de Dios, tomando ocullamente el fuego del altar, lo escondieron en un valle, en donde había un pozo profundo y seco, y lo guardaron allí, sin que nadie supiese el lugar. •

•20. Y cuando fueron pasados muchos años y plugo a Dios que el rey de Persia libertase a Nehemías, envió los nietos de aquellos sacerdotes que habían escondido el fuego, a buscarlo y, según nos contaron, no hallaron el fuego, sino una agua crasa. •

•21. Y les mandó el sacerdote Nehemías que la sacasen y se la llevasen, y dió orden también que con la misma agua fuesen rociados los sacrificios, que estaban puestos encima, y la leña y lo que encima había. •

•22. Y luego que se hizo esto y vino el tiempo en que se descubrió el

Sol, que había estado antes cubierto de nubes (1), se encendió un gran fuego y todos se maravillaron.»

•23. Y todos los sacerdotes hacían oración mientras se consumaba el sacrificio, comenzando por Jonathás, y respondiendo los otros.»

•24 - 26. Y Nehemías hizo oración... y los sacerdotes cantaban himnos, hasta que fué consumido el sacrificio.»

•31. Y cuando fué consumido el sacrificio, mandó Nehemías que se echase el agua que había quedado, sobre las piedras mayores.»

•32. Y luego que hizo esto se encendió de ellas una gran llama; mas fué consumida por la lumbre que resplandeció del altar.»

•33. Y luego que se publicó el suceso, contaron al rey de Persia cómo en el lugar en que los sacerdotes, al trasladarse al cautiverio, habían escondido el fuego, fué hallada una agua con la que Nehemías y los que con él estaban purificaron los sacrificios.»

•34. Y considerando el rey y examinando atentamente el suceso, hizo allí un templo en reconocimiento de lo acaecido.»

No hay por qué decir que la substancia crasa del pasaje referido era una especie de pólvora, es decir, un compuesto orgánico de nitrógeno. Sabemos, en efecto, que los hidrocarburos y muchos derivados de ellos, cuando son tratados por el ácido nítrico (procedente a veces de la destilación de los nitratos con substancias orgánicas) dan todas substancias explosivas, capaces de arder lentamente en determinadas circunstancias. Ejemplo clásico el de la nitroglicerina, substancia inestable, capaz de transformarse, descomponiéndose integralmente, en vapores nitrosos, agua en vapor y anhídrido carbónico, cuyos gases, al formar volúmenes mucho mayores, cuando se libera su energía, dan a la dinamita su enorme poder explosivo.

Los sacerdotes judíos que se expatriaron, discípulos secretos, sin duda, del gran Hermes Trimegisto, por intermediación de Moisés, al partir para el cautiverio, tuvieron buen cuidado de ocultar en sitio seco los útiles de su ciencia o *del fuego sagrado*, allí donde después sus nietos hallasen la substancia grasienta obradora de aquellos prodigios.

(1) Esto es una de tantas pruebas de la hellolatría judaica, heredada de los acadocaldeos, y de cómo el pueblo elegido, al igual de sus hermanos los druidas y demás aborígenes de Europa prehistórica, encendían el fuego del sacrificio concentrando el Sumo Sacerdote con una gemma preciosa o lente los rayos del sol sobre un combustible adecuado (quizá, como la yencà, saturada de nitrógeno). Sólo era permitido encender este fuego vestal con los rayos del

Para el recto enjuiciar en el problema del *prana* o *sulphur* solar, fuente de toda vida, creo que es preciso dar mayor amplitud a nuestras habituales ideas acerca de ciertos problemas. Hay, en efecto, una sola manera, clara normal y exenta de todo peligro, de atesorar aquella energía, y aunque desde tiempo inmemorial la viene practicando la Humanidad, nunca se ha manejado quizá tan sabiamente como en nuestros tiempos.

El rayo de sol que cae sobre un desierto, o cede por entero su energía vital al corazón del planeta, como creía Alderete, o vuelve al espacio por irradiación, como creen los físicos modernos; pero cuando este rayo cae sobre la arena de ese mismo desierto, química y alquímicamente dotada con arreglo a los principios de nuestra química agrícola, de substancias fertilizantes, entre las que figuran en primera línea los fosfatos, nitratos y *humus* orgánicos, amén del agua robada a la tierra o al ambiente, el desierto, gracias al repetido *prana* solar y a ellos, se transforma, por magia, en paraíso. Tras los vegetales, empezando por los líquenes, algas, hongos y microbios nitrificadores, vienen los animales y el hombre, cual sucede también en los áridos bancos coralíferos del Pacífico. Aquel *prana* solar fulgura, en fin, y es devuelto al espacio bajo la poderosa forma vital de las vibraciones del humano pensamiento. El vidente que desde el espacio pudiera contemplar así el antiguo desierto, le vería brillar con el nuevo y más puro brillo de aquellas transcendentales vibraciones.

El fenómeno se ha realizado así, gracias al mago-Sol y a la mágica Mente. La industria y el comercio se encargarán muy luego de metamorfosear y transportar ese *prana*, atrapado por aquel suelo, para los usos más variados y en los más remotos países. El viejo alquimista pudo hacer otro tanto antaño en el secreto de su laboratorio, huyendo de las persecuciones malvadas, retardadoras eternas del humano progreso; pero esta otra Alquimia, ya dada a la luz del día por la ciencia moderna, es de radio más amplio, redentor y fraternal, y, como fraternal, humano por excelencia.

Ya no hay ningún secreto substancial en esto, aunque los desarrollos o perfeccionamientos que nos aguardan sean infinitos. Todas las ramas de las ciencias aplicadas pueden definirse por eso en función de tamaño, principio ocultista; verbigracia: «Química agrícola es el arte mágico (es decir, *grande, admirable*, según la etimología de *mag-nus, magis, magister*) de atrapar el *prana* solar y ligarle con el *prana* terrestre, para obtener con

Sol, o por la frotación de maderos, pero jamás por medio del pedernal y del estabón, acto que se consideró siempre como de magia negra. Véase la obra de Alexandre Bertrand *La religion des Gotois, Les Druides et le Druidisme*.

ambos productos, vegetales y animales útiles a nuestros vivires» (1). «Mecánica aplicada es el arte mágico de utilizar hoy el *prana* solar y terrestre, almacenado hace millones de años en las plantas fósiles del terreno carbonífero, y utilizar mañana la fuerza de las olas, del viento, de las corrientes telúricas, etc., etc., aplicándolas a las necesidades de nuestra existencia.» «Higiene médica es arte mágico de poner nuestro sistema físico, intelectual y moral en sintonía perfecta con el *prana* solar y terrestre de los que vivimos.» «Higiene social es este mismo arte mágico aplicado a la vida de los pueblos», etc., etc.; definiciones éstas que podrán parecer con razón un tanto estrambóticas, pero que en el fondo expresan todas el mismo hecho fundamental, y son a más rigurosamente ciertas.

Hay, además, otra *prana* (desde hoy haremos femenino al vocablo), *prana* dotada de belleza y de vigores transcendentales; *prana*, que es la piedra angular de todo sensato naturismo exento de las groserías y peligros del llamado *Hatha Yoga*, y es la que fluye, así como suena, de la *Armonía de las Esferas*, es decir, de la conciencia ilustrada, emancipada, virtuosa y recta, frente a un Cosmos que, como tal, es una fuente perenne de Armonía transcendente, capaz de reducir al orden, que es la salud y la vida, todos los desgastes orgánicos y todas las *desafinaciones* patológicas. Estas ideas podrían por sí solas dar pie para un libro acerca de la *vix-mediatric* del Arte, a veces superior a la propia acción curativa y restauradora de la Madre Naturaleza, que es Arte también de una amplitud inabarcable y divina.

¿Cómo obtener, pues, la piedra filosofal? De un modo tan sólo, según es ya opinión corriente entre cuantos autores se han ocupado del estudio crítico de los grandes alquimistas. Transcendiendo previamente nuestra condición animal por el perfecto dominio de nuestras pasiones y egoísmo. Si por encima del estado animal se halla el humano, por encima del estado humano se halla el superhumano o de los dioses y Adeptos. El que

(1) Como tal arte mágico está procediendo ya al menos, según puede verse en esas tierras de Tembleque (Toledo), que regeneran sus poderes nitrificadores, todavía poco estudiados. En el problema del abono por sales potásicas extraídas de las aguas madres de la sal común hay todo un misterio alquimista que, en parte, ha evidenciado nuestro amigo el Dr. Conrado Granell en el precioso estudio ya citado. El industrialismo egoísta pretende echar un velo sobre estas verdades, por dicho amigo expuestas con noble altruismo, verdades que permitirían obtener a precios irrisorios esos mismos abonos potásicos como los de Strassfurt y Chile, que hoy nos cuestan carísimos; sólo por las aguas del mar, es decir, de la Gran Madre, o *Isis*.

estos últimos conozcan la Piedra filosofal, el Elixir de la Vida, etc., cuadra tanto a su superioridad en la cadena evolutiva, como cuadra a la superioridad humana el realizar verdaderos prodigios: el primero, el de encender fuego con una lente; el último, el de la telefonía sin hilos, cosas que a los animales, si fuesen capaces de adecuado discernimiento, les asombraría tanto como a nosotros nos asombran en nuestra condición inferior tamaños aparentes imposibles de la Magia y de la Alquimia.

El problema de la transmutación u *Opus Magnum* de los metales en oro, pretendido objeto de la Alquimia, tiene tres aspectos: el físico, el psíquico o astral-mental y el espiritual o transcendido.

Hay, en efecto, tres clases de oro, es decir, tres grandes modos de considerar al precioso metal: como tal cuerpo simple; como medida actual o patrón de todos los valores, y como símbolo filosófico. Las tres clases se corresponden con las tres condiciones evolutivas que más directamente nos afectan: la animal, la humana y la superhumana, o como diría Enrique Cornelio Agripa: la elemental, la inteligente y la divina.

La gallina de la fábula que, buscando en el muladar un grano de trigo, tropezó con una pepita de oro, no pudo dar a éste otro valor que el mero metal, que era para ella como no darle ninguno. El hombre, sobre el valor efectivo del oro, como elemento metálico dotado de preciosas aplicaciones industriales, tales como la galvanoplastia, las orificaciones dentarias o el arte fotográfico, le ha adjudicado además, desde que el mundo es mundo, un valor psicológico, como patrón de los valores comerciales que, dada nuestra presente organización social, constituyen la base de nuestra vida, o sea un *símbolo astral* del humano esfuerzo, y no pocas veces, ¡ay!, de la humana perfidia, por lo que el oro viene a constituir en el organismo social un depósito de fuerzas sociales, una especie de explosivo dotado de una fuerza real utilizable en el momento oportuno, una a modo de *grasa*, en fin, que como las grasas de nuestro organismo es una fuerza ahorrada capaz de sustituir, en cierto momento, la deficiencia del alimento durante varios días. El simbolismo espiritual del oro entre los hombres realmente superiores, es muy otro. Por su belleza típica, por su brillo, por su considerable densidad, por su ductilidad, maleabilidad, etc., es, en el reino mineral, el prototipo de lo perfecto, de la energía cósmica en su grado máximo casi de entropía o de *sacrificio*. El Adepto y el oro en esta alta acepción son una cosa misma. No es, pues, la fabricación del metal la *Opus Magnum*, sino la obra de hacerse uno a sí propio Oro divino; es decir, uno con El, con el Logos que vibra en el fondo de todo cuanto vive, como Espíritu Supremo que es del Cosmos como organismo vivo.

Hacer *oro material*, es decir, metálico, químico, no debe ser ni imposible de laboratorio. Ragón cita en su *Masonerie Oculta*, el *Oedipus aegyptiacus*, de Atanasio Kircher (t. II, pág. 2, De alquim., c. I), el cual expresa acerca de Hermes de esta manera: «Es cierto que fué el primer hombre quien poseyó el *arte de hacer oro*, obteniéndolo de cualquier materia o por transmutación de metales, pudiendo decirse que quien lo ignora se acredita de ignorante. Los sacerdotes, los reyes y los cabezas de familia lo sabían perfectamente. Sin embargo, esta ciencia se mantuvo siempre en el más profundo secreto, y sólo en los templos y en los ocultos laboratorios se realizaban operaciones de Alquimia. El ingenio de Hermes mantuvo prudentemente el secreto de su saber bajo la obscuridad de los jeroglíficos simbólicos, sabiendo el peligro que significaba el divulgar semejantes conocimientos.» Además, la misma Estequiología, o ciencia de los cuerpos simples como agregados de iones y electrones, ya entra en la posibilidad teórica de dar a éstos distinta disposición y condensación transmutándolos, como transmuta, por ejemplo, un cuerpo mineral orgánico en su isómero o en su isomorfo, dotado ya por ende de propiedades distintas (1). ¿Qué dificultad puede presentar esto para el mañana una ciencia que hace años obtuvo con Berthelot la síntesis orgánica, decir, la formación de líquidos orgánicos como la urea, sin *organismos* que la produjese, ciencia, en fin, que habla ya de la fecundación artificial como de cosa factible? Si al oro se le mirase en la sociedad como simple representante del osmio o del platino, es decir, como mero metal, no como objeto de ciegas concupiscencias animales por su mágica intervención lograda, hace tiempo que se nos habría permitido el *redescubrimiento* de la Alquimia por los Poderes Directores que presiden al mundo.

Hacer *oro humano*, es decir, crear riqueza, producir valores efectivos para nuestro mejoramiento, lo viene haciendo la Humanidad desde antiguo, porque a este oro se refieren mil leyendas orientales, como aquella

(1) Nuestro amigo el doctor José Muñoz del Castillo, catedrático de Química Inorgánica y de Radiología en la Universidad Central, ha hecho tema de su discurso de Ingreso en la Real Academia de Ciencias de Madrid el estudio de la «Clasificación periódica de los cuerpos simples». En dicho estudio repugna la posibilidad teórica de que algún día alcancemos a poder cambiar la textura de los iones y electrones que integran al átomo, con lo que, como se está, que todos los cuerpos simples podrán obtenerse unos de otros, cual unos de otros obtenemos hoy los cuerpos orgánicos. Para los detalles relativos a las transformaciones operadas por el radio, véanse nuestras Conferencias en América del Sur, epigrafe de Física y Metalúrgica.

yenda árabe que cuenta que cierto padre, al morir, dejó revelado a sus hijos la existencia de un rico tesoro en el huertecillo que representaba toda su fortuna. Los hijos excavaron codiciosos por toda el área de la finca paterna, y en vez del oro que buscaban, hallaron al fin una cajita con un pergamino donde estaba escrito que el tesoro de fecundidad productora que la azada sabe obtener en el suelo que labra, es oro más verdad que el oro mismo, ya que el trabajo, según los Proverbios salomónicos, es el único que enriquece, consuela y dignifica.

Hacer *oro divino*, *oro alquímico* o por antonomasia, es obra ya de verdaderos titanes. Uno, entre un millón, puede lograrlo, superándose a sí propio con la voluntad, el estudio y el amor sin egoísmos, para poder evadirse de peligros, porque los tres estados, animal, humano y superhumano, son perfectamente incompatibles,

De aquí los inauditos riesgos de esta obra, porque, como dice H. P. Blavatsky en un artículo sobre «El Ocultismo y las Artes Ocultas» (*Sophia*, año de 1912, pág. 269), hay cuatro clases de conocimiento o ciencias secretas: la Yajna-Vidya o poderes ocultos despertados en la Naturaleza mediante ciertas ceremonias religiosas y ritos; la Maha-Vidya cabalística, hechicería de mala índole casi siempre; la Gupta-Vidya de los mantras, fundada en los poderes místicos del Sonido (Eter) o magia de los poderes de la Harmonía, y el Atma-Vidya o verdadera Sabiduría nacida del altruismo. Todas, excepto ésta, son ramas de alguna de las «Ciencias Ocultas», es decir, artes basadas en el conocimiento de la última esencia de todas las cosas de los diversos reinos de la Naturaleza material, por muy invisible que ésta sea y por mucho que haya escapado al poder de la ciencia. «La Alquimia, la Astrología, la Fisiología oculta, la Quiromancia, existen en la Naturaleza, y la ciencia moderna ya ha descubierto no pocos de sus secretos. Pero la clarovidencia... no es el hipnotismo, ni puede ser adquirida por esas artes. Pueden dominarse todas las demás y lograr en ellas resultados ora malos, ora buenos o indiferentes, mas el Atma-Vidya las concede poco valor. Ella incluye a todas, y hasta puede usar de ellas ocasionalmente; pero no lo hace sino después de haberlas purificado de sus escorias con propósitos benéficos y teniendo buen cuidado de despojarlas de todo motivo egoísta... El Ocultismo y las Ciencias Ocultas son dos cosas que difieren enormemente... Aquél difiere de éstas como la luz del Sol de la de una modesta bujía... La Puerta de Oro de la Sabiduría puede transformarse en la amplia puerta y ancho camino «que conduce a la destrucción». Esta es la puerta de las Artes Ocultas practicadas con fines egoístas y alejados de la influencia restrictiva y bienhechora de Atma-Vidya. Estamos en el Kali-

Yuga, y su fatal influencia es mil veces más poderosa en Occidente que en Oriente. De aquí las muchas presas que hacen los poderes de la Edad de las Tinieblas en este ciclo de lucha e ilusiones bajo cuya influencia trabaja el mundo. Una de estas es la relativa facilidad con que creen los hombres poder llegar hasta la «Puerta» y traspasar el umbral del Ocultismo sin un gran sacrificio.»

Por si quedase alguna duda aún sobre las terminantes palabras de la maestra Blavatsky, debe leerse también el artículo de «Parabolanus», publicado en las mismas páginas de *Sophia*.

«La obra de Edward Arthur Waite, *Vidas de Alquimistas filósofos* —dice—, da una lista de más de cincuenta verdaderos y falsos Adeptos, desde Oeber a Cagliostro. De ellos, únicamente los que dominaron sus pasiones y despreciaron todo objeto terreno han sido quienes gozaron de éxito en sus pesquisas. Tal es, indudablemente, el caso de Honks, Roger Bacon, Basilio Valentín, Ripley, etc... Nicolás Flamel no alcanzó la meta durante su vida... Como se negase a revelar al rey su secreto, terminó sus días en la Bastilla... Trevisán gastó en buscar la piedra filosofal toda su fortuna, y logró descubrir el secreto a los setenta y cinco años. Paracelso, discípulo de Trithemio, usó con gran moderación de sus poderes, curó muchos enfermos... y despreció los conocimientos alquímicos que pudieran emplearse en tareas menos dignas... Si murió de muerte violenta (por asesinato o suicidio), fué sin duda por haber revelado una parte de los misterios... Schroepffer y Savater practicaban un rito mágico sumamente peligroso, que fué causa de la muerte violenta de los dos... El Dr. J. Dee buscó la piedra filosofal quedando reducido a una extrema miseria. En sus últimos años logró comunicar con algunos espíritus, dándonos el espectáculo de la triste degeneración de un hombre de genio que, por emplear estos arriesgados medios, pierde cuanto tenía de elevado... Setón fué encarcelado por negarse a revelar el secreto que consiguiese irregularmente y padeció horribles tormentos... El Dr. Prisé, de la «Royal Society of Londres», consiguió realizar la ansiada transmutación ante testigos; pero, al querer repelerla ante sus colegas, fracasó y... se suicidó de despecho... Delisle, por iguales motivos, fué encarcelado, y, al querer fugarse, muerto por los centinelas de su mazmorra.»

Todos estos fracasos y cien otros revelan que el verdadero Ocultismo y sus poderes están aún muy por encima de los hombres más sabios de Occidente, porque la santidad más absoluta es la base indispensable para poder abordar sin peligros los difíciles problemas de la Alquimia. Así, no son de extrañar tristes fracasos, como aquel de Sir Walter Raleigh, en su

busca de ese Templo misterioso y esa región verdaderamente mágica de América que se llamó *El Dorado*, y sobre la que tanto han escrito hombres como Quinet, Wolf, Braga, Amador, Aguiló, Milá, Durán, Maspón, Pidal y otros.

Sir Walter Raleigh fué un verdadero héroe que se esforzó, aunque en vano, por alcanzar esa verdadera tierra de *El Dorado*, nuevo Vellociño de Oro de América, guiado por los sueños de los escritores más o menos dotados de imaginación que hablaron de ello. Capítulo especial merecerían aquellas aventuras del favorito cortesano de Isabel de Inglaterra, que, en 1595, cuando ya frisaba en los cuarenta años, salió de Plymouth hacia la región aurífera de Guiana, entre los dos inmensos ríos del Amazonas y el Orinoco. Extrañas y maravillosas sobre toda ponderación fueron las diversas peripecias de la magna empresa, en las que acaso corrió riesgo de verse preso como Berrio antes de poder gozar de la presencia de aquellas amazonas que tenían ojos en los hombros y bocas en los pechos, bebiendo en la *Fuente de la Eterna Belleza* y en que las desgracias más crueles le impidiesen lograr su propósito (1).

Pero la verdadera Alquimia, la verdadera *Palabra Perdida*, se encierra en las siguientes páginas de Blavatsky, que, por su importancia, vamos a transcribir:

• Aunque la mayor parte de las obras sánscritas, chinas y mogolas citadas en los volúmenes presentes—los tres tomos de *La Doctrina Secreta*—son conocidas por algunos orientalistas (dice la eximia escritora), la obra principal, aquella de la cual han sido tomadas las Estancias que encabezan esta obra, no figura en ninguna de las Bibliotecas europeas. El LIBRO DE DZVAN O DZAN es completamente desconocido para nuestros filólogos, o al menos ninguno de ellos ha oído hablar de él con tal nombre. Esto es, sin duda alguna, un grave obstáculo para todos aquellos que siguen los métodos de investigación prescritos por la ciencia oficial; pero para los estudiantes de Ocullismo y para todo ocultista verdadero, esto tendrá poca importancia. El cuerpo principal de las doctrinas aquí dadas a luz se encuentra esparcido en centenares y aun millares de manuscritos

(1) El aventurero alemán Felipe Von Hute publicó un folleto en el que se afirmaba que una multitud de indios furiosos era lo único que le había impedido el llegar a la ciudad de *El Dorado*, cuyas cúpulas de oro alcanzó él, sin embargo, a divisar desde lejos. Antonio de Berio, gobernador de la Isla de la Trinidad, envió a España a su maestro de campo a fin de obtener dineros para la continuación de tal empresa.

sánskritos, algunos traducidos ya y, como de costumbre, desfigurados, y otros, esperando todavía a que les llegue su turno. Todo hombre de ciencia, por lo tanto, tiene medios de comprobar las afirmaciones y la mayor parte de las citas que se hacen. Varias de las enseñanzas también han sido hasta la fecha transmitidas oralmente; pero aun estas mismas halláanse, en todo caso, indicadas en los casi innumerables volúmenes de la literatura de los templos brahmánicos, chinos y tibetanos.

Pero, sea como fuere, y cualquiera que sea la suerte reservada a la autora por parte de la crítica malévola, un hecho es, por lo menos, completamente cierto. Los miembros de varias escuelas esotéricas, cuyo centro se halla más allá de los Himalayas, y cuyas ramificaciones pueden encontrarse en China, Japón, India, Tibet y aun en Siria, como también en la América del Sur, aseguran que tienen en su poder la *suma total* de todas las obras sagradas y filosóficas, tanto manuscritas como impresas, de hecho todas las obras que se han escrito, en cualesquiera lenguajes o caracteres, desde que comenzó el arte de la escritura, desde los jeroglíficos ideográficos hasta el alfabeto de Cadmo y el de Devanâgari.

Constantemente han afirmado que desde la destrucción de la Biblioteca Alejandrina (1), todas las obras que por su carácter hubieran podido conducir a los profanos al descubrimiento final y comprensión de alguno de los misterios de la Ciencia Sagrada, han sido buscadas con diligencia, gracias a los esfuerzos combinados de los miembros de las Fraternidades. Y añaden, además, aquellos que lo saben, que una vez encontradas todas estas obras fueron destruidas, salvo tres ejemplares que fueron guardados cuidadosamente. En la India, los últimos de estos inestimables manuscritos, fueron guardados en un sitio oculto durante el reinado del Emperador Akbar.

El profesor Max Müller declara que ni el soborno, ni las amenazas de Akbar fueron capaces de arrancar a los brahmanes el texto original de los *Vedas*, y sin embargo, se jacta de que los orientalistas europeos lo poseen (2). Es muy dudoso que Europa posea el texto completo, y quizá reserve el porvenir sorpresas muy desagradables para los orientalistas.

Se afirma también que todos los libros sagrados de esta especie, cuyo texto no se hallaba suficientemente velado por el simbolismo, o que contenía referencias directas a los antiguos misterios, fueron, en primer término, cuidadosamente copiados en caracteres criptográficos, tales como para

(1) Véase *Ists sin Velo*, vol. II, pág. 27.

(2) *Introduction to the Science of Religion*, pág. 23.

desafiar el arte del más hábil de los paleógrafos, y destruidos después hasta el último ejemplar. Durante el reinado de Akbar, algunos cortesanos fanáticos, disgustados con el injusto espionaje del emperador sobre las religiones de los infieles, ayudaron por sí mismos a los brahmanes a ocultar sus manuscritos. Uno de aquellos fué Badaoni, el cual experimentaba un horror no disimulado por la manía de Akbar hacia las religiones idólatras.

Escribe Badaoni en su *Muntakhab at Tawarikh*:

«Como ellos (los Shramanas y Brahmanes) sobrepujan a todos los hombres sabios en sus tratados acerca de la moral y sobre ciencias físicas y religiosas, y alcanzan un altísimo grado en su conocimiento del porvenir, en su poder espiritual y en la perfección humana, han presentado pruebas fundadas en razones y testimonios... y han inculcado sus doctrinas tan firmemente... que ningún hombre... podría ser capaz de dar lugar a que el rey dudase, aun cuando las montañas se convirtiesen en polvo, o se desgarraran súbitamente los cielos... El rey se permitió entrar en averiguaciones referentes a las sectas de estos infieles, que no pueden ser contadas, dado lo numerosas que son, y que poseen un sin fin de libros revelados» (1).

Esta obra «se conservó en secreto, y no fué publicada hasta el reinado de Jahanjir».

Además, en todas las grandes y ricas Lamiserías, existen criptas subterráneas y bibliotecas en cuevas excavadas en la roca, siempre que los Gonga y Lhakaang se hallan situados en las montañas. Más allá del *Tsaydam* occidental, en los solitarios pasos de Kuen-lun, existen varios de estos sitios ocultos. A lo largo de las cumbres de Altyntag, cuyo suelo no ha llegado a pisar todavía planta alguna europea, existe una reducida aldea, perdida en una garganta profunda. Es un pequeño grupo de casas, más bien que un monasterio, con un templo de miserable aspecto, y un Lama anciano, un ermitaño que vive próximo a él para estar a su cuidado. Dicen los peregrinos, que sus galerías y aposentos subterráneos contienen una colección de libros, cuyo número, según las cifras que citan, es demasiado grande para poder ser colocado aun en el Museo Británico.

Según la misma tradición, las regiones en la actualidad desoladas y áridas de Tarín—un verdadero desierto en el corazón del Turquestán—estaban cubiertas en la antigüedad de ciudades ricas y florecientes. Hoy,

(1) *Ain-I-Akbari*, traducido por el Dr. Blockmann, citado por Max Müller, ob. cit.

apenas si unos verdes oasis rompen la monotonía de su terrible soledad. Uno de ellos, bajo el cual está sepultada una enorme ciudad, bajo el suelo arenoso del desierto, no pertenece a nadie, pero es visitado con frecuencia por mogoles y budhistas. La misma tradición habla de vastos recintos subterráneos, de anchas galerías llenas de cilindros y ladrillos escritos. Puede ser un rumor sin fundamento, pero puede también ser un hecho real.

Es muy probable que todo esto provoque una escéptica sonrisa, pero antes de que el lector ponga en tela de juicio la veracidad de lo dicho, déntese y reflexione acerca de los siguientes hechos bien conocidos. Las investigaciones colectivas de los orientalistas, y en especial los trabajos verificados durante los últimos años por los que se han dedicado al estudio de la filología comparada y de la Ciencia de las Religiones, les han hecho comprender que un incalculable número de manuscritos y aún de obras impresas que se sabe han existido, no se encuentran en la actualidad. Han desaparecido sin dejar el menor rastro tras de sí. Si no hubiesen sido obras de importancia, se hubieran podido dejar perecer en el curso ordinario del tiempo, y aún sus nombres mismos se hubieran borrado de la memoria de los hombres. Pero no es así; porque, como se ha comprobado ahora, la mayor parte de ellas contenían las verdaderas claves de obras existentes en la actualidad y que son *enteramente incomprensibles*, para la mayor parte de sus lectores, *sin aquellos volúmenes adicionales de comentarios y explicaciones*.

Tal sucede, por ejemplo, con las obras de Lao-tse, el predecesor de Confucio. Se dice de él que escribió 930 libros sobre ética y religión y 70 sobre magia; un millar entre todos. Su gran obra el *Tao-te-King*, el corazón de su doctrina y la escritura sagrada del *Tao-sse*, contiene tan sólo, como lo demuestra Estanislao Julien, «alrededor de cinco mil palabras» (1), en una docena escasa de páginas; sin embargo, el profesor Max Müller encuentra que «el texto es ininteligible sin comentarios, de tal modo que Mr. Julien había tenido que consultar a más de sesenta comentadores con motivo de su traducción, comentadores de los cuales, «el más antiguo, procedía del año 163 antes de J. C.», y no de época anterior, como veremos. Durante los cuatro siglos y medio que precedieron a éste, «el más antiguo» de los comentadores, hubo tiempo más que suficiente para ocultar la verdadera doctrina de Lao-tse, a todos, menos a sus sacerdotes iniciados. Los japoneses, entre quienes se encuentran en la actualidad los

(1) *Tao-te-King*, pág. 27.

más sabios sacerdotes y secuaces de Lao-tse, se ríen simplemente ante los disparates e hipótesis de los europeos más eruditos en el chino; y la tradición afirma que, los comentarios que nuestros sinólogos de Occidente han consultado, no son los *verdaderos documentos ocultos*, sino velos intencionados; y que tanto los verdaderos comentarios, como casi todos los textos, han *desaparecido* largo tiempo hace de los ojos de los profanos.

Sobre las obras de Confucio leemos:

•Si nos volvemos a la China, nos encontramos con que la religión de Confucio está fundada en los *Cinco King*, y en los *Cuatro Shu*, libros en sí mismos de extensión considerable, acompañados de comentarios voluminosos, sin los cuales, ni aún los más eruditos pueden aventurarse a sondear en *las profundidades* de su canon sagrado» (1).

Si nuestros sabios dirigen la mirada a la antigua literatura de las religiones semíticas, a las Escrituras caldeas, hermanas mayores y maestras, ya que no el origen de la Biblia Mosaica, base y punto del Cristianismo, ¿qué es lo que encuentran? ¿Qué es lo que queda para perpetuar la memoria de las antiguas religiones de Babilonia, para consignar en los Anales el vasto ciclo de observaciones astronómicas de los magos caldeos, para justificar la traducción de su literatura espléndida y eminentemente oculta? Solamente unos pocos fragmentos que, *según se dice*, son de Beroso.

Estos, sin embargo, carecen de valor aún como guía para descubrir el carácter de lo que ha desaparecido; pues pasaron por las manos del Reverendo Obispo de Cesárea: aquél que por sí mismo se constituyó en censor y editor de los sagrados Anales de las religiones de otros, y hasta hoy, llevan, indudablemente, el sello de su mano, eminentemente veraz y digna de fe. Porque, ¿cuál es la historia de este tratado sobre la en un tiempo magna religión de Babilonia?

Escrito en griego para Alejandro el Grande, por Beroso, sacerdote del templo de Belo, de conformidad con los anales astronómicos y cronológicos que compendian un período de doscientos mil años, y que conservaban los sacerdotes de aquel templo, se encuentra ahora *perdido*. En el primer siglo anterior a nuestra Era, Alejandro Polyhistor escribió una serie de extractos de esta obra, *que también se han perdido*. Eusebio hizo uso de estos extractos para escribir su *Chronicon* (270-340 de nuestra Era). Los puntos de semejanza, casi de identidad, entre las escrituras hebreas y las caldeas (2), convierten a estas últimas en un verdadero peligro para

(1) Max Müller, ob. cit., pág. 114.

(2) Encontradas y demostradas únicamente *ahora*, merced a los descubri-

Eusebio, dado su *papel* de defensor y campeón de la nueva fe que había adoptado las Escrituras hebreas, y con ellas una cronología absurda. Ahora bien; es casi seguro que Eusebio no perdonó las tablas egipcias sincrónicas de Manethon; tan es así, que Bunsen (1) le acusa de haber mutilado la historia de la manera más desvergonzada; y tanto Sócrates, historiador del siglo V, como Sincello, vicepatriarca de Constantinopla al principio del siglo VIII, le denuncian como el más osado y cínico falsificador. ¿Será, por tanto, probable que tratase con mayor respeto los anales caldeos que por aquel tiempo ya amenazaban a la nueva religión tan precipitadamente aceptada?

Así que, con excepción hecha de estos más que dudosos fragmentos, toda la literatura sagrada de los caldeos ha desaparecido de la vista de los profanos tan por completo, como la perdida Atlántida...

Dirigiéndonos ahora al más antiguo ejemplar de la literatura aria, el *Rig Veda*, se encontrará al estudiante siguiendo estrictamente los datos suministrados por los mismos orientalistas, que, aunque el *Rig Veda* contiene sólo unos 10.580 versos, a 1.028 himnos, no se ha comprendido correctamente hasta hoy, a pesar de las *Brahmanas* y de la masa de glosas y comentarios. ¿Y por qué? Evidentemente, porque las *Brahmanas*, «los tratados más antiguos acerca de los primitivos himnos», *requieren ellos mismos una clave* que no han logrado encontrar los orientalistas.

¿Qué dicen los sabios por lo que hace a la literatura budhista? ¿Han conseguido obtenerla completa? No, seguramente. No obstante los 325 volúmenes de *Kanjur* y del *Tanjur* de los budhistas del Norte, cada uno de cuyos volúmenes, según se dice, «pesa de cuatro a cinco libras», nada, a la verdad, es conocido sobre el verdadero lamaismo. Y del canon sagrado se dice que contiene 29.368.000 letras en el *Suddharmâlakâra* (2), o sea, prescindiendo de apéndices y comentarios, cinco o seis veces la materia que contiene la Biblia, la cual, según el profesor Max-Müller, tan sólo contiene 3.567.000 letras. No obstante, pues, estos 325 volúmenes..., los traductores, en lugar de proporcionarnos las versiones correctas, las han

mientos verificados por George Smith (Véase su *Chaldean Account of Genesis*), las cuales, gracias a aquel falsificador armenio, han extraviado a todas las «naciones civilizadas», durante unos mil quinientos años, haciéndolas aceptar las corrientes judías, como *directa* Revelación Divina.

(1) *Egypt's Place in History*, 1, 200.

(2) Spencer Hardy, *The Legends and Theories of the Buddhists*, pág. 66.

mezclado con sus propios comentarios con el propósito de justificar los dogmas de sus diversas escuelas (1).

Además, «según tradición conservada por las escuelas budhistas, tanto del Norte, como del Sur, el canon sagrado budhista comprendía en su origen ochenta u ochenta y cuatro mil tratados; pero la mayor parte de ellos se perdieron, y sólo han quedado unos seis mil», como dice el profesor a su auditorio. Perdidos para los europeos, por supuesto. Pero, ¿quién puede tener la seguridad completa de que se hallan perdidos igualmente para los budhistas y brahmanes?

Teniendo en cuenta la reverencia de los budhistas por toda línea escrita sobre Buddha y la Buena Ley, la pérdida de cerca de setenta y seis mil tratados parece fabulosa. Si hubiera sido *viceversa*, cualquier conocedor del curso natural de los sucesos suscribiría la afirmación de que de estos setenta y seis mil tratados, cinco o seis mil *podían haber sido destruidos* durante las persecuciones y emigraciones de la India. Pero como está bien confirmado que los Arhats budhistas comenzaron su éxodo religioso con el propósito de propagar la nueva fe más allá de Cachemira y de los Himalayas, en el año 300 antes de nuestra era, y que llegaron a China en el año 61 después de Cristo, parece extraño oír hablar a los orientalistas de semejante pérdida. Ni por un momento conceden la posibilidad de que los textos estén perdidos solamente para el Occidente y para ellos mismos...

Podría creerse que, gracias a los numerosos anales de la teogonía y misterios egipcios, conservados en los clásicos y en varios escritos antiguos, los ritos y dogmas del país de los Faraones habrían de ser por lo menos mejor comprendidos que las filosofías panteístas, por demás abstrusas, de la India; pues a lo largo del Nilo, y en la superficie de todo el país, existen y se exhuman a diario reliquias siempre frescas que narrar pueden su propia historia. Y, sin embargo, no es así. El mismo sabio filólogo de Oxford confiesa que «contemplamos todavía en pie las pirámides y las ruinas de templos y laberintos, con sus muros cubiertos de inscripciones jeroglíficas y extrañas pinturas de sus dioses de ambos sexos. En rollos de papiros que parecen desafiar los estragos del tiempo, tenemos fragmentos de lo que podrían llamarse los libros sagrados de los egipcios. Sin embargo de esto, aunque se ha descifrado mucho de lo concerniente a los antiguos males de aquella raza misteriosa, la fuente principal de la

(1) E. Schlagintweit, *Buddhism in Tibet*, pág. 77.

religión de Egipto y la intención original de sus ceremonias y culto, están muy lejos de haber sido completamente esclarecidos...»

«... La moderna ciencia de la Mitología comparada tampoco tiene argumentos que oponer a la aseveración de aquellos eruditos escritores que durante el siglo XVIII, poco más o menos, insistieron en que «debían haber existido fragmentos de una revelación primitiva común, hecha a los antecesores del género humano... conservados en los templos de Grecia y de Italia». Esto es lo que precisamente todos los Iniciados y pundits orientales vienen proclamando ante el mundo de tiempo en tiempo, y asimismo un eminente sacerdote cingalés aseguró a la que esto escribe, que era cosa bien sabida que los principales tratados budhistas, pertenecientes al canon sagrado, *permanecían guardados en paises y lugares inaccesibles a los sabios europeos*. El difunto Svâmi Dayanand Sarasvati, el sanscritista más grande de su época en la India, declaró el mismo hecho respecto a las antiguas obras brahmánicas. Cuando se le dijo que el profesor Max Müller había manifestado en sus *Discursos* que la teoría de haber existido una revelación primitiva hecha a los padres de la raza humana era falsa, se echó a reír. Su contestación fué significativa: «Si Mr. Max Müller fuera un brahman y viniese conmigo, podría llevarle a una caverna *gupta* (cripta secreta), cerca de Okhee Math, en los Himalayas, en donde pronto se convencería de que lo que ha llegado desde la India a Europa son *fragmentos de copias desechadas de algunos pasajes tomados de nuestros libros sagrados. Ha existido una revelación primitiva y se conserva todavía: ella no se perderá para el mundo, sino que reaparecerá*, aunque, por supuesto, los Mlechhas (occidentales) tendrán que esperar...»

«... Mientras que a diario se hacen nuevos descubrimientos de grandes artes y ciencias existentes allá en la noche de los tiempos, niégase aun el mismo conocimiento de la escritura a muchas de las naciones más antiguas, considerándolas sumidas en la barbarie y sin poseer la menor cultura. Sin embargo, todavía se encuentran las huellas de una civilización inmensa, aun en el Asia Central. Esta civilización es, Indudablemente, *prehistórica*. ¿Y cómo podría existir civilización alguna sin literatura en una u otra forma y sin anales ni crónicas? El sentido común basta para dar idea de los eslabones rotos en la historia de las naciones que fueron.»

«La gigantesca y no interrumpida muralla de montañas que bordean toda la meseta del Tibet, desde el curso superior del río Khuankhé hasta las cimas de Karacorum, fué testigo de una civilización que duró millares de años, y que podría revelar a la Humanidad bien extraños secretos. Las porciones oriental y central de aquellas regiones, o sea el Nanchan y el

Altyn-tag, estuvieron un tiempo cubiertas de ciudades que bien podrían competir con Babilonia. Un completo período geológico ha pasado sobre aquella tierra, desde que aquellas ciudades exhalaban su postrer aliento, como lo testifican las montañas de arenas movedizas y el suelo, ahora estéril y muerto, de las inmensas llanuras centrales de la cuenca del Tarim. Los territorios fronterizos de estos países es lo que solamente y de un modo superficial conocen los viajeros. En el interior de aquellas arenosas planicies hay agua, y se encuentran frescos oasis llenos de vegetación, donde ningún pie europeo se ha aventurado a penetrar, temeroso de un suelo en la actualidad traicionero. Entre estos floridos oasis existen algunos por completo inaccesibles, aun para los indígenas profanos que viajan por el país. Los huracanes pueden «arrebatar las arenas y cubrir llanuras enteras», pero son impotentes para destruir lo que está fuera de su alcance. Los subterráneos construidos en las entrañas de la tierra aseguran los tesoros allí encerrados, y como las entradas se hallan ocultas, no hay peligro de que nadie los descubra, aun cuando varios ejércitos invadiesen los arenosos desiertos, en donde

Ni un pozo ni un arbusto ni una vivienda se perciben,
Y la cordillera forma una abrupta pantalla
En torno de las áridas llanuras del desierto...

Mas no es necesario enviar al lector a través del desierto, puesto que las mismas pruebas en favor de la existencia de antiguas civilizaciones se encuentran en puntos relativamente poblados de aquella región. El oasis de Tcheri-chen, por ejemplo, situado a unos cuatro mil pies sobre el nivel del Tcheri-chen-Darya, está rodeado al presente en todas direcciones por ruinas de ciudades arcaicas. Unos tres mil seres humanos representan allí los restos de cien razas y naciones extinguidas, cuyos nombres mismos desconocen por completo nuestros etnólogos. Un antropólogo se encontraría muy apurado si tuviera que proceder a clasificarlos, tanto más cuanto que los descendientes respectivos de todas aquellas razas y tribus antediluvianas saben tan poco en lo referente a sus propios antepasados como si hubiesen caldo de la Luna. Cuando se les pregunta acerca de su origen, contestan que no saben de dónde vinieron sus padres, pero que han oído decir que sus primitivos ascendientes fueron gobernados por los grandes Genios de aquellos desiertos. Esto podría atribuirse a ignorancia y superstición; pero, en vista de las enseñanzas de la Doctrina Secreta, la respuesta puede considerarse fundada en la tradición primitiva. Sólo la tribu del Khoorassan pretende haber venido del país conocido hoy como

Afghanistan, mucho tiempo antes de Alejandro, y posee narraciones legendarias en corroboración de este hecho. El viajero ruso general Prjevalski encontró, casi tocando al oasis de Tchert-chen, las ruinas de dos inmensas ciudades, la más antigua de las cuales, según la tradición local, fué destruída hace tres mil años por un héroe gigante, habiéndolo sido la otra por los mogoles en el siglo X...

«El emplazamiento de ambas ciudades se halla cubierto ahora, por virtud de las arenas movedizas y del viento del desierto, de reliquias extrañas y heterogéneas, fragmentos de losa, utensilios de cocina y huesos humanos. Los indígenas encuentran con frecuencia monedas de oro y cobre, lingotes de plata fundida, diamantes y turquesas, y lo que es todavía más notable, vidrio roto...» A esto añade el viajero que, durante todo su camino a lo largo del río Tchert-chen, llegaron a sus oídos leyendas referentes a veintitrés ciudades sepultadas hace mucho tiempo por las movedizas arenas del desierto. La misma tradición existe en Lob-nor y en el oasis de Kerya. Las huellas de tal civilización, juntamente con estas y otras tradiciones semejantes, nos dan derecho para conceder crédito a otras leyendas autorizadas por Indos y mogoles educados y eruditos, que hablan de inmensas bibliotecas salvadas de las arenas, y de otros varios restos del antiguo Saber Mágico, todo lo cual se halla depositado en lugares seguros.»

«Recapitulando: La Doctrina Secreta fué la religión universalmente difundida del mundo antiguo y prehistórico. Las pruebas de su difusión, los anales auténticos de su historia, una serie completa de documentos que demuestran su carácter y su presencia en todos los países, juntamente con las enseñanzas de todos sus grandes Adeptos, existen hoy en las criptas secretas de las bibliotecas pertenecientes a la Fraternidad Oculta.»

«La afirmación anterior se acredita con los hechos siguientes: La tradición de millares de pergaminos antiguos salvados cuando la Biblioteca de Alejandría fué destruída; los millares de obras sánscritas desaparecidas en la India durante el reinado de Akbar; la tradición universal existente, tanto en la China como en el Japón, de que los verdaderos textos antiguos, con los comentarios que únicamente pueden hacerlos inteligibles, y que suman muchos miles de volúmenes, hace mucho tiempo que están fuera del alcance de manos profanas; la desaparición de la vasta literatura sagrada y oculta de Babilonia; la pérdida de las solas claves que podían resolver los mil enigmas contenidos en los jeroglíficos egipcios; la tradición existente en la India de que los verdaderos comentarios secretos, únicos que pueden hacer inteligibles los Vedas, aunque no son visibles para los profanos, están a disposición del Iniciado, ocultos en cuevas o criptas secretas; idénticos

tica es la creencia de los budhistas por lo que hace a sus libros sagrados. Los ocultistas afirman que todo esto existe, seguro de la expoliación de manos occidentales, para reaparecer en una época más ilustrada, para lo cual hay que esperar todavía. Ni es culpa de los Iniciados el que tales documentos estén hoy «perdidos» para el profano, ni ha sido su conducta aconsejada por el egoísmo, o por deseo alguno de monopolizar el sagrado saber que da la vida. Algunas partes de la Ciencia Secreta debían permanecer ocultas a los profanos durante edades sin cuento. Mas esto era debido a que el comunicar a la multitud secretos de tan tremenda importancia, sin estar preparada para ello, equivalía a entregar a un niño una vela encendida y meterlo en un polvorín.»

«... La revelación de ciertos poderes ocultos, sería, por el abuso, origen de males tremendos para la Humanidad... Los documentos los ocultaron, es verdad, pero nunca hicieron un secreto del conocimiento mismo ni de su existencia real, los Hierofantes del Templo, en el cual siempre han sido los *misterios* un sistema de disciplina y un estímulo para la virtud. Estas son novedades bien antiguas, y repetidas veces fueron dadas a conocer por los grandes Adeptos, desde Pitágoras y Platón hasta los neoplatónicos. La nueva religión de los nazarenos fué la que verificó un cambio en el peor sentido en las reglas de conducta seguidas durante siglos. Además, hay un hecho bien conocido, y es que existen varios documentos en las Bibliotecas Imperiales de San Petersburgo, que demuestran que, en una época tan reciente como la en que la Francmasonería y las Sociedades Secretas de místicos florecían libremente en Rusia, después de la Revolución francesa, más de un místico ruso se dirigió al Tibet, a través de los montes Urales, para adquirir el saber y la iniciación en las desconocidas criptas del Asia Central, y más de uno volvió después con un tesoro de conocimientos que nunca hubiera podido adquirir en Europa. Varios casos podrían citarse... y pueden verse en los anales e historia de la Francmasonería rusa ya dicha.»

Lo que antecede nos esboza una orientación ocultista muy segura: la de las infinitas sorpresas que en la vasta red de cuevas que se extiende por debajo de toda la Tierra nos aguardan. Algo de ello se indicó en el capítulo X, parte tercera, del tomo anterior, de un modo más o menos novelesco; no poco de ello adivinará también la intuición de quien lea el presente tomo y mucho más colegirá quizá cuando en tomos ulteriores estudiemos las pinturas rupestres de las cavernas que tan confusos y desorientados traen a nuestros geólogos y antropólogos positivistas, obstinados siempre en cerrar ojos y oídos a las enseñanzas tradicionales del Oriente.

CAPÍTULO V

LA DIOSA ISIS

La antigüedad y el culto simbólico de IO.—Algunos de los nombres de Didad lunar en los diversos pueblos.—Sus divinos jeroglíficos.—Jehovah e IO.—La triple luna de los cielos, la tierra y los infiernos.—Las aguas y la Luna.—El Velo de Isis y las leyendas.—Osiris, Horus, el buey Aps y el Ibis.—El culto de Serapis y de Mythra.—El sacerdote romano y el culto bovino.—El taurobollo emeritense.—El toro de Ormurd.—Thot-Hermes.—El *Asno de Oro*, de Apuleyo.—Otros detalles isiacos esparcidos por pueblos los más diversos.

La *Vaca religiosa* a la que se alude en capítulos anteriores, aparte de la realidad que tener pueda en el mundo de lo astral, es en la Historia un simbolismo augusto de la Religión-Sabiduría primitiva: Vesta, Isis o La Luna.

—«Yo soy la que es, ha sido y será, y ningún mortal ha levantado mi Velo»—dice la eterna Inscripción del Isiacó Templo—. «Yo soy la *Sanfcta*, la Conciencia Espiritual, la Esposa de Surya (el Sol), que me retiré a la selva del Misterio, para hacerme asceta, dejando al Divino Esposo, mi *Chhaya*, esto es, mi Imagen y mi Sombra»,—como dice Blavatsky en la página 93 de *La Doctrina Secreta*—. «Yo soy la *Mónada* espiritual que se refugia en la eterna Nada-Todo del Padre Inefable, en el Absoluto Silencio y la Obscuridad Absoluta...»

—«Yo soy la Naturaleza, madre de todas las cosas; dueña de todos los elementos; origen y principio, el más remoto de los siglos, divinidad suprema; reina de los mares; primera entre los habitantes del cielo; tipo ejemplar de cuantos dioses y diosas han poblado el Panteón místico—dice la Diosa Isis a Lucio Apuleyo en las *Metamorfosis*—. Mi voluntad rige las luminosas bóvedas del cielo, las saludables aguas del Océano, el lúgubre silencio de los Infiernos... Potencia única, soy adorada por el universo entero, bajo distintas formas, en ceremonias diversas y con mil nombres dife-

rentes... Los frigios, primeros habitantes de la tierra, me llaman diosa del Pesinonte y madre de los dioses, y los alenienses autóctonos, Minerva Cecropiana. Soy la Venus de Paphos en la isla de Chipre; Diana Dictynia entre los cretenses, hábiles en disparar la flecha; Proserpina Estigia entre los sicilianos, que hablan tres idiomas... Soy Ceres, la antigua divinidad de los habitantes de Eleusis. Juno, me llaman los unos; Belona, los otros. Aquí soy Hécate, allá Ataécina, acullá Ramnusia, pero los que reciben antes que nadie los primeros rayos del sol naciente, los etlopes, los arios, los egipcios, poderosos por su antiguo saber, son los únicos que me honran con mi verdadero nombre: *la Reina Isis...*»

—«Isis es la Ceres de Eleusis—dice en otro lugar Apuleyo—, la madre, la inventora del trigo; la diosa que, por la alegría de haber encontrado a su hija, enseñó a los hombres a reemplazar la antigua bellota, alimento salvaje, por otros más regalados y perfectos. Ella es la celeste Venus, que, en los primeros días del mundo, acercó con amor innato los opuestos sexos y propagó, con fecundidad eterna, las humanas generaciones, y por ello fué adorada tanto en el santuario de Paphos, como en el mar que le circunda. Ella es la divina Phebea de Efeso, cuya valiosa asistencia a las mujeres en cinta y a sus frutos de bendición, ha creado tantos pueblos. Ella es la terrible Proserpina, la de los nocturnos lamentos, la que en su triple apariencia celeste, terrestre e infernal, oprime a las impacientes sombras del Averno, manteniendo cerradas las prisiones subterráneas y recorriendo triunfal los sagrados bosques...»

—«El primer día de la primavera me ha sido consagrado desde tiempo inmemorial—añade la diosa—, porque en este día yo apaciguo las tempestades del invierno; calmo las antes embravecidas olas, haciendo el mar navegable, y por eso me consagran mis sacerdotes un navío nuevo para poner bajo mis auspicios el comercio marítimo... Soberana de la estigia morada, yo brillo en mitad de las tinieblas del Aqueronte, igual que sobre la Tierra y los Campos Elíseos... Yo sola tengo el poder de prolongar la vida de mis siervos más allá del término señalado por el Destino... Perpetuamente solícita por la conservación de la especie humana, pródiga siempre en satisfacciones y larguezas hacia los mortales, soy dulce y piadosa, como una madre, para los afligidos, y no pasa día ni noche sin que dé muestras de mis beneficios, protegiendo a los hombres en la tierra como en el mar, alargándoles mi salvadora mano cuando van a sucumbir en las tempestades de la vida...»

—«Con la misma mano con que ordenáis, ¡oh diosa!—sigue diciendo el mausdelense—, la trama con que la fatalidad nos enreda torpemente, apa-

ciguáis los embales de la fortuna, y neutralizáis la funesta influencia de las constelaciones... Sois venerada, igual por las divinidades del Olimpo que por las del Tártaro; vos comunicáis al universo su movimiento rotatorio y eterno; al sol, su luz; al mundo, sus leyes; y al abismo, sus tinieblas inescrutables... La armonía de los astros, la sucesión de las estaciones, alegría de los dioses, la docilidad de los elementos, todo, todo es obediencia a vuestra y un mero signo de vuestra voluntad soberana anima los vientos, hincha las nubes, hace germinar las semillas y abrirse los capullos de las flores... Vuestra imponente majestad hace romper en trinos a las aves del cielo, temblar a las fieras del desierto, a las serpientes de la tierra, a los monstruos del Océano...

El nombre augusto de la diosa es IO; el círculo de la Nada, de donde todo emana y alonde todo vuelve, y el *Uno*, el *Uno Único* del manifestado Universo, después de la Inescrutable Noche del Pralaya o aniquilamiento. Por eso es el alma entera de la Matemática sagrada, la cifra 10, la decena que unifica o sintetiza a las unidades diversas; la centena, que reúne y ata las dispersas decenas; el millar, que liga las centenas, y así sucesivamente en el *Arbol de la Numeración*, que abarca y mide a lo Infinito. Es también IO la inefable letra *pl*, o razón de la circunferencia al diámetro que compendia en sí todo cuanto hay de recto y de curvo en los infinitos espacios geométricos de las infinitas dimensiones. Por ser *pl*, es también la raíz esencial de todo nombre que indica progenie, como *pilar*, padre, *pltrl*, *Pimander*, *Pigmalion*, *Pitágoras*, *piudad maternal*, *pio*, *piadoso*...

- Su solo nombre de IO, o **⓪** en simbolismo hierático, es la unión santísima de lo eterno Masculino con lo Femenino también eterno; la integración de *Los Contrarios* o de la Dúada, en la Mónada esencial, inefable y divina que los pitagóricos dirían... Por eso no existe deidad alguna que presente tan variadísimas etimologías, ni nombre que pueda pronunciarse de modos tan diversos, algunos de los cuales hemos de detallar en el presente capítulo.

Para los chinos, *Io*, *Iao* o *Isis*, es la diosa suprema del *Fo-yl* u *Ho-Hi* tronco de las tres más excelsas dinastías o razas de seres que existen; es a saber: la de los dioses o reyes del cielo (elementos); la de los *Jin*, *Djino Xin*, *Chin* o *Jain*, de ários, caldeos y parsis, y la de los demás hombres inferiores a éstos, según enseñó *Fo-hi* o *Van-jiva* en las sagradas montañas de *Chan-si*.

IO es la divina *Shrl* o *Isis*, para todos los pueblos indostánicos; la hija de *Bhrigu*, el *Prajapati* o gran *thisi*; *Lakshmi*, la esposa de *Vishnú*; *Gauri*,

la prometida de Shiva; *Sarasvati*, la acuática esposa de Brahmá, ya que dichos tres dobles nombres de dioses y diosas no son sino uno solo bajo tres aspectos distintos; la *Jagad-yoni* o Matriz de nuestro mundo; la esposa de Narayana, el dios de dioses; el reflejo más directo de Svabhavat o la Madre-Espacio, divino seno andrógino de Ea o la Sabiduría primitiva; la *Gran Madre* o Mamba; el símbolo del Agua o Elemento Femenino de todo lo creado, de donde proviene la *Mater* latina y la letra M o divino jeroglífico de Acuario representado por una o dos líneas sinuosas (∞) que en el Cristianismo ha quedado como símbolo de María, la postrera de las Isis históricas, hasta para creyentes tan sabios como Des Mousseau y el Marqués de Marville.

IO es la Virgen de magos y caldeos, con su niño en los brazos, prototipo de aquel Horus u Oros solar de que nos habla Eratóstenes, el bibliotecario de Alejandría; la Elisae que diera nombre a los atlánticos hijos de las *Islas Afortunadas* o Archipiélago canario; la Madre de los *issaldones* séricos y escíticos del Norte del Tibet... la base, en fin, de infinitas etimologías y toponimias de nuestra Península (1).

(1) Estanislao Sánchez Calvo dijo en sus *Nombres de los Dioses* que las sílabas *Ber* y *An* o *Han* abarcan toda la mitología. En efecto, la primera siempre ha aludido al Sol y a todo lo con él relacionado, y la segunda, a la Luna. Respecto de ésta, como dice muy bien D. Viriato Díaz-Pérez en sus *Notas sobre mitología filipina* (Revista *Sophia*, 1900), *An*, precedida de aspiración (*Han, Hen*) pudo originar el *Janus*, latino; el *Jun*, fenicio; el *Jon*, escandinavo; el *Juma*, japonés; el *Homa*, iraní, y otros nombres de dioses lunares. Reputada, da lugar al *Jang-Jang*, divinidad lunar tibetana; a la *Han-Hun* egipcia y a la *anninga* o luna groenlandesa, y es base de *An*, respirar; *anemos*, soplo; *ánimas*, ánima; *naphah*, animar, inspirar; *naphasch*, respirar; *nepesch*, alma; *an*, *daimon* o espíritu lunar en las cuneiformes; *anu* el padre de los dioses (Soma), *ani*, celeste; *anap*, un dios entre los susas; *anauste*, genio en Costa de Oro; *anito*, genio lunar entre los filipinos; *ana*, *angut*, *ananga*, el *Satán* lunar guaraní; *anar*, el *Eudimion* escandinavo; *anamelech*, *ananael*, *anarazel*, *anpiel*, *anran*, *anedons*, etc., de las mitologías persas y semitas; *andriago* o *endriago*, *Aneberg*, *endriulfo* germanos. Por el modo de escribir semita la raíz *an*, al invertirse en *ternura* da también lugar a los espectros *nakir*, ángel de la muerte de los árabes; *null*, polinesio; *nash*, daimon árabe; *nafs*, *nepesch*, *nismah*, alma en árabe, hebreo y caldeo; *nava*, *vang*, *vanios*, espíritus australianos y escandinavos; *cheltán*, *salán*, *salna*, espectro de los indios melgachos; *anatis*, *anetis*, *anatts*, divinidad lunar armenia; *antanossi*, de los indios sakalavos; *lanthila*, de los moluquenses; *namito*, *anytos*, uno de los titanes; *manitus*, *manedo*, espíritus de los pieles-rojas y otros indios; *manit*, la luna escandinava; *manes*, de los latinos; *menas*, *hermenas*, *ulmenas* y *apulmenas*, de los araucanos; *tanit*, la luna cartaginesa; *tina*, la etrusca; *tane*, la polinesia; *athenea*, la griega *helena* o

Para los griegos y romanos, desde los tiempos más remotos de su historia Isis o IO fué la inefable *Diana*, ἄρτεμις o Artemisa. Hija de Júpiter o *Io-pitar* y de Latona, la *Tona-la-mac* mexicana o la Materia Cósmica, fué hermana gemela del sol o Apolo, y por eso se la llamó Luna, Lucina, Neith, Juno-Lucina, Jaiuo Lucina, Lucífera, Trivia, Pergaea, Milita, Fascelis, Hera, Felsina, Anivaga, Noctiluca, Tergémina, Pasrifae o Persefona, Hécate, Asthoret, Ataecina, Proserpina, Ilithya, Athora y Diclynna. Primitivamente, sin embargo, el nombre de la Luna fué sólo el de *Jana* o *Io-ana*, la hermana y compañera inseparable de Jano o *IO-ANO*, el nombre del Sol. Después vinieron las derivaciones fonéticas y los más pomposos adjetivos. De *Iana*, *Jana*, se formó *Divl-ana* y *D'jana*, que quiere decir «quasi Dea *Jana*», y de aquí, por contracción, *Diana*. Se la llama *Diana*, porque de la oscura noche hace casi día. (Cicerón, 2, de *Natura Deorum*.) El gran orador romano (ibidem, c. 3) menciona en seguida tres *Dianas* distintas: la primera, hija de *Iao-pitar* (Júpiter) y de *Proserpina* (la Materia del Caos), Substancia Primordial; la segunda, hija de Júpiter y de Latona, y la tercera, hija de Ulpis y de Glauces. Nadie ignora, por otra parte, el culto solemnísimos que a *Diana* se rindió en su templo de Epheso, considerado como una de las Maravillas del Mundo, templo que, fundado por las vírgenes Amazonas, esas Walkyrias de la Anatolia, fué incendiado por Herostratus, deseoso, se dice, de adquirir la inmortalidad la misma noche que nació ese azote de la Humanidad y del Culto Iniciático que se llamó Alejandro Magno.

Diana dió nombre a *Diano-ean*, Mens, la mente o raciocinio que al hombre distingue de las bestias. También es, en más alto sentido, la ley de evolución y de progreso; el poder vivificante de la Naturaleza que reside en ella, manifestación, a su vez, de la Mente Divina. Por eso *Soma-Isis*, *Diana* o la Luna, preside desde el origen a toda la evolución de la Tierra. Por eso también la *Iachna*, *Iajna*, *Diana*, es en Oriente la verdadera *Travldya*, es decir, la elave para la ciencia tres veces sagrada, contenida en los versos del Rig-Veda Samita o *Somita*, que enseña todos los misterios mágicos o del sacrificio (*yogas*) y se la hace proceder como tal ciencia triple del Uno Supremo o Único (*Brahmâ-Praja-Pati*), en que

selena; *ataecina*, la celtibérica; *ataentsic*, la iroquesa; *naga*, *nagal*, etc., todo relacionado con la raíz *an* del agua, así como otras tantas o más se podrían relacionar con la raíz *ber* del sol o del fuego.

En el tomo I de esta BIBLIOTECA se pueden ver también las numerosas toponimias asturianas de IO y de las dos razas solar y lunar.

yace, existiendo siempre, por tanto, desde la Eternidad y extendiéndose desde el fuego del Sacrificio del Logos (*aha-vaniya*) hasta los cielos, la tierra y las regiones inferiores. Forma así una mística escala—la escala de Jacob, la-kub o lao—, un verdadero puente—el escandinavo *punte de los dioses* de que habla *El Anillo del Nibelungo*—, por medio del cual el sacrificador puede comunicarse con los dioses subiendo a sus moradas. En tal sentido la *Iajna* equivale a la *Palabra Perdida* despertada por Kriya-saiky, o sea por el poder de la Voluntad y del Yoga, forma del Akasha o Eter más excelso que permitió a Asura-Maya, el primer astrónomo atlante de la Romaka-pura de Occidente, conocer todos los secretos celestes del pasado y el porvenir de la Tierra, y que en parte también fué poseída por *los setenta ancianos de Israel*, hombres puros y sabios, escogidos por Moisés para ser los depositarios de las más ocultas profundidades de la ley hebrea.

El nombre inefable de IO, repetido dos veces, figura por eso, como signo lingual védico, a la cabeza de todas las 49 letras del alfabeto sánscrito. Su forma es la de dos círculos tangentes, con dos de sus tres tangentes comunes, una horizontal y otra vertical, formando una *tau* sobre el símbolo del infinito, ∞ , vulgarmente ∞ , representando ora en lo macrocósmico la Divinidad, lo Infinito del Pensamiento Divino crucificado en las limitaciones del Universo, ora microcósmicamente el pensamiento, la imaginación del hombre, crucificados en las limitaciones de la palabra.

En un sentido no menos excelso, IO es la diosa Iugar, Soma, que con su fecundidad inagotable preside a toda la creación. Por eso es también *Eva* y es *Mar-la*, la Gran Madre-Virgen, protectora augusta de todos cuantos mortales ora se cobijan bajo su Velo de Misterio cuando son pequeños, cual el niño en el regazo de su madre, ora se extasían ante la contemplación de su estrellado Manto, así que han abierto los ojos de su espíritu a la Divina Iniciación. Herodoto (libro VIII, capítulo LVI), Virgilio (Egloga sexta y *Metamorphosis*, 4 y 5), Pausanias (libro I, capítulo II) y cien otros clásicos han cantado en prosa y verso himnos a su grandeza. «Casta Iove Lucina, Iun jan regnat Apollo.» «Tibi vestem soles», etc.

El nombre egipcio de Isis no es mas que el resultado de partir en dos aquel signo lingual védico ∞ que en realidad nos da dos *eses* al dividirse en dos el símbolo del infinito y dos *les* al separar el palo vertical del horizontal en esta forma ∞ . En cuanto a los caldeos, el símbolo masculino-femenino de IO, *La Luna*, era la primera manifestación comprensible, el Innominado y sin Límites, el *Ain-Suph*, dando así lugar a

una triple idea: astronómica, fisiológica y geométrica. La geométrica con el número *pl*; la astronómica por representar a los diez Sephiroths o Poderes creadores y por los problemas cosmogónicos y planetarios que el origen de la Luna plantea, y la fisiológica porque el nombre de IO es el símbolo genésico integrado por el *lingham* y el *yoni* o *io-ni*, el *falo* y la *matriz*. Por eso la Luna es el alma del misterio de la generación, ora regulando con su giro en torno de la Tierra—como la Madre en torno de su hijo—el período catamenial femenino, ora determinando, mediante múltiples sencillos, otros períodos fisiológico-genésicos como el de la gestación, la viabilidad del feto, el parto, etc., con lo que pasamos de lo fisiológico a lo astronómico. Por eso el lugar del hombre y de la mujer entre los hebreos era ocupado entre los egipcios por el toro y la vaca, consagrados a Osiris e Isis, que estaban representados, respectivamente, por un hombre con cabeza de toro y una mujer con cabeza de vaca (1). Osiris era de un modo notorio el Sol y el río Nilo, el año trópico de trescientos sesenta y cinco días, cuyo número es el valor de la palabra *Neilos* y el toro, así como también era el principio del fuego y de la fuerza productora de la vida, mientras que Isis era la Luna, el lecho del Nilo o la Madre Tierra, para cuyas energías parturientas era el agua una necesidad; el año lunar de trescientos cincuenta y cinco días. Pero la sustitución de la mujer hebrea por la Vaca egipcia no determinaba una diferencia radical de significación—añade Blavatsky—, porque se creía que el período de preñez de entrambas era el mismo, y en este período consistía el valor esencial de aquel. En cuanto a la idea de relacionar fisiológicamente la figura del círculo y del diámetro (*sacri* y *si cabvah*, o *lingham* y *yoni*) no fué ella sino una degradación semítica del purísimo simbolismo matemático de los arios que el IO simbólico y el *pl* geométrico tienen, como ya hemos visto.

Del nombre inefable de IO, puesto en su verdadera forma jeroglífica del diámetro vertical en el círculo, se hizo cuando la Religión primitiva fué degradándose o degenerando en fálica y humana, el símbolo genésico de una doble matriz, pues que en hebreo la letra *He*, integradora de *Io-He-Van-He* o Jehová, es al mismo tiempo el número 5 y el símbolo de la matriz. Así resulta el doble 5, o sea el 10, el número genésico y fálico de *pl*. Semejante doble matriz muestra la dualidad de la idea simbólica que venimos estudiando, desde lo espiritual o superior, hasta lo inferior

(1) Aquí de los curiosos nombres de los pueblos de Cabeza del Buey y Cabeza de Vaca, de la serranía cordobesa.

o terrestre, de cuyo plano los judíos no pudieron o no quisieron remon-
tarse. Por otro lado, dicha doble matriz se trató de que fuera expresada
por la duplicación del nombre de IO, con lo que se hizo el símbolo In-
gual védico **ᱚ** como ya hemos visto, símbolo lunar que si por una par-
te dió al ser partido el nombre de Isis, por otro lado, en la forma recípro-
ca de **ᱚ**, formó el clásico caduceo de Mercurio: Her-mes o Her-menes
(el Señor de la Mente) o sea la tau alada del Ideal al par que del Sacrificio
y las dos serpientes de los *Contrarios*, o sea del Bien y del Mal en el
Mundo.

IO figura igualmente en la teogonía nahua de México como reina del
Ome-lo-can o «reino de los dos en uno», y en tal sentido equivale al
Brahmá Prajapati, macho y hembra a la vez, y al Theos-Caos latino. De
la unión de estos dos Cielos nace el tercer Cielo: el *Theo-Tlahco*, o séase
Horus, la región del Fuego. Con el nombre de *Omoroka* y varios otros
que pueden verse en la obra de Chavero, *México a través de los siglos*,
no es sino la Latona o Isis griega, madre de Ceres o la Tierra.

Ardha-nuri-ish-vara (o *Arga-iran-is-la-ar*) es la Isis de los indos, en
cuyo nombre (que descompuesto en sílabas recuerda a los de México y
tantas otras lenguas de aglutinación) se compendia todo el mito, pues *Arga*
equivale a la Luna cabalista y *nari*, es el elemento femenino de la creación
caldea y ofita (*irán* leído a la inversa), creación de la que *nara* (*ardn*) es el
elemento masculino. *Is* e *ia* vuelven a aludir a la Diosa triforme de *ar* o de
los *arios*, es decir, de *Ra*, el *Horus* solar nacido de la Trinidad lunar pri-
mitiva, o sea de la Substancia Primordial (*Mulaprakriti*) bajo los rayos
del Parabrahmán inmanifestado; Substancia Primordial que, en la cosmo-
gonía primitiva, cuando no *soñaba* en nacer nuestro Sistema Planetario,
antes formó ese Universo, hoy casi extinguido del que era parte la Luna.
Por eso, a la diosa *Ardhanariishvara* (*Ardan*, *Iordan*, o *Jordán*, hebreo) •
Fuente de descendimiento se la representó sobre una hoja de loto flotando
obre las aguas.

Así, si *IO* es la *Vaca*, *Her-mes* o *Her-menes*, es su Conductor, por eso
ijeron los egipcios que Mercurio tenía que estar siempre cerca de Isis
como su guía o *Ministro*, cual con Rama estuviese el Hanumán Indo,
ues, «sin Mercurio, ni Isis, ni Osiris pueden llevar a cabo cosa alguna en
Gran Obra», la obra de la Mente y de la redención religiosa del Hombre
verdaderamente digno de tal título. Tamaños conceptos se aclararán aún
más después que veamos lo relativo al símbolo de IO entre los primitivos
editerráneos, tan íntimamente ligados con los egipcios.

• *Isis, iris, vel Idis* (Ἴσις, IO) es la hija de Inacho, Ianco o Bacco, dice el

Diccionario Kalepino. De ella cuentan los clásicos una leyenda que merece consignarse. Júpiter mismo (*Iao-plitar*) se prendó de su hermosura, y para unirse a ella se ocultó en una densa nube (la gloria de Jehovah, las Tinieblas Inicliáticas de donde sale la Luz de la Sabiduría). Al advertir entonces Juno, la celosa esposa del padre de los dioses, aquellas Intempestivas tinieblas en pleno día, se llenó de sospechas contra los amantes, y descendió en persona a la tierra para sorprenderlos. Entonces Júpiter transformó a Isis en una hermosa ternera, unas veces negra (Hécate infernal), otras verdosa y violácea (Diana terrestre), y otras blanca (la celeste Luna), según Suldas. Esta es la ternera admirable a la que conagrara Virgilio aquellos célebres versos que empiezan: «*Pascitur in magna sylva formosa juvenca*» (*Geórgicas*, canto 3) (1). No obstante la metamorfosis de la ninfa en ternera, la celosa Juno no cejó en sus suspicacias: pidió a su esposo que le regalase la ternera aquella, y como Júpiter se la entregase al fin, ella la puso bajo la custodia estrechísima de Argos, el de los cien ojos. Así permaneció la joven edades sin cuento, cual las princesas encantadas de los libros de caballería, hasta que Júpiter mismo hizo que Mercurio robase la ternera, por lo que, irritada, Juno transformó a Argos en pavo real, colocandó en cada una de sus plumas uno de los cien ojos del célebre monstruo castigado por su descuido (2). Aún continuó Juno en persecución de la doncella, cual en el mito nórdico persiguiera siempre Fricka a la raza de los rebeldes welsungos hijos de Wotan, cuando éste forzó a la *Ur-Wala*, a la Madre-Naturaleza primiliva para arrancarla sus secretos. Pero IO se refugió en Egipto (alusión al culto secreto), y allí permaneció hasta que Júpiter la restituyó, al fin, a su estado pristino, casándola con el rey Osiris, y naciendo de tal matrimonio *Horus*, el *Sol Divino*. Por eso, Isis, Hathor o Asthorch es la «Vaca de Oro», por medio de la cual tiene que pasar el candidato a la iniciación para ser brahman o Dvi-ja, *el dos veces nacida*, el nacido de *Argha*, *Cálix de libación*, *Nave de la Vida*, pues ninguna deidad presenta tan variadas etimologías ni nombre que pueda

(1) Para Ovidio en sus *Metamorfosis*, Diana o IO, escapa a las persecuciones de Tifón, ocultándose en forma de gata en la Luna, recuerdo egipcio, porque el gato, con su pupila cambiante y fosfórica, era el símbolo de la Luna.

(2) El cantar popular aún nos conserva el recuerdo de este robo, cuando dice:

•Argos cien ojos tenía
y ella le engañó sutil,
que el amor con dos vela
más que los celos con mil. •

pronunciarse de modos tan diversos. Sólo asociándolo con los puntos masoréticos, consiguieron los rabinos que *le hovah YHVH*, la Hueste colectiva de los *Elo-hin*, se leyese *Adonai*, el Señor, que Filón de Biblos escribe en letras griegas: ΙΕΙΩ, Jebo o Jove. Theodoro dice que los samaritanos pronunciaban *Iabé* (Yahva) y los judíos Yaho, que equivale a I-Ah-O. Diodoro declara que entre los judíos se cuenta que Moisés llamó al Dios IAO, palabra que no conoció hasta su iniciación por Jelthro. Jehovah, el creador, se caracterizó por la fecundidad en su creación. El poder vivificante del cielo reside en él como verdadera *Luna* en su aspecto masculino, y, en tal sentido, su doble sexo es evidente porque es el dios Anú o *Anul* (*Luna*, leído en bustréfodo, o a la inversa), rey de los siete Espíritus malos asirios: el Pecado, Soma, el Argha de toda vida material en su aspecto inferior; el Niffer, dios de Nipur, cuna de la Magia Negra; el Señor de los Fantasmas accadio. Sus mensajeros de pecado en la teogonía asiria y caldea, predecesora de la Biblia semita, fueron, al fin, vencidos con ayuda de *Bel* (el Sol) y de *Istlar* (estrella o Venus, la Anaitis o Nania persa y la Nanah o Nantar), produciéndose el diluvio purificador en el que las *Aguas* de la Luna fueron arrebatadas por su hija la Tierra, gracias a Muhil, el Bel más antiguo, rechazado del altar por Xisuthros (Noé), merced al robo cometido. *Ur* era el centro principal del culto de este *Dios-Luna*, y de él procedieron Abraham y su mujer *Sarat*, la SRI estéril (el año lunar de trescientos cincuenta y cinco días) que cambió en *Sarah*, la fecunda, bajo la influencia lunar.

«La Luna, el Dios-Luna--nos sigue enseñando Blavatsky--, es el símbolo arcaico más poético y también el más filosófico de todos los símbolos. Los antiguos griegos (helenos o selenos) le hicieron notorio, y los poetas modernos le han empleado hasta la saciedad. La Reina de la Noche, tremolando en la majestad de su luz sin par en el cielo, atenuando el brillo hasta de Héspero, y extendiendo su paleado manto sobre el Mundo Sideral, ha sido siempre el tema favorito de todos los poetas de la Cristiandad, desde Milton y Shakespeare, hasta el último de los versificadores. Pero la refulgente lámpara de la noche, con su séquito de estrellas ha hablado tan sólo a la imaginación del profano. Hasta hoy la Religión y la Ciencia no han tenido que ver nada con este hermoso mito, y, sin embargo, la fría y casta Luna está en relaciones más estrechas con la Tierra que ningún otro globo sideral. El Sol es la Fuente de Vida de todo el Sistema Planetario; pero la Luna es el Dador de Vida a nuestro Globo, y las primeras razas aun en su infancia lo comprendían y sabían. Ella es, al par, Reina y Rey, pues que fué el Rey-Soma antes de transformarse, de desdoblarse misticamente

en Febo y en la casta Diana. Es también, en modo preeminente, la Deidad de los cristianos, por herencia de los judíos mosaicos y cabalísticos; y aun cuando el mundo civilizado haya permanecido por largas edades ignorante del hecho, es en realidad así, desde que murió el último Padre de la Iglesia iniciado, llevando consigo a la tumba los secretos de los templos paganos. Para estos Padres, tales como Orígenes y Clemente de Alejandría, la Luna era el símbolo viviente de Jehovah; el Dador de la Vida y de la Muerte; el que dispone de la Existencia en *nuestro* Mundo. Pues si Artemisa Loquía o Neiter fué Luna en el Cielo, y para los griegos Diana en la Tierra presidiendo sobre el nacimiento y vida del niño, entre los egipcios fué Hekate en el Infierno, la diosa de la Muerte, que Imperaba sobre la magia y los encantamientos. Más aún: lo mismo que la Luna, cuyos fenómenos son triples (Hekate-Diana-Luna) para dicho pueblo, fué Irina al par que una, como tal *Diva triformis, tergemina, triceps* (Τριμορφος de Alcamente), al modo de la tríada indostánica de Brahmá-Vishnu-Shiva, y también de nuestra Trinidad cristiana, que no siempre fué considerada, cual hoy, como enteramente masculina... Trinidad verdaderamente Lunar, de la que emana *Horus, el Cristo Solar.*

•Isis—dice J. M. Ragón en su preciosa *Orthodoxie Maçonique*—ha sido el prototipo de multitud de deidades en todos los tiempos y países. La mujer-madre, con su hijo en los brazos es la imagen sensible de la Tierra que nutre a los hombres—o más bien diríamos nosotros de la Luna y de su hija la Tierra, que de ella tomó origen— (1). Se representó a Isis en mil formas diversas, todas expresivas de la maternal protección. Nueve

(1) Una verdadera y primitiva nobleza territorial cuidó siempre de mantener el divino culto isíaco en los más diferentes países. Esta nobleza territorial, tesorera del primitivo culto, y que tanto se puede considerar inda como parsí, gozó siempre de verdadera independencia. En Persia se llamaron *dikhanes* sus individuos. Uno de estos *dikhanes*, llamado Danishver, reunió, en el reinado de los últimos sasánidas todos los cantos nacionales parsís, en una epopeya que desapareció en tiempos del terrible Omar. Fragmentos de esta epopeya fueron coleccionados por Jacob hacia el año 1870. Después, durante la dinastía de los *Samanos* o samánidas, el poeta Dakiki continuó esta tradición épica, reuniendo más tradiciones primitivas, e igual hizo el monarca Mahmoud. Con estas tradiciones *Abul-Kasim-Fir-Dusi* compuso la colosal epopeya del *Shah Namieh* o *Libro de los Reyes*, con todas la cábala parsí más remota. En ella—dice un autor—no se habla sino de vacas celestes, con leche que es un verdadero néctar, ladrones que las roban y encierran en cavernas, rayos fúlbidos que las matan, y, en suma, todo cuanto vamos viendo en el decurso de estas páginas.

Isis, con nueve diferentes vestidos indicaban los meses o lunas durante los cuales estaba libre el Egipto de las inundaciones del Nilo, y una flauta, una trompeta, un antifaz u otro símbolo análogo en sus manos designaban los juegos que habían de celebrarse en cada uno de aquellos meses. Más tarde, dichas nueve Isis (o nueve lunas) presidieron entre los griegos a las artes y a las ciencias, sin que sospechase a éstos que *musas*, significan *meses salvados de las aguas* (salvados como el Moisés hebreo y el Muisca azteca). Simbolismo análogo de Isis lo fué el Navío de los siete pilotos, y en tal forma la adoraron los suevos. También los maniqueos honraron a la diosa en forma de Nave. París primitivo se llamó *Lucotakla* o Lutecia—del hebreo *lukotaim*—, que quiere decir navío, y de aquí la Nave de su escudo con la leyenda de *fluctuat, nec mergitur*, y por eso también el nombre de *par-ist* o doble Isis y doble matriz, doble 5, que hace de nuevo el consabido 10 o **⑩** que ya hemos visto. Clovis, fundador de la antigua iglesia de Santa *Genoveva*—literalmente la que engendra la vida—, les dió los bienes confiscados a los sacerdotes de Isis, es decir, el territorio situado entre Isis, el *Issy* actual, y por eso todavía en 1514, se veía la imagen de la universal divinidad Isis, en la abadía de San Germán de los Prados, hasta que el cardenal Bricconnet la hizo romper para apartar de su veneración al pueblo. Por eso también, aun después del culto idolátrico posterior que la historia ha conocido en sus postrimerías, continuó ardiendo el fuego sagrado de Isis-Vesta sobre el altar sin imagen, y en los terremotos itálicos, se volvía a la única religión verdad: la Religión-Sabiduría, orando sin invocar a ninguno de los dioses conocidos, hijos de la corrupción de aquellas ideas primitivas (Gelio N. Aticas, II, 28—Dionisio de Halicarnaso, Excerpt. XVI, 10), y los piadosos moradores del primitivo Lacio, región de paz, de felicidad y patriarcales virtudes que la leyenda hiciese un tiempo morada y dulce retiro del desterrado Saturno-Jano, resistieron cuanto les fué dable a la irrupción corruptora de los frívolos cantores helénicos, sin querer cambiar por el politeísmo degradado de los griegos, su religión primieval, sencilla y pura de Isis, la Vaca, la Luna, *Ana Perenna*, la luna del año, y de Horus, su ternerrillo. *Vacuna*, la diosa de la victoria, amparó siempre a los tirrenos, gentes lunares que desde su célebre puerto mediterráneo en el golfo de Spezia, llamado *Luna*, se hicieron señores del mar, cuando el pueblo romano apenas si había nacido, e intentarían ir más allá del Estrecho de Hércules, para establecer colonias en una remota y desconocida isla, impidiéndolo los celos de los cartagineses, que, al inmolar a todo el que navegase allende las sagradas Columnas, parecía como si pretendieran ocultar con ello la ruta del continente americano, que hay sos-

pechas de que no les fuese a éstos desconocido. (Cantú, *Historia Universal*, libro III, cap. XXV.)

•En las leyendas más remotas—dice Blavatsky—, los derroteros de la raza de IO están claramente señalados. IO deja a Europa, muchos siglos antes de la catástrofe atlante, y sale para el continente asiático hasta llegar a las más altas cimas del Cáucaso; luego se dirige hacia el Este, después de haber dejado el Bósforo kinnérico y de pasar por lo que hoy es región del Volga y Astrakán hasta el Caspio, para llegar finalmente al país de los *arimaspos*, al Este de la Escitia de Herodoto. El profesor Newmann —añade— tiene derecho a pensar que así se designan las montañas del Ural. La tradición dice después algo que es inexplicable para todos los traductores europeos, a saber: que la raza de IO, deseando establecer una colonia adecuada, sigue su ruta hacia Oriente hasta llegar al río *Etiope*, al cual sigue hasta caer en el Nilo. Ahora bien; no pocos piensan que el Nilo tuvo su origen en algún otro lugar—no hablamos, como se ha creído, del problema hoy resuelto de las fuentes del Nilo, sino del origen de semejante nombre—. En la India corrió el río primitivamente nombrado así—aún existen en el Dekan las azules montañas del Nilghiri—en tierras de los *etlopes orientales*. El error de atribuir el antiguo nombre del río indostánico al río egipcio nació de que no se conocían otros etlopes que los de África septentrional; pero el verdadero y primitivo Nilo es el Indo, que fué llamado por los etlopes orientales el *Etlope* y también Nil o Nila, *el azul*, por sus aguas. La raza de IO, la virgen con cuernos de vaca, es la raza precursora de los etlopes, que fué por ella conducida luego desde el Indo al actual Nilo, río este último que recibiera tal nombre en recuerdo del río añorado por los colonizadores Indos al establecerse en Egipto. Por eso, en la tragedia de Esquilo, Prometeo dice a IO que el sagrado Neilos (el dios, no el río) le conduciría al país de los tres ángulos, esto es, al Delta de la desembocadura del Mediterráneo, en donde se ordenó previamente a sus hijos que fundasen aquella remota colonia, donde empezó una nueva y gloriosa raza: la egipcia.

Todo esto se enseñaba en los misterios de Eleusis o *Isis-luna*, y a ella aluden muy vagamente, al hablar de *Iacco* y de *Baco* hijo de Ceres Demetria, Herodoto (8, c. 56), Virgilio (égloga VI), Pausanias (I, c. 2) y Ovidio (*Metamorphoseos* 4, 5), porque Isis, Iseion (*Ἰσις Ἰσειον*) es nombre que equivale al de *Sér* (*Το οὐροῦ*), y tal vez a *Saber* (*ἰορμῆ*), a *ἰς ἰσοῦ*, fuerza y a *ἰσοῦ*, igual, equilibrado o justo (Themis, la diosa de la *tau* o de la Balanza de la Justicia).

Para los egipcios, Isis era la estrella canicular Sirio o Sothin, que en aquellas primitivas dinastías, según el testimonio de *Al Suphl* y otros, se hallaba del otro lado de la Vía-Láctea al en que hoy se encuentra, y aun era, según otros, de rojo brillo, cuando hoy es de brillo blanco-azulado. Plutarco añade que *Osiris* era la compañera y vecina de Sirio, la pálida Cánope en la constelación del Río Eridano (Ardhanari inda) *Horus* era Orión, y *Thiphon*, el Serpentario u Ofiuco del otro lado de los cielos. «Sabiamente hablaron los que dijeron que la vida y hechos de estos personajes no corresponde precisamente ni a realidades puramente divinas ni a meros hechos humanos—continúa Plutarco—, sino que ellos son propios de los *daimones* o genios intermediarios entre la bondad divina y la maldad humana. Platón, Xenócrates y Crisipo, siguiendo con ello la opinión de antiguos teósofos, estiman que fueron aquellos seres más prepotentes y fuertes que los demás hombres, sobrepujando así a nuestra humana naturaleza. No tuvieron, empero, una divinidad pura y simple, sino que fueron un compuesto de naturaleza corporal y psíquica, capaz de placer, de dolor y de otras pasiones y afectos, en fin, anejos a su estado, trabajando cuál más, cuál menos, porque también en los demonios hay, como en los hombres, diversidad de vicios y virtudes, y todo ello oculta lo que no puede decirse al vulgo profano. El desiado llama buenos y santos a los *daimones* guardianes de los hombres, dispensadores de opulencia y oro, como cumple a su munificencia verdaderamente regia. Platón llama a esta clase de demonios mercuriales y monisteriales (de *moneo*, *mones*, aconsejar). Serapis no es otra cosa que Plutón, y Proserpina es Isis. De Plutón, Dionisios Baco, Osiris o Serapis (de Sareim, *el que embellece*) se dice que trajo de la India dos bueyes, uno llamado Apis, y Osiris el otro; pero estas indicaciones de Filarco están desprovistas de toda realidad, como igualmente las que sostienen que Serapis no es el nombre de un dios, sino del sepulcro de Apis en Menfis. Siendo buenos demonios Isis y Osiris, han sido transformados en dioses. Tiphon, según los pitagóricos, nació del número 56 (el número de la mente sin la espiritualidad). El triángulo es el símbolo de Hades (Plutón), Dionisios (Baco) y Ares (Marte), como el cuadrado lo es de Rhea, de Afrodita (Venus), de Hestia (Vesta) y de Hera (Juno), y como el dodecágono perfecto lo es de Júpiter, el padre de los dioses.» (Plutarco, *de Isis*, citado por Cantú, en sus notas referidas.)

El Velo del Misterio o Velo de Isis—dice Blavatsky—fue echado hace unos doce mil años al sumergirse el último resto de la Atlántida (la isla de Poseidon, frente a Gades o Cádiz) para evitar que fuese conocido y profa-

nado por los perversos. Algunas de estas ciencias derivadas son al exotéricas, como la Astronomía en sus aspectos puramente matemáticos físicos; pero sus dogmas y doctrinas fueron todos ellos reducidos a sí los abstractos y dejados a la sola guarda de la parábola y la alegoría como tales han sido en parte olvidados o, con más frecuencia aún, vertidos. Bajo el manto del Misterio Iniciático—añade en otro lugar— quinta Raza ha conservado el culto de la Diosa. La Esfinge es y será siempre el enigma de las Edades. Desde entonces nos vemos forzados a pro el amargo fruto de la experiencia personal a la sombra del Árbol del Conocimiento (1).

(1) Entre las innumerables alusiones de *Las Mil y Una Noches* al Velo de Isis, merece citarse el cuento que lleva por título *Ardechir y Hayat Alnuf*.

El príncipe Ardechir ha recibido de un extraño mercader o Adepto una rutilante tela — el Velo de Isis —, en que aparece retratada al vivo la más hermosa hada del mundo, la simpática princesa *Hayat Alnuf* (*), y, enamorado, quiere encontrarla, cueste lo que cueste, para lo cual, disfrazado de mercader pasa a la India, en cuyo país vivía la Dama en un castillo inaccesible rodeado de jardines, odiando por igual a todos los hombres desde que cierto día ha visto, en sueños, que un pajarero cruel—el Genio del Mal, que se enseñorea actualmente del mundo,—había tendido sus redes, en las cuales primero ha caído un macho de calandria, a quien su compañera, rompiendo a picotear las mallas, había logrado libertar; pero, en cambio, cayendo poco después las redes la hembra, el macho ingrato no había venido a libertarla a su vez. Así se comporta el sexo masculino con el femenino (había dicho aleccionadamente la princesa). ¡Mal haya quien de los hombres se fía! (**).

Una vieja dama de la princesa llega a la tienda del fingido mercader a comprar de sus vistosas telas para ésta, y él, en lugar de interesarse en la compra, se la regala generoso, pues es cualidad esencial del verdadero poder trascendente en pro del ideal, la total ausencia de los humanos egotismos. Al par dedica a la princesa los más amorosos versos, que la vieja ha de llevar a su destino.

A vuelta de mil peripecias de esta clase, y siempre rechazado por la princesa, consigue al fin penetrar en los jardines del palacio encantado sin ser visto, y allí el jardinero viene a enseñarle un viejo palacio abandonado que mágicamente logra restaurar el príncipe, pintando en el puesto preferente

(*) Puede el tal nombre ser una corrupción del de *Huat* o *Ta-Hua*, designación incaica de la 7ª de todos los humanos dolores del neófito. *Alna* (más bien que *Alnuf* o *Ainu-fa*), es simplemente una transposición de la *Luna otia*.

Tan cierto es esto, que en otra leyenda análoga la princesa revela el nombre de *Ulna-har* o Reina de la Luna (Isis).

(**) El alambollismo no puede estar más claro: nuestro Ego Divino o Espíritu ha salvado cien veces al hombre inferior en los riesgos de la vida, pero este hombre inferior, olvidando sus deberes, no ha venido por libertar a su Egerla, elevando y dignificando su vida.

El más célebre de los animales simbólicos consagrados a Isis fué el buey Apis, *Osor-Apis*, u *Ostris-Hapl*, el creador y fiscal de las almas. «Para que un buey pudiese ser ascendido a tal categoría era preciso que fuese negro y tuviese en la frente o en una de las paletas una mancha blanca en forma de creciente lunar—dice Ragón en su *Orthodoxie Maçonique*—. Además, debía haber sido concebido bajo la impresión del rayo y tener bajo la lengua la marca del escarabajo sagrado. No hay por qué decir que todos estos detalles, aparentemente groseros e infantiles, eran el velo simbólico de las operaciones alquímicas... Apis era muy especialmente el símbolo de la Luna, tanto a causa de sus cuernos en forma de creciente lunar cuanto porque, salvo en el instante del plenilunio, este astro tiene siempre una parte tenebrosa, indicada por el negro de la piel (1), y otra resplandeciente, simbolizada por la mancha blanca... Siendo el buey el animal más útil al hombre por su docilidad y fuerza en los trabajos del campo, la alegoría de Isis-Osiris (acepciones que jamás fueron antropomórficas) hizo al Buey y la Vaca los símbolos de la invención de la agricultura. Los egipcios pensaban—dice Abenephius—que el Genio de la Tierra, el Anima-Mundi, tomaba cuerpo en cierto *buey*, y por eso le veneraban; pero lo que hay de más exacto es que los sacerdotes, llenos de

su salones la escena del ensueño aquel de la princesa que había determinado su odio hacia los hombres; pero, por consejo de su Oula el Jardínero, había cuidado el príncipe de completar lo que faltaba al sueño, o sea la representación del por qué el macho, aprisionado por el Genio del Mal, no había podido llegar a libertar a su compañera. Baja la princesa al Jardín, como solía una vez por año, a recoger la fruta madura; se sorprende al ver restaurado el Palacio del Amor, y más aún al contemplar reproducido el final de la historia de su sueño, y se arrepiente de haber así odiado al Amor, jurando cambiar si encontraba a alguien digno de ser amado. A poco le presentan al autor de la maravilla, y se desarrollan luego todos los acontecimientos de rigor en tales casos, siempre saturados de ese profundo esotericismo del maravilloso libro.

(1) En los códices de los mayas (gentes tan relacionadas genealógicamente con los egipcios) se da a la Luna en las operaciones mágicas un nombre y símbolo que literalmente quiere decir «el espejo negro que humea», aludiendo a que la Luna es como un espejo que nos refleja los rayos del Sol y a que los actos de magia negra son favorecidos de un modo especial por la luz del menguante lunar, cuando la parte tenebrosa del satélite va en aumento a medida que disminuye la luz del astro. Es muy curiosa, sobre este detalle extraño de los «humos negros de la luna», la escena que nos narra Oicott en el capítulo IV de su *Historia Auténtica de la Sociedad Teosófica*. También el untarse los sacerdotes mayas antes de las ceremonias con el *ule* o acelte negro puede ser un acto relacionado con estas operaciones de la mala magia.

reconocimiento hacia la Divinidad por los servicios eminentes que les proporcionaba el conocimiento del *arte sacerdotal* (Magia), querían, no solamente rendirle acción de gracias ellos mismos, sino que el pueblo tomase parte en tales actos de reconocimiento, aunque el pueblo, guiándose sólo por los sentidos y sin poder concebir a Dios de otra manera, personificara los tales beneficios en el animal más útil. De aquí las pompas del culto de Apis, sobre todo en Bubasta, la Ciudad del Buey.; y de aquí también—añadimos nosotros—la leyenda relativa al floreciente Imperio de los Ptolomeos, edificado sobre las ruinas del de Alejandro Magno, cuando se dijo que el buey Apis, escondido en las montañas de Armenia huyendo de las profanaciones de este destructor del culto arcaico, volvió por su pie a la tierra de los Faraones y se hizo construir el Serapeum, la parte más excelsa y secreta de aquel templo del humano saber que se llamó Biblioteca de Alejandría (1).

(1) *El Ibis* era el ave consagrada de los Misterios de Isis, Osiris, Horus y Aps.

Herodoto refiere (I. II, c. LXXV y LXXVI) que había en Egipto dos especies de *ibis*: la una, completamente negra, que combatía contra las serpientes aladas impidiéndolas penetrar en el país, cuando en primavera venían en bandadas de la Arabia. La otra especie era blanca y negra y representaba a Isis. El *Ibis* todo negro, que combatía y mataba a las serpientes aladas que Herodoto jamás había visto, indica el combate que tiene lugar entre las moléculas durante la disolución alquímica...

Mercurio toma luego la forma del *Ibis* blanco y negro que, por sus colores, está con la luna en la misma relación que el otro simbolismo del buey Apis.

Los inestimables beneficios que el *Ibis* rendía a todo Egipto, sea matando serpientes, sea destruyendo huevos de cocodrilo, eran más que suficientes para que los egipcios le concediesen honores sagrados, atestiguados por los jeroglíficos. Dicha ave estaba consagrada a Mercurio, porque este dios, huyendo delante de Typhon, tomó la forma de un *Ibis*. Hermes, bajo esta forma, velaba—dice Abenius (*De cultu egyptiorum*)—por la conservación de los egipcios y les instruía en todas las ciencias, y a tanto llegó su respeto por el ave sagrada, que matarla, aunque fuese involuntariamente, tenía pena capital.» (Ragón, obra citada, pág. 574.)

En otro lugar de esta obra va glosada la leyenda del africano *Ibis*.

En Oriente, entre mil cosas consagradas a Isis, se cuenta una hermosa planta, el *Hibiscus mutabilis*, que sólo crece en ciertos valles del Himalaya. Sus flores son verdaderamente extraordinarias, y en Europa, totalmente desconocidas. Poseen la maravillosa facultad de variar de color durante el día y de no parecer muertas aun cuando estén marchitas. Por la noche, ellas forman un apretado capullo de verdes pétalos; pero, al amanecer, se abren formando

«*Apis*—continúa Ragón—, debía ser siempre un toro joven, sano y fuerte porque la primera materia de la *piedra filosofal* habla de ser escogida fresca, nueva y en todo su vigor... Los griegos instruidos por los egipcios, representaban así también la *materia filosófica* por uno o varios toros, como se ve también en la fábula del Minotauro (toro de Minos) encerrado en el laberinto de Creta y que fué vencido y encadenado por Theseo, gracias al hilo de oro de Ariadna. Igual significación tuvieron los bueyes que Hércules robó a Gerión—*Gairón, el conductor de la vaca*—, los tres mil bueyes del establo de Augias; los sagrados Bueyes del Sol, que pacían en los prados de la isla Trinacria (Sicilia) y que fueron robados por Mercurio; los toros que Jasón tuvo que domar y poner bajo el yugo a fin de apoderarse del Vello de Oro; el robo de Europa por Júpiter, etc., etc. No todos estos bueyes eran, sin embargo, negros ni blancos, como tenía que ser *Apis*, sino que algunos fueron *rojos*, como los de Gerión y como los sacrificados por el sacerdote israelita, porque la *piedra filosofal*, en cierto momento alquímico, es roja, y los autores de la fábula no podían olvidar semejante circunstancia.» (Ragón, obra citada, pág. 565.)

Cantú (libro III, cap. XXIX) nos dice: «Muchas semejanzas, y principalmente la veneración al buey, indujeron a algunos a suponer que la religión había sido llevada a Roma por sacerdotes Indicos, como piensa Schlegel. Plinio y Valerio Máximo refieren el caso de un ciudadano acusado de haber muerto un buey para echar de su casa a un libertino y que fué condenado a muerte. Columela dice que matar un buey era delito que tenía pena capital.» Todo ello resultaría incomprensible y absurdo si no admitimos que se trataba de *bueyes sagrados*, al tenor del *Buey Apis* egipcio. Lo que realizó seguramente el ciudadano citado fué algo semejante a la leyenda coránica que arriba reproducimos.

El culto greco-egipcio de Serapis, nos dice el Sr. Mérida al dar cuenta de las estatuas de Serapis halladas por él en Mérida en 1902, tuvo su centro en Alejandría, donde se conserva aún su santuario hipogeo, el famoso Serapeum, bajo la columna monolítica de Pompeyo... Es la postrera forma de

espléndidas rosas blancas; de diez a doce comienzan a enrojecer, y luego, durante la tarde, llegan a teñirse en vivísimo púrpura como la peonía. Estas flores están consagradas a *Surya* (el Sol) y a los *A-suras* o Ángeles Caldos, porque, según la leyenda, *Surya* se enamoró de una bellísima *A-Sura*, virgen vestal prototipo de la Castidad, quien rechazó sus amores, siendo transformada en flor por el dios... Desde entonces, aunque conserva su pristina blancura, no puede evitar que el rubor, ante los ardientes rayos solares la tinte de colores encendidos.

Osiris, de quien acaso procede o con quien fué identificado (1), com fué entre los griegos con Júpiter, con Helios, Plutón y Dionisios. Un culto de Apis al de Isis, pasó a Malta y a Sicilia, luego a la Italia meridional, a la Tarquinia y por último a Roma; se propagó después a las provincias del imperio incluso a España (2) donde son bien conocidos los monumentos epigráficos de Ampurias, Tarragona, Acci (Guadix) y Mérida. cuanto al Mithraísmo o religión parsi de Mithra, él tuvo un carácter naturalista nacido en la India védica y denotando en sus elementos astrológicos la influencia de la Caldea... «Mithras, dice Toutain, fué el héroe un mito compuesto de episodios múltiples representados en los relieves. Aparece como el dios que preside a las manifestaciones más importantes de la vida universal. Nacido de una piedra —la piedra mágica de que hablamos— hace brotar de una roca el agua de la vida... Es Mithra siempre el protector de la vegetación, el guardador de los frutos, el dios que confió la dirección del carro solar a un Iniciado en los Misterios con el cual ha sellado alianza. El toro que éste degüella, en fin, es la fuente de toda generación, y la sangre del animal, repartida por el dios vengador, impregna todo de vida y de fertilidad...» (3). Mithras, muy estudiado por M. Cumont, dió lugar a una religión abstracta del *Sol Invictus*, o sea el dios dominador celeste y supremo árbitro tanto en lo moral como en lo físico. Menéndez y Pelayo dice de él «que parece haber sido un culto de la mística elevación moral y el más libre de horrores e impurezas.»

«Como el *Serapeum*—sigue diciendo Mérida—, el *Mithreo*, era un templo en una gruta, porque en la obscuridad de una cueva suponía la leyenda que nació el dios, saliendo de ella victorioso para regenerar al mundo... En ese mismo santuario, el *spelaeum* era un recinto con *podias*, desde donde presenciaban los fieles sus misterios. Para penetrar en el hipogeo había que descender por una larga escalera. San Jerónimo en su Epístola CVII *ad Laetum* señala los siete grados iniciáticos mitraicos, a saber: *Corax* (el cuervo), *Cryptus* (el oculto), *Miles* (el soldado), *Leo* (el león), *Perses* (el persa), *...*

(1) Véanse: *Religiones de Lusitania*, de J. Leite de Vasconcellos, y Toutain *Les cultes païens dans l'Empire romain*.

(2) Ya hemos visto en el contexto del mito isláico que existió en toda Europa prehistórica antes de pasar de Europa a Asia y de India a Egipto.

(3) Aquí Tournain se equivoca, como todos los escritores europeos que se dejan llevar del criterio semita. El primitivo culto de Mithra fué incruentista, como el de todos los arios. La degollación del toro de que habla, ya vimos que era completamente levítica o semita.

Hodromus (el mensajero del sol) y *Pater-Patrum* (el Padre, el Hierofante).• (1).

Las verdades enseñadas en el hipogeo del *Mithraeo* parsí eran absolutamente orientales e isiacas o, por mejor decir, atlantes primitivas. Sólo nos han llegado de ellas ecos perdidos y versiones groseramente desfiguradas, que, aun así, resultan notabilísimas, como aquella en que Cantú nos dice que Ormuzd, cuando reinaba en la Tierra, produjo el toro primitivo—la Vach o Vaca Melodiosa indú, cuyas sublimes notas, arrancadas a la propia Orquesta de las Esferas o Música pitagórica, yacen encerradas en la frase mística del mantram del Athawa-Veda—. En dicho toro primitivo se contenían todos los gérmenes de la vida universal que bajo la acción del Insonoro-Sonido (Verbo, Palabra Mágica) iban viniendo a la existencia. Por desgracia, los siglos decayeron de su inicial pureza, y si bien en la primera edad *satua-yuga*, la justicia en forma de toro (2) se mantuvo firme sobre sus cuatro pies, haciendo reinar la verdad y vivir en perfecta

(1) Son notabilísimos los hallazgos practicados en el *Serapeum* emeritense, hallazgos consistentes en estatuas y fragmentos de estatuas del dios Serapis (Mithras, Aeon, Zerunan-Kronos) en 1902 y en 1913. Entre ellas llama la atención una maravillosa de Mercurio en reposo con la lira en forma de cabeza de toro, formada por dos conchas de tortuga. Otros detalles de interés pueden verse en el citado artículo de Mérida publicado en el número del *Boletín de la Real Academia de la Historia* de Abril de 1914, tales como los de la gruta o hipogeo de *la Maya* y alguna otra de junto al cerro emeritense de San Albín.

En cuanto a los siete grados iniciáticos de Mithra que nos da San Jerónimo, su simbolismo es evidente: *corax*, cuervo, es el lastre ancestral, el karma del pasado que nos tiene aherrajados a la materia, por eso el Indú como el primitivo bretón cree que el alma de los antepasados se transforma en negro cuervo —el cuervo de Artús en el ciclo caballeresco—. Iniciado así el neófito en los misterios del astral y de los antepasados, es un verdadero *Hipólito* (bajo la piedra), un ocultista o *Cryptus* (el escondido, el asceta, el hombre no vulgar que se aleja de las pompas y vanidades del mundo). Transformase así el candidato en un verdadero *chattria*, miles o soldado de los ejércitos del bien que esparcen su bienhechor influjo sobre el mundo, «vos estis sal mundi» que diría el Evangelio. El guerrero, haciéndose más y más esforzado, es ya un verdadero *león* por su heroísmo, y alcanza a ser, no un *persa* como dice el texto, sino un *Perseo* iniciado capaz de descender al Hades Inferior para de él libertar a Andrómeda, su alma inferior, la esposa de su supremo Espíritu, cual en el mito de Heros y Psíquís, un *Parsifal*, u hombre puro regenerado de sus anteriores miserias, un redentor en ciernes. Entonces bien puede ya considerársele cual un verdadero Mercurio, un *mensajero Gautama* o un *conductor de la Vaca*, y luego, en fin, un conductor de gentes, un Salvador, un celeste Buddha.

(2) Si esta forma tomó entonces la justicia, no es de extrañar el que Mino

salud durante cuatrocientos años los hombres, más tarde perdió *un ple* (*treta-yuga*, edad lunar, edad de plata), hasta caer después en el *dwiparayu-ga* o edad del bronce, que fué, en fin, sustituida por el presente *kali-yuga* o negra edad del hierro, en que los hombres son cuatro veces inferiores a sí mismos, y, convertidos en pigmeos, no tienen ya fuerzas para arrancar de la tierra las plantas sin el auxilio de alguna herramienta, porque Ormuzd, bajo los enervantes *humos negros* de Ahrimann (el hombre no solar, sino lunar, es decir, bajo la acción de la mala magia), sucumbió apestado.

El más alto de estos *Padres* o Hierofantes de la última iniciación mitraica es el célebre *Visva-Mithra*, inmortalizado en el Ramayana o *Rama-Jana*, como preceptor de *Rama*. Las circunstancias del nacimiento de este héroe solar, anterior a todos los demás héroes lunares (1), y su educación

el legislador cretense, trajese de la cueva del Minotauro sus leyes sabias, inspiradas en las reglas de la edad *krita* o de la pureza.

(1) El *Mahabharata* (literalmente *gran peso*, pues se dice que él solo pesó más que los cuatro Vedas juntos, a los que fuera anterior en muchísimos siglos sin duda) es el poema que narra otras encarnaciones de Visnú, análogas a las de Visva-Mithra y Rama. En Europa no se conoce todavía el poema en toda su pristina integridad, ni aunque se conociese, todo consentirla nuestra vanidad de pigmeos, en reconocerle como testimonio poético, al par que fehaciente de la catástrofe que, por el fuego volcánico, acabó con el continente de la Lemuria varios millones de años antes de la inmersión de la Atlántida. En época remotísima, que acaso alcance a más de un millón de años, reinaba en Hastinapura (Hestia, Vesta, Bubaste o la Tierra) el rey *Bara-la*, el Rey-Gurú, El Instructor u *hombre de peso*, como aún hoy decimos en España. Este rey tuvo siete hijos, de los cuales el último, llamado *Baschi-trabiri* (¿Kabir-basco?), tuvo dos hijos que fueron, el mayor, *Dritta-rastra*, padre a su vez de *Dana*; *Durio*, *Dauro* o *Duero*, y de los otros cinco infantes llamados *Cauros*, *Corias* o *Kurus* (de *kauros*, lanza). El hermano menor de *Dritarastra* se llamó *Pandú*, y fué a su vez tronco de otra gran dinastía de héroes de este nombre, rival de la de los *Kurús*, hijos de *Dritarastra*, el ciego. Muerto *Pandú*, trata *Dritarastra*, su hermano, de exterminar a todos sus sucesores, para lo cual incendia las moradas de ellos; pero los *Pandavas* se salvan, y atravesando el desierto consiguen llegar a *Cumbela* o *Kubela* (la *Ku-be-le* o *Ceres*, la nueva tierra), donde se hicieron tan ilustres por sus hazañas y generosidad, que *Dritarastra* resolvió dividir su reino con ellos, dándoles la mitad, con su capital en *Dehli*, reservándose la otra mitad con su vieja metrópoli de *Hastinapura*. Pronto se arrepintió el ciego monarca de semejante condescendencia, y convidando a su palacio a los *Pandús* o *Pandavas*, les ganó con fraudes al ajedrez los países que poseían. A consecuencia de esto estalló una guerra espantosa, sin precedentes anteriores ni ulteriores en la Historia, entre los dos bandos hermanos. Ejércitos enteros caían en un segundo bajo los terribles inventos mágicos de aquellos guerreros, recordados también en la fábula de los Titanes contra los

son muy peregrinas. *Dasa-tara* o *Dhasa-rata*, rey de *A-IO-dhi*, no tenía sucesión, sin duda porque aún no se había verificado la triste *Calda* del hombre en las infernales regiones del sexo de que veladamente nos habla Platón en *El Banquete*. Pero si aquel buen rey de *Hasti-na-puta* carecía del triste secreto del sexo, conocía, en cambio, ese poder supremo de creación, sin generación, que se llama de *Kryia-sakti* o de la Voluntad y del Yoga, el Poder Mágico, de todos los hombres puros del Salva-yuga, mediante el llamado sacrificio de *Daska*, en el que *Visva-Milhra* era el Hierofante supremo, como descendiente único de *Vishnú* en la primera de sus encarnaciones terrestres. *Vishnú*, por mediación de *Visva*, cobija, pues, al joven, quien logra así vencer a los gigantes perversos, que, como hongos en primavera, se han extendido por la tierra inficionándola con sus maldades, y han logrado por mala magia robarle al héroe su propia esposa *Sita*, *Satl* o *Thtsia* (la constelación lunar, el Alma humana, cual en el mito de Hero y de Psiquis), que fué llevada por aquéllos a *Ganga* (la tierra y también el Ganges), cual se representara en los misterios greco-asiáticos de *Persefona* y *Demeter*, y en el mito del *Nibelungo*.

Rama o *Ra*, es el *Ra* o *Amon-Ra* egipcio, llamado también *Hermes*, el intérprete, o *Her-manes*, el Señor de la Mente, el Instructor Supremo, el mismo a quien los etíopes llamaron *Thot* o *Phtalh*, los fenicios y aún los germanos *Tautí*, *Adrit* los rabinos y *Hermes-Trimegisto*, o tres veces grande, los griegos. «La Naturaleza parecía haberle escogido por su favorito; la Divinidad le había otorgado, por decirlo así, la ciencia infusa y el arte para que pudiera comunicarla al mundo entero.» «Inventó *Hermes*—dice *Schuré*—las cosas más necesarias para la vida, y las consignó junto con todos los secretos en sus dos mil volúmenes. Enseñó a los hombres el arte

dioses, cuando se tiraban unos a otros montañas y hasta mundos. Tanto fueron los horrores de aquel choque, que la propia Madre-Tierra, en forma de inocente ternera, alzó sus súplicas a *Vishnú*, la segunda Persona de la *Trimurti* celeste, para que remediasse la depravación funesta de los hombres. El dios, compadecido, se entregó a sí propio como víctima propiciatoria, encarnándose en el avatar *Krishna*, el *Hércules* Indo, salvador de la raza lunar o de los *Pandavas*. *Krishna*, como Cristo, su homónimo semita, se salvó de mil peligros, tales como la degollación de todos los niños (Adeptos) decretada por *Dritarastra*, el *Herodes* Indo. *Krishna*, ya joven, realiza cuantas hazañas atribuye el occidente a *Hércules*, a *Sigfredo*, a *Odín*, a *Quetzalcoatl*, a *Juanillo el Oso*, etc., etc., hasta acabar con la raza de color de oro de los *Kurús*, que desde entonces no fué hallada más en la Tierra. Divino episodio de esta guerra sin igual es el *Bhagavad-Gíta* (el Canto del Señor), obra que no debiera ser ignorada por hombre alguno.

de la escritura y el de coordinar sus pensamientos; instituyó las ceremonias isiacas, observó el curso de los astros, inventó la música, la gimnasia, la medicina, el arte metalúrgico, la lira de tres cuerdas y los tonos de la voz: el *agudo*, para el estío; el *grave*, para el invierno, y el *medio*, para la primavera... El fué quien enseñó a los griegos. Instituyó también el guaje jeroglífico y escogió cierto número de hombres, entre los que los más aptos, para depositarios de sus secretos, y únicamente ellos ocupar el trono y los primeros cargos de los Misterios, reuniéndolos en un cuerpo sacerdotal como ministros del *Dios vivo*: el Solo, Increado y Eterno. A estos sacerdotes los instruyó en toda arte y ciencia, dándoles las claves de todos los simbolismos con los que velara la verdad a los mortales. Entre estas ciencias existían secretos que no fueron comunicados por Hermes sino bajo el juramento más terrible de no transmitirlos más que a aquellos que, mediante largas pruebas, eran deputados como dignos de recibirlos. Semejantes secretos se llamaron *Arte Sacerdotal*, abarcaba la Alquimia, la Astrología, el Magismo, la ciencia de los Egiptos, etc. Dióles, en fin, la clave jeroglífica de cada uno de estos conocimientos secretos, claves que fueron consideradas sagradas y guardadas en lugares más recónditos de sus templos. El gran sigilo que guardaron los sacerdotes iniciados y las altas ciencias que ellos profesaban les hicieron temidos en todo el Egipto, nación considerada por las demás como el colegio y santuario donde iban a aprender todas. Así Orfeo se metamorfoseó por decirlo así, en egipcio, pues al iniciarse allí sus himnos, revelaron al sacerdote egipcio más bien que al poeta griego... Cuando Cambises rey de Persia, invadió Egipto y destruyó o saqueó sus principales ciudades, los sacerdotes de este país se dispersaron por Grecia y otros muchos lugares mediterráneos, donde introdujeron su ciencia, siempre envuelta en las tenebrosidades de fábulas y jeroglíficos, a fin, como Jesús, de que *viendo, nada viese, y oyendo, nada comprendiese*. Todos los autoheben en esta fuente; pero dichos misterios ocultos son otros tantos venenos no alzados y fábulas incomprensibles, que acabaron por dar lugar, gracias a tal incomprensión, a una multitud de absurdos que, desde Grecia, se partieron por todo el mundo.

Entre los autores romanos que más se distinguieron ya dentro de época cristiana, respecto de Isis y su sabio culto iniciático, descuella el célebre Apuleyo, el autor de *El Asno de Oro o las Metamorfosis*. (Melempcosis.)

«Nació Lucio Anneo Apuleyo—dice Bonilla y San Martín en su libro obró *El mito de Psiquis—Un cuento de niños, Una leyenda simbólica*

Un tratado de Filosofía—en la ciudad de Madura (África romana) el año 114 de Jesucristo. Estudió en Cartago y viajó luego por Oriente, Grecia e Italia, desde los quince a los veinticinco años. Casó en Oea, con Pudentilla, madre de un amigo suyo, cuya familia, enemistada con Apuleyo, entabló contra él un proceso, acusándole del crimen de practicar la Magia (1). Salió vencedor Apuleyo y se estableció en Cartago, donde vivió hasta su muerte, acacida por los años de 185 a 190, consagrado al estudio y a la oratoria, en la cual llegó a adquirir fama extraordinaria. Consta que tradujo al latín el *Phedon*, de Platón, pero ésta y otras muchas obras suyas se han perdido, habiendo llegado sólo hasta nosotros los once libros (2) de las *Metamorfosis*, los cuatro de las *Floridas*, el opúsculo de *El Dios de Sócrates*, los tres libros de la *Doctrina de Platón*, el *Tratado del Mundo* y la *Apología ante Claudio Máximo*. Los Padres de la Iglesia le consideraron, por boca de Lactancio, Marcelino y San Agustín, como un taumaturgo, como un mágico y un defensor del Paganismo, en nombre del cual le atribuyen milagros que los gentiles oponían a los de Cristo. A esta fama pueden haber contribuido, tanto la acusación de la familia de Pudentilla como los viajes de Apuleyo a Oriente y su innegable afición a los Misterios. Para nosotros, en el terreno de la filosofía, Apuleyo es un neoplatónico, no sin ciertos visos de originalidad. En los tres libros de la *Doctrina de Platón* expone con amor las ideas del filósofo griego en punto a filosofía natural, moral y racional, y en el opúsculo de *El Dios de Sócrates* dice de Platón: «*coelesti facundis praeditus aequiparabilis dil Inmortalibus disserens*». De su afición a las interpretaciones simbólicas dan fe, no sólo la leyenda de Psiquis, sino otros libros suyos, por ejemplo el citado opúsculo de *El Dios de Sócrates*, donde estima que el culto de los *demonios* (*daimones*) como aquel que al pensador griego acompañaba, no es otra cosa que el ejercicio de la filosofía, y donde juzga que Homero, al hacer de Minerva la compañera inseparable de Ulysses, no quiere decir otra cosa sino que le da por amiga a la Prudencia, «*quam poetico ritu Minervam nuncupavit*».

•La obra de Apuleyo que a nosotros nos interesa aquí es la de *Las Me-*

(1) Mago fué, en efecto, el autor africano, y lo prueba, como veremos, el alto simbolismo de su libro, en el que encubre, bajo velo, detalles propios de la iniciación. Por su aparente trivialidad, sus *Metamorfosis* pudieron salvarse para darnos hoy Idea del Islaco escritor ocultista.

(2) Es probable que esta obra tuviese originalmente doce libros, desapareciendo el último por sus alusiones iniciáticas, demasiado claras para su tiempo.

tamorfosis o *El Asno de Oro*, escrita por el año 184, seis después de la muerte de Luciano de Samósata.»

«*Las Metamorfosis* no es una obra enteramente original, sino que está inspirada en el opúsculo *Lucio*, o *El Asno*, atribuido a dicho Luciano, el cual a su vez reprodujo, según Focio, *Las Metamorfosis, de Luciano de Patras* (1), hoy perdida. Apuleyo amplifica estos modelos escribiendo un libro de mero entretenimiento (2), donde combina varias fábulas milesias para formar el argumento... Lo probable es que recogiese en su libro varios cuentos populares de aquellos que Ovidio (Tristes, II, 413) califica de *crimina Milesia* y que tanto deleitaban a los romanos de la decadencia... La fábula de Psiquis no consta en el *Lucio* de Luciano. Apuleyo es el único escritor de la antigüedad clásica que nos la transmite, y la creemos uno de esos mitos filosóficos de los platónicos (recuérdese el de *Er el Armenio* en el último libro de *La República*, de Platón) y que Apuleyo pudo recoger en sus viajes por Oriente y por Grecia.»

En *El Asno de Oro* se encierra, a no dudarlo, un profundo esoterismo acerca de la Magia y de la incomprendida doctrina pitagórica de la *Metempsicosis* o *Metamorfosis*, que pueden padecer las almas humanas degradadas por el crimen (3). Igual que el complicado cuento del *Jorobadlto* y de los *Siete barberos* de *Las Mil y Una Noches*, se alude veladamente a la ocultación de los Misterios, a través de los tiempos.

Veamos la fábula de Apuleyo:

«Un viajero, Aristomenes (el *hombre escogido*), acompaña a Apuleyo en un viaje hacia Tesalia, *la tierra madre de los hechizos y de la mala magia*. El viajero relata a Apuleyo cuanto le ocurriese en tan temible país, símbolo de todo el mundo occidental (*mlechas, bárbaros, esclavos de la carne*), después de la gran catástrofe atlante. En efecto; narra Aristomenes que, no bien llegó entre los perversos tesalienses, tropezó con su antiguo amigo Sócrates (la Sabiduría primitiva), hallándole en el más deplorable estado, después de haber sido víctima de unos ladrones (los consabidos *elementales* de la mala magia y los hechiceros, sus instrumentos, que apa-

(1) *Luciano de Patras* es un seudónimo, como tantos otros, alusivo a la *Luz de los Padres, cábala, tradición, iniciación*.

(2) No lo creemos nosotros así. Lo del *entretenimiento* es un velo echado sobre sus ideas y que nos ha asegurado así la conservación del libro.

(3) Clertá vez—dice Chaignet—en que el maestro Pitágoras paseaba con un antiguo amigo suyo, éste hubo de pegar a un perro. El maestro le reprendió diciendo: «No le peguéis, que en su ladrido lastimero he conocido la voz de un amigo mío que murió».

recen en la parábola de Hillel, reproducida por Jesús en su Evangelio) (1). Mervé, la tabernera del *mal vino* (la mala magia de los últimos Faraones) le había embrujado, y se encontraba, por tanto, en la más repugnante condición de mendigo. Las hazañas perversas de la Mervé egipcia no tenían cuento: a unos, los había castrado, es decir, los había aniquilado en su vigor y voluntad de hombres (2); a otros, los había transformado en *ranas* (la rana famosa de los libros védicos, cuya forma era también la de las lámparas de las iglesias de entonces); a otro, en cordero (el *Ra* de vedas y parsis, o más bien *El Cordero* cristiano), y a una mujer, en fin, que se permitió burlarse de ella, y con ella, de igual a igual, medirse (la Sabiduría de Oriente), la condenó, estando en cinta, a estar indefinidamente con dolores de parto sin poder dar a luz su criatura, es decir, sus enseñanzas salvadoras, alegoría que también se ve en San Juan cuando el monstruo, la Gran Bestia apocalíptica se para en la orilla del mar, esperando que la Mujer vestida de Sol, con la Luna a los pies y el manto de estrellas (la Jsis-Maria), dé a luz su infante (Orus) para devorarlo.

El viajero, sin cuidarse del peligro que con ello corría, se lleva a Sócrates a su albergue, y durante la noche le acaece con él una cosa muy singular. En medio de los más pavorosos estrépitos se presenta Meroé con su hermana *Pauthia* o *Potea* y degüellan a Sócrates, porque pretendía huir de ellas. Después recogen su sangre en un odre y le cortan la cabeza (3). Aristomenes pretende en vano huir, y, al nacer el día, ve con júbilo que sólo ha tenido un mal sueño; pero cuál no sería su espanto cuando, caminando después con Sócrates, al acercarse a beber en un manantial ve reproducida horriblemente en la realidad la sangrienta escena que había soñado. El propio Aristomenes es reservado para la cruz por aquellas harpías.

Aleccionado así en las maldades tesalenses, llega Lucio a la ciudad de Hypatia (trasunto de aquella ciudad donde la neoplatónica Hypatia fuese asesinada por el naciente cristianismo agnóstico). Allí, mediante la intervención de *Demeas* o *Daimaia* (su daimón), es hospedado en casa de Milón, cuya esposa Pánfila es una perversa hechicera. Sale a poco Lucio para comprar *pescado* (el *ictius* símbolo del naciente Cristianismo, el *pez*,

(1) Véase H. P. Blavatsky, en la pág. 72 del tercer tomo de su *Doctrina Secreta*, edición española.

(2) ¡A cuántos el bajo interés egoísta no tiene así en el mundo!

(3) La visión astral del hombre decapitado es de las primeras que se suelen contemplar a la entrada del terrible mundo de lo astral. Nosotros la hemos tenido. (Véase nuestra obra *En el Umbral del Misterio*.—Pueyo. Abada, 19, Madrid.)

pecado, Soma de los misterios de Isis). Los pescaderos le venden por meros veinte denarios lo que pretendían vender por cien escudos, acerada sátira en la que va envuelto el mayor desprecio para el naciente y ya inflado Cristianismo. Su amigo Pytheas, es decir, el iniciado en los misterios del Apolo Pylheo, examina, como inspector del mercado, aquellos peces y, encontrándolos *podridos* bajo su excelente apariencia, los tira y pisotea...

Visita Lucio después a la opulenta *Byrrhene*, la semidiosa amiga de Diana Isis, es decir, ve a su Ego Divino simbolizado en todas las princesas de los cuentos orientales y milesios, y es introducido en su palacio prodigioso. Lucio, esclavo, sin embargo, de sus pasiones, prefiere vivir en casa de Milón, porque se ha ligado en baja pasión carnal con *Fotis* o *Phaulis* (de *fauces*, abismo), la criada confidente de la maga Pánfila. Embriagado Lucio, al llegar a la puerta de su vivienda se ve sorprendido por tres ladrones (vuelta a los ladrones de la parábola), quienes tratan de impedirle el paso, y a los que da muerte. Al recobrar al siguiente día el uso de la razón, se ve llevado ante el magistrado y va a ser condenado por asesinato, cuando recibe la grata sorpresa de encontrarse con que los supuestos muertos son tres orondos pellejos de vino (1), que hablan ido por sí solos a la casa de la maga evocados por sus malas artes, en lugar de tres de sus amantes a quienes quería perder, porque conviene decir que Fotis, la confidente de la maga, había sustituido en el acto del sortilegio los cabellos de aquellos amantes (2) por pelos de tres machos cabríos, cuyos eran los pellejos.

Semejantes cambios y extravagancias eran el pan de cada día en aquel país tesaliense, en el que la hechicería se respiraba con el aire y en el que hasta las piedras mismas no eran sino hombres petrificados; los pájaros, hombres con alas; los árboles, hombres con follaje; las fuentes, cuerpos humanos que sangraban clara linfa, admirable manera simbólica de representar el hecho indudable para todo ocultista, y aun para la ciencia actual, si se estudia sin prejuicios, de que *todo es humano en la Tierra* (3), cosa

(1) Cervantes pudo tomar de aquí argumento para una de sus escenas de la Venta. Esto no es extraño, pues en el curso de las obras de esta BIBLIOTECA tendremos ocasión de ver más de un pasaje mítico en el que se inspirara el inmortal autor del *Don Quijote*.

(2) Esta es la práctica del *embutement*, reconocida hoy por la ciencia como hipnotismo de la peor especie.

(3) Siempre peca de tímida y de desconfiada la moderna ciencia. Así, mientras admite, dentro del paralelo *logaritmico* entre la Filogenia y la Onto-

presentida ya por la evolución darwiniano-lamarquiana, que no puede menos de ver en todo cuanto vive o ha vivido el embrión, el *ensayo* del hombre, y no ignorada tampoco por los grandes ascetas cristianos, esos que nos hablan en su místico lenguaje del *hermano-lobo*, la *planta-hermana* y la *hermana-piedra*. Modelo de tamañas extrañezas como acaecían en aquella tierra tesalia, símbolo del mundo, lo fué, sin duda, el suceso narrado por *Telefonte* (o *fuentes del saber*, saber de la *Ur-vaia Erda* o la *Tierra*) en el banquete de Byrrhene, del que ya hemos hecho mención. A Telefonte se le habla encargado cierto día de velar o custodiar a un *muerto*, bajo las más severas penas si se dormía. Para burlarse de él, las brujas, en forma de comadreas, le hablan infundido un profundo sueño (el sueño hipnótico), durante el cual pudo saber que el tal muerto habia sido asesinado por su propia esposa después de mutilarle nariz y orejas (1). Las hechiceras le hablan puesto en su lugar orejas y nariz de pasta, simbólica alusión al estado actual del hombre, quien, por sus torpes *orejas* de grosera pasta, no puede ya oír, como los pitagóricos, la armonía de las Esferas, ni valerse de su primitiva intuición o *nariz* en las cosas que atañen a la vida transcendente. Análogo alcance simbólico tiene otro de los cuentecitos de aquel *Banquete* semiplatónico: el del adivino caldeo *Diofano* («*llevo a Dios*») y el grosero negociante *Cerdón*. *Diofano*, y su único hermano *Aria-mat* degollado por unos *ladrones*, son los dos grandes pueblos arcaicos: el caldeo y el ario-indo. Al recibir aquél la noticia de la muerte de éste, pierde toda su ciencia (como pasó a los primitivos hebreos, hijos de los caldeos, al destruir su religión aria y *degollar* a la *Vaca*, como ya hemos visto). *Cerdón* se alzó entonces con la riqueza de entrambos, que es lo que, en efecto, ha pasado con las religiones exotéricas ulteriores.

Los bajos amores sensuales del joven Lucio y la criada Fotis tuvieron las más funestas consecuencias. Fotis, «después de haber deshojado rosas» (la rosa del verdadero Amor puro y también la de los cinco pétalos de la

genia, que el feto humano reproduce en la entraña materna todas las evoluciones del pasado, desde la mónera hasta el hombre actual, incurre en la inconsecuencia de considerar el feto como humano y dejar de considerar como *humanas*, en su finalidad y en sus anhelos evolutivos, las formas de todos los seres de la Naturaleza sólo por el hecho de no ser tan perfectas todavía.

(1) Este mito se relaciona con el tan conocido de *Hirán* o *Abonirám* en la iniciación masónica, y ambos son reminiscencias de la mutilación de Osiris por Tifón, base de los *dados de Baco*, eternamente integrados y eternamente descompuestos, o de la *Tela* de Penélope, tan pronto tejida como destejida.

mente), revela al incauto los secretos mágicos de su dueña. Pretende entonces volar como ella y como todas las brujas; pero trocadas por azar o con mala intención las cajas de sus menjurjes, queda el infeliz transformado en asno. Los ladrones entonces saquean la casa de Milón, y el triste Lucio, transformado físicamente en jumento, aunque con los dolores morales y los anhelos de un verdadero hombre como antes, es cargado por los ladrones con todos los tesoros aquellos, canjino de la lejana selva donde los malvados tienen su refugio, y sin que el pobre asno-hombre pueda alcanzar la dicha de *comer rosas* para restituirse a su estado pristino.

En el antro aquel de los bandidos, o *mundo astral* que llamamos nosotros, presencia cosas muy singulares y aprende lo que ellos mismos no podrían sospechar. De aquí numerosos cuentecillos, equivalentes en su simbolismo transcendental a otros de *Las Mil y Una Noches*, tales como el del opulento Cryseros de Tebas, que atravesó con un clavo y fijó en la puerta la mano del bandido Laniaco (*kamald, kamaloka*), quien para escapar tuvo que cortársela (1).

Otro tanto le acaeció a Alcino, precipitado desde una altura por una supuesta vieja, y a Trasileo, otro de los de la cuadrilla, quien, disfrazado de oso, se dió trazas a ser llevado a casa del rico Demócero para robarle. Sorprendido en su perversa obra, fué también muerto. Detalles son estos a cuya interpretación no podemos descender.

Uno de tales cuentos, sin embargo, no puede dejarse sin mención, y es el de Tleptolemo y Carita, equivalente en su complicado argumento al de todos los príncipes de *Las Mil y Una Noches*. La joven Carita es arrebatada por los ladrones a su futuro esposo Tleptolemo o Triptolemo (el supuesto inventor del arado y de la agricultura). En el antro yace bajo la custodia de una vieja, quien para entretenerla en su destierro, la cuenta la divina leyenda de Psiquis, que es sin disputa *la página de oro* de las *Metamorfosis* (2). El compasivo asno mata de una coz a la vieja y escapa con Carita (*Charitas*, la caridad, o más bien el Amor), como en otras leyendas clásicas el *Cordero* escapa con Frixo; el *Delfín*, con Arión, y el *Toro*, con Europa. Los bandidos, sin embargo, se vuelven a apoderar de ella y deci-

(1) En la fábula del Jorobadito, de *Las Mil y Una Noches*, se habla de mancos de esta clase por haber errado en punto a conocimientos transcendentales *la diestra* con la *sinistra*. No necesitamos insistir en punto a significación.

(2) No reproducimos la leyenda por ser bien conocida. El lector puede verla en nuestras *Conferencias Teosóficas de América del Sur* y mejor en la citada obra de Bonilla San Martín.

den matar al jumento y encerrar a la joven en su vientre, cosiendo la sutura y exponiéndola así a los desmanes de las fieras (notable alusión a los *vestidos de piel* dados por Jehovah a Adán y Eva, *vestidos* que no son sino símbolos de la encarnación de las almas en *cuerpos animales* de apariencia humana, en los que yacen aprisionados durante la vida terrestre). Entretanto se ha incorporado con los bandidos un supuesto mendigo, joven y fuerte, que se decía ser *Hemus de Tracia*, hijo de Terón y que había sido criado con carne humana. Su antigua cuadrilla había sido destruída por las peticiones de *Plotina* al César, cuando éste restituyó a su gracia imperial al marido de ésta, injustamente perseguido (1). Los bandidos, cautivados por la mala magia de Hemus, le eligen al punto por jefe; dáse entre ellos una fiesta a Marte, y en ella el supuesto Hemus, que no era otro sino *Tleptolemo*, el prometido de *Carita*, narcotiza a los bandidos y salva así a su amada. El asno Lucio, primer salvador de la doncella, es tratado entonces a cuerpo de rey en la cabaña de los pastores de Tleptolemo, pues la divina agricultura es la verdadera protectora de todos los animales útiles. Pronto, sin embargo, cae en manos de un perverso muchacho leñador que le inflige toda clase de torturas. Un *oso* destroza al chicuelo, y el asno, espantado, huye...

Vienen luego, en la segunda parte de la extraña obra de Apuleyo, los simbólicos amores de Tleptolemo y Carita. También aparece el correspondiente rival, *Trasileo*, pérfido enamorado egoísta, que antaño Carita despreció y que, envidioso de la felicidad de ambos esposos (análogos al Sigfredo y la Brunhilda de la leyenda wagneriana), representa aquí el papel de Hagen, el traidor. Cual este perverso hijo de Alberico el nibelungo, Trasileo asesina a Tleptolemo, y dice luego a Carita que su amante ha sido destrozado por un jaball en el bosque. Bien pronto el infame se lanza a requerir de amores a Carita; pero la infeliz viuda ve en sueños los manes de su esposo, quienes le revelan el crimen de que éste fuese víctima. Entonces, fingiendo acceder a su pasión, le da una cita clandestina, y en ella la vieja nodriza de la joven le propina un narcótico y le salta entrambos ojos con una aguja, mientras que Carita, nueva Lucrecia, se hunde un puñal en el pecho para unirse con su esposo en las regiones del Tártaro (2).

(1) ¿Será esto una alusión al restablecimiento de la antigua verdad iniciática de Platón, de donde más tarde tomara sobrenombre de *Plotino* el célebre autor de *Las Eneades*?

(2) Frecuentísimos son en *Las Mil y Una Noches* los casos en que aquellos que por medios ilícitos quieren poseer los tesoros de la Vida Superior, sim-

En obsequio a la brevedad, omitiremos los varios incidentes narrados por el asno durante su larga residencia entre los pastores que huyeron del desastre de aquella casa de Tleptoleino y Carita, con toda suerte de gentes y ganados. Aquí les asaltan los lobos; allá los reciben a pedradas; acullá les engaña un hechicero y caen en la boca de un dragón, etc., etc. En este éxodo verdaderamente israelita, no falta tampoco la esclava (símbolo en el libro de la naciente Iglesia vulgar) que, casada con un esclavo (el pueblo), siente celos por los amores de éste con una mujer de condición libre (la Magia tradicional) y, despechada, pega fuego a los documentos sagrados que custodia su marido, es decir, a la célebre biblioteca de Alejandría, que es sabido fué incendiada, en gran parte, por César y después por los primeros cristianos fanáticos, antes de su ruina definitiva bajo las hordas de Amrú (¿Roma o Ru-ma?). No contenta con esto, pasóse un lazo corredizo alrededor del cuello, aló a la misma cuerda al hijo que de aquel hombre habla tenido y, arrastrando consigo a la inocente criatura, se precipitó en un pozo; el pozo de Mimer, donde hace tiempo yace oculta la sabiduría iniciática, mientras que el Señor del Reino, indignado contra el esclavo por tamaña desgracia, le hizo untar el cuerpo con miel y, alándole a un árbol (nuevo suplicio de Prometeo), le dejó expuesto para que las hormigas rojas le devorasen (1).

Llegados los pastores fugitivos a una gran ciudad, tratan de vender al asno, pero, por viejo y achacoso, nadie ya le quería, hasta que, por fin, hubieron de comprarle unos quincalleros guiados por Filebo el libertino. Este *Filebo* o *Filius-Evae* es seguramente el personaje con más saña maltratado en todas las *Metamorfosis*, sin duda porque a la mente del autor se quiso representar en él a la naciente religión vulgar cristiana, que había empezado a extenderse sobre las ruinas del paganismo y el gnosticismo. Así le pinta como un viejo libertino y malvado «llevando a cuestas a la diosa Siria», mujer que asociaba a la fuerza a su oficio de pordiosero y saltimbanquis. El perverso adquiere el borrico en diecisiete denarios (símbolo de los 170 años de era vulgar, corridos hasta entonces), y le anuncia a sus hijas «cómo el hermoso esclavo que acaba de comprar». Estas

bolizados por hermosas doncellas, quedan ciegos, tuertos, calvos o listados, cual aconteció a *Trasileo*.

(1) Estas son las terribles hormigas que tanto rehuyen, yoguis y fakires, en sus experiencias de permanecer enterrados varios días, retornando luego entre los hombres. Parece ser que a muchos de ellos les han ocasionado la muerte real aquellos animalejos.

innobles hijas pretenden disputar a su padre los placeres criminales que con el jumento se proponían tener. Moraba también en la casa de aquellas harpias un mozo de gallarda estatura, del que abusaban igualmente, el cual, maravillado de ver tan extraño asno en la casa, le rogó que le aliviase algo en sus trabajos. «El día siguiente—dice el texto—, se vistieron todas aquellas malas gentes con telas de colorines, disfrazándose ridículamente con pequeñas mitras y uantos amarillos. Cargaron sobre el jumento a la diosa envuelta en tela de finísimo tejido (el *doble velo* o *revelación* echado sobre los misterios de Isis) y, después de entregarse a las más locas penitencias, como si estuviesen inspirados de lo alto, y con pretexto de una nueva ceremonia religiosa, inmolaron un hermoso *cordero* (sacrificio de la Misa) para calmar el hambre de la *diosa Siria*, entregándose, al fin, a los más nefandos placeres; doquiera perseguidos por su malhad, llegaron a una gran ciudad (¿Roma?) construída, según decían sus habitantes, sobre las ruinas de otra que había sido riquísima en otros tiempos. Luego, refiere el *asno* mil incidencias respecto a tal ciudad, donde los sacerdotes de la *diosa Siria* acrecentaron considerablemente sus caudales, gracias a la munificencia pública, que premiaba con esplendidez sus profetas calcadas todas sobre *el buey* y *el arado*. «Con la estratagemia de la previsión casuística ganaron no poco dinero, hasta que toparon con gentes armadas que cayeron furiosos sobre ellos, reclamándoles «una copa o *cálix de oro* (¿el Graal?) que durante cierta solemnidad secreta robaron sacrílegamente de bajo el mismo trono de la madre de los dioses.» Los embaucadores decían hipócritamente que aquello era «un mero vasito ofrecido por la Madre de los dioses (Isis) a su *hermana Siria*» (pretendida continuidad de los sacrificios católicos con los de la Religión primitiva), pero fueron vanos cuantos especiosos argumentos emplearan aquellos embaucadores, quienes, llevados ante los jueces, tuvieron que confesar su delito, y la copa y estatua sagradas fueron devueltas al tesoro del Templo...»

Parece que Apuleyo, después de narrar el fracaso de aquellos mercados religiosos, hace una pintura admirable de la falta de fe y del industrialismo que a raíz de tal catástrofe cayeron sobre el mundo. Diríase que el Mausdelense presagiaba los actuales tiempos de escéptico materialismo, que han seguido a la ruina de las ideas religiosas del medioevo. La extenuación, las enfermedades y los dolores de las gentes con quien el *asno* luego tropezó, podrían pasar por una acabada pintura de nuestros días de esclavitud comercial e industrial de los hombres-máquinas. Por si alguna duda cupiese acerca del simil, aparecen *Bárbaro*, *Escorpión*, *Mirmeco*, *Filesiétero* (el de raza mezclada) y otros personajes, símbolos probables

de aquellas postrimerías del romano Imperio. El detalle de todo esto ocuparía demasiado. Baste decir que el *asno* fué a parar después a manos de un jardinero piadoso, como los de las leyendas árabes, sin faltar tampoco luego cuentos como el de Amgiad y Assad, víctimas de las pasiones criminales de sus madrastras. Llegado el asno, tras múltiples peripecias, a poder de un pastelero y un cocinero, éste descubre en él habilidades superanimales, lo que hace que le compre, al fin, *Tiaso de Corinto*, y le adorne con silla y alamares de oro. Una mujer principal concibe amor hacia él, a pesar de su metamorfosis, y descubierta ésta, tiene que huir para no exponerse a males mayores. Desesperado ya el pobre precito Lucio con su largo cautiverio en forma animal, llega a las orillas del mar, y, bajo los rayos de la Luna, invoca a la diosa Isis para que le torne a su estado pristino, con frases como las que pusimos respecto de la diosa al principio del capítulo. La diosa le es, al fin, propicia: le permite que tome con sus bellos o labios las rosas de la corona que el sacerdote lleve en las manos en la próxima Fiesta de la Renovación o de la Primavera, hecho lo cual, con gran asombro del pueblo todo, se ve el jumento retornado a su forma pristina, y Lucio, transfigurado, se consagra desde entonces al culto de la *Diosa-Naturaleza*, en el que es iniciado, y después en el de Osiris, su esposo, o sea el Supremo Espiritu.

La parte que de su iniciación, o sea de su tránsito de *animal humano* a verdadero *Hombre*, pudo revelar Apuleyo está descrita en la obra en estos términos: «La promesa divina se cumplió al fin, y me vi despojado de mi triste vestidura de bestia..., porque los elegidos por la omnipotente diosa para su culto eterno, no están ya más expuestos a la fiera del Hado... Llegado el momento que el hierofante creyera adecuado, me purificó con agua lustral purísima (*Asperges me hysopo et mundabor; lavavis me, et super nivem dealbabor*). Díome luego secretas instrucciones que no puedo revelar; prohibióme el vino, el uso de todo alimento profano y de toda relación sexual... Lo que después allí pasó lo diría si posible fuese: lo sabrías si os fuera permitido el escucharlo; pero el crimen sería enorme, y las orejas y la lengua serían culpables de la más temeraria indiscreción... Oíd, pues, y creed: Me acercaba ya a los linderos de la muerte; hollaba ya con mi planta el umbral de Proserpina, y retrocedí arrastrado a través de todos los elementos: se me apareció en mitad de la noche el sol más esplendoroso; acerquéme desde los dioses del infierno a los del cielo; vilos cara a cara, y pude adorarlos de cerca. He aquí todo cuanto puedo deciros, y aunque vuestros oídos han percibido estas palabras, estáis condenados a no entenderlas todavía...»

La curiosa obra termina narrando cómo Marcelo le inició más tarde en los superiores misterios de Osiris y de Mithra, *el toro sagrado*, y en los de *Serapis*. Después, Apuleyo se dedicó a la noble profesión del foro... para ser abogado, no sólo de los hombres, sino más bien de la augusta causa de *La Verdad primitiva*, el único y definitivo culto de los *Pastóforos*, sus iniciadores...

¡Lástima grande que no conozcamos el perdido libro XII de *El Asno de Oro*, porque acaso se consagrara, por entero, a los misterios de Isis!... Tal vez con él podríamos esclarecer también más de un punto oscuro relativo a la filología, explicándonos, por ejemplo, las conexiones de nombres tan distanciados en el tiempo y en el espacio como los de *Isis, Iseo, Isabel, Isombeta, Isabean, Isolda, Isoba, Iao, Issaac, Iacob, Isálas, Jesús*, los *isauas* marroquíes, los *Isseldones*, y mil otros de personajes y de pueblos, más o menos relacionados con el inefable y emblemático nombre de LA DIVINA IO, nombres cuya sola enumeración ocuparía muchos folios.